

«El acontecimiento será nuestro maestro interior». Emmanuel Mounier (1905-1950)

Revista de pensamiento personalista y comunitario Órgano de expresión del Instituto E. Mounier

AÑO XXIII NÚMERO 86 2008/1 www.mounier.org

EDITORIAL

¿Hay juventud en la juventud?

A Luis Capilla,
cuyo espíritu joven nos inspira.

Qué es la juventud? ¿Sólo una etapa cronológica de la vida con fecha de caducidad incorporada o, tal vez, una actitud ante la vida que se conserva más

allá de los efímeros años que nos concede una biología inexorable?

Si la juventud es la culminación de la vida, como nos transmiten los medios de comunicación, pero resulta ser sólo algo pasajero, una alegre efervescencia que pasa si dejar más rastro que la nostalgia

de lo ya ido, o la envidia de la vitalidad que disfrutaban otros, sería cruel un destino humano que nos condena a tantos años después del apogeo de la vida.

No nos asombra la juventud cuando despliega la vitalidad propia de su edad, en cambio,

Continúa en la página siguiente

SECCIONES

01 Editorial

■ POLÍTICA

03 Por una política a favor de la vida: Moratoria por la abolición de la pena de aborto, por Luis Ferreiro

■ EDUCACIÓN

07 ¿La psicoterapia como forma de ayuda?, por Alberto Guardiola Aragón

09 ¿Qué valores definen el escultismo?, por Antonio José Lucas y José Manuel Sixto

■ PENSAMIENTO

11 Una sociedad enferma. Reflexiones ante los miles de abortos, por Carmen Herrando

■ RELIGIÓN

14 Lanza del Vasto: el ayuno de Roma, por Juan José Morales Ruiz

18 La caridad política, por José Antonio Fernández

19 Rincón bibliográfico



ANÁLISIS

La juventud



26 PRESENTACIÓN

27 La invención de la juventud, un arma cargada de futuro Cástor Bartolomé Ruiz

31 Jóvenes somos todos Carlos Díaz

37 Juventud, ¿divino tesoro? Esther Díaz

39 Jóvenes y trabajo, ¿qué futuro? Gregorio Burgos

43 Música y moda Camino Juvenil Solidario

46 La juventud en Centroamérica José Manuel Linares

49 La tragedia de educar a la «IGeneration» Agustín Domingo Moratalla

55 Juventud y religión Ignacio Ortiz

59 Los jóvenes quieren cosas grandes Hermana Elena

62 Riesgo, pasión, revolución Luis Capilla

CONSEJO DE REDACCIÓN

Director: Luis Ferreiro
Secretario: Fernando Soler
(fsoler@us.es)

Luis Capilla
Domingo Delgado
Carlos Díaz

José Antonio Fernández
Teófilo González Vila
Carmen Herrando
José M. Linares Poveda
Eduardo Martínez Hermoso
Julia Pérez Ramírez

PRÓXIMOS NÚMEROS 2008
• N.º 87: ¿Tiene futuro la fe?

• N.º 88: ¿A dónde va Europa?

EDITA: Instituto Emmanuel Mounier
c/ Melilla, 10 - 8º D ■ 28005 Madrid
Tel./Fax: 91 473 16 97
http://www.mounier.org

Periodicidad: trimestral.

ISSN: 1698-5486

Depósito legal: M-3.949-1986.

DISEÑO Y PRODUCCIÓN: La Factoría de Ediciones,
SERVICIOS EDITORIALES, tel.: 91 521 32 20
Impresión: Color 2002, S.L. (Getafe)

vida, en cambio, si mantienes vivo un ideal por el que merezca la pena dar la vida serás siempre joven. La juventud que admiramos es la que encontramos enhiesta cuando la espalda se curva y las canas adornan la cabeza pero no el corazón, la que mantiene el arco tenso y en él la vida, como una flecha apuntando al infinito, arriesgada y entregada. La imperecedera juventud es una cualidad del espíritu, que abre la mente a lo nuevo porque que es bueno, y que mantiene elástico el corazón al flujo de la generosidad. Y es que sólo donde hay entusiasmo hay una juventud que no caduca porque es eterna.

Director de *Acontecimiento*

Boletín de suscripción por domiciliación bancaria.				FOTOCOPIE Y ENVÍE ESTE FORMULARIO																	
Para enviar al Instituto E. Mounier (Melilla, 10 - 8º D / 28005 Madrid) Nombre _____ Apellidos _____ Domicilio _____ Población _____ Provincia _____ C.P. _____ Correo electrónico _____ Banco o Caja _____ Domicilio del Banco o Caja _____ C.P. _____ Código Cuenta Cliente (CCC) <i>(escriba todos los números)</i> <table style="width: 100%; border-collapse: collapse;"> <tr> <td style="text-align: center; width: 15%;">Entidad</td> <td style="text-align: center; width: 15%;">Agencia</td> <td style="text-align: center; width: 10%;">D.C.</td> <td style="text-align: center; width: 10%;">Número de cuenta</td> <td style="width: 50%;"></td> </tr> <tr> <td style="text-align: center;"> </td> <td style="text-align: center;"> </td> <td style="text-align: center;"> </td> <td style="text-align: center;"> </td> <td></td> </tr> </table> Importe: _____ €, que corresponden a <i>(marque lo que corresponda):</i> ☐ Suscripción a la revista Acontecimiento (4 números, 16,00 €) ☐ Cuota de socio del Instituto Emmanuel Mounier (desde 25,00 €/año) <i>(la cuota incluye la suscripción a Acontecimiento).</i>								Entidad	Agencia	D.C.	Número de cuenta							Para enviar a su Banco o Caja Lugar y fecha _____ Banco o Caja _____ Domicilio del Banco o Caja _____ _____ C.P. _____ Agencia Nº _____ Nº de cuenta _____ Sr. Director de la Sucursal: Le ruego que, hasta nuevo aviso, se sirva abonar los recibos presentados por el Instituto Emmanuel Mounier con cargo a mi C/C o Libreta de Ahorros. Firma: _____ Titular _____ Domicilio _____ Población _____ C.P. _____			
Entidad	Agencia	D.C.	Número de cuenta																		

Por una política a favor de la vida: Moratoria por la abolición de la pena de aborto

.....
Luis Ferreiro

Director de *Acontecimiento*
.....

La indiferencia ante el aborto:

¡Basta ya!

Escamoteada bajo un eufemismo, la realidad el aborto ha alcanzado unas dimensiones que ya no puede ocultar esa terminología calculadamente ambigua, que esconde, casi piadosamente, la naturaleza inhumana del acto de abortar una vida en ciernes, y que atenúa su gravedad ante la opinión pública, no sea que la conciencia se despierte y se revele ante lo inadmisibile.

Los hechos de los últimos meses son de sobra conocidos: un «médico», jefe de una «clínica», responsable de miles de abortos, a partir de una denuncia, después del reportaje de una televisión danesa que saca la luz lo que oculta la «interrupción voluntaria del embarazo»: auténticos infanticidios.

Como se dice en la denuncia del caso de Barcelona: «Nuestra sociedad y sus instituciones han permitido que recién nacidos viables sean muertos, descuartizados como animales, puestos en una centrifugadora hasta convertirlos en una 'papilla' lo suficientemente fina como para poderse evacuar por la cañería general del baño. Una sociedad que continúe aceptando esto tras tener conocimiento de la situación es profundamente inmoral y peligrosa para todos sus miembros porque rompe la línea sagrada que separa la humanidad del horror». Ante esto, uno se pregunta qué tiene que ocurrir ya para que en esta sociedad se produzca un escándalo. A muchas personas se le han revuelto las tripas, pero ¿se han revuelto las conciencias?

Personalizar en un individuo o un centro, criminalizando sus actos, a duras penas oculta el farisaísmo de unas Administraciones Públicas cóm-

plices por su indiferencia, al no vigilar el cumplimiento de la ley, como tampoco puede ocultar el carácter perverso de una ley (LO 9/85), que ha sido redactada con una calculada ambigüedad que consintiera transformar la excepción en regla. Ante esto la reacción de los políticos ha sido cobarde e insensible. El asunto es molesto y además los embriones no votan.

Los datos de 2006, recientemente publicados, deberían horrorizarnos: 101.592 abortos. Repugna analizarlos, pero es necesario:

- La principal causa aducida fue el riesgo para la salud materna 98.533 (96,98%).
- El número de centros que practican abortos en la última década casi se ha duplicado, hoy son 135 «clínicas», en la misma proporción que los abortos: de 49.578 en 1997, a 101.592 en 2006.
- Más del 10% de los abortos (12.252) se realizaron después de las 12 semanas.
- Una de cada tres mujeres que abortaron en 2006 (32.530), ya lo había hecho anteriormente una o más veces, 3.056 hasta de cuatro a seis o más veces, lo que hace pensar que se usa el aborto como un medio anticonceptivo ordinario.
- Por último, dado que ha habido 482.957 nacimientos en 2006, 17 de cada 100 embarazos terminan en aborto.

Ante esto, queremos denunciar dos hechos muy graves:

El aborto se ha convertido en un **negocio**, alrededor del cual se mueven unos intereses que, no sólo atienden una demanda existente, sino que la fomentan por todos los medios, especialmente por el allanamiento de la conciencia a la que se le presentan toda clase de argumentos para la ho-

mologación ética del nacimiento y del aborto. Nos constan numerosos casos en los que, en hospitales públicos se ha informado a una mujer que estaba embarazada y, acto seguido se le ha ofrecido elegir entre la continuación del embarazo y el aborto... obviamente, en la «clínica» privada concertada con la que el «ginecólogo» está en connivencia. Según reconoce un representante de la patronal abortista, el precio del «servicio» es de 350 a 450 €, antes de las 12 semanas, o 3.000 €, después de las 12 semanas. El cálculo es difícil de precisar, pero la facturación del negocio puede estar entre los 60 y 100 millones de euros, en parte financiados con dinero público (*El Mundo*, 8/01/2008).

Más grave aún es el hecho moral que representa esta situación. Para que haya 100.000 abortos al año, sin escándalo, previamente se ha tenido que **abortar la conciencia**, se ha tenido que deshumanizar la sociedad hasta el punto de reducir al silencio y al ridículo la reprobación moral que merece, como si fuera un capricho de una fanática conciencia religiosa. Conviene recordar aquí las lúcidas palabras de Julián Marías:

Creo que es un grave error plantear esta cuestión desde una perspectiva religiosa: se está difundiendo la actitud que considera que «para los cristianos» (o acaso para «los católicos») el aborto es reprochable. Con lo cual se supone que para los que no lo son puede ser aceptable y lícito. Pero la ilicitud del aborto nada tiene que ver con la fe religiosa, ni aún con la mera creencia en Dios; se funda en meras razones antropológicas, y en esta perspectiva hay que plantear la cuestión. Los cristianos pueden tener un par de razones más para re-

chazar el aborto; pueden pensar que, además de un crimen, es un pecado. En el mundo en que vivimos hay que dejar esto —por importante que sea— en segundo lugar, y atenerse por lo pronto a lo que es válido para todos, sea cualquiera su religión o irreligión. Y pienso que la aceptación social del aborto es lo más grave moralmente que ha ocurrido, sin excepción, en el siglo XX».

Una esperanza en Italia y, tal vez, en el mundo

En esas estamos en España, cuando en Italia se ha producido una fuerte conmoción pública, originada por un llamamiento a la conciencia social por parte un periodista, excomunista, que se confiesa ateo y admite haber sido cómplice de tres abortos. Por cierto, que la prensa y demás medios de comunicación en España, que forman parte de la conspiración del silencio, no se han dignado a informar de algo que no cuenta en su agenda informativa, con lo cual, de hecho, están ocultando información.

Lo que ha ocurrido es sencillo y coherente. Después de una campaña mundial, muy apoyada por la sociedad italiana, por una *Moratoria universal sobre la pena de muerte*, el 18 de diciembre de 2007, la ONU aprobó la resolución en la que se pide la Moratoria en la ejecución de la pena de muerte, como primer paso para su abolición. Con 104 votos a favor, 54 en contra y 29 abstenciones, la Asamblea aprobó el texto, aunque con carácter no vinculante. A raíz de esto, Giuliano Ferrara planteó la Moratoria sobre el aborto, que ha tenido una notable repercusión internacional. Giuliano Ferrara, director del periódico *Il Foglio*, que dirige, además, un programa de televisión, ha declarado que:

Manifiesto de la Moratoria Internacional por la Abolición de la Pena de Aborto

- Partiendo de la convicción de que la cuestión del «aborto» no puede ser considerada como un capítulo cerrado de la historia del hombre y liquidada «como definitiva conquista de la civilización»;
- Compartiendo la posición de cuantos durante años han intentado contrarrestar el fenómeno del aborto sin culpabilizar a aquellas madres que han sido inducidas con engaño a una elección tan terrible;
- Juzgando fundamental relanzar con fuerza un debate nacional e internacional sobre el aborto;
- Considerando que el aborto no parece ser hoy objeto de controversia política, y que esto determina una mortificación de la razón, porque se esconde a los más pequeños la verdad esencial de que el aborto, cualquiera que sea su causa, es siempre un homicidio;

Expreso mi convencida adhesión a favor de la provocación cultural conocida con el nombre de «Moratoria Internacional por la Abolición de la Pena de Aborto».

Por tanto, pido:

A los Gobiernos de todo el mundo, que se comprometan a eliminar aquellas condiciones existenciales que subyacen al aborto; a los medios de información, de cultura y de entretenimiento, que afronten el tema en debates en debates mediáticos, y que garanticen una efectiva exposición de todas las convicciones, sin excluir la posición antiabortista; a los intelectuales, que tomen posiciones explícitas; a los docentes y a los dirigentes escolares, que vuelvan a introducir el tema en las escuelas; a los religiosos y a los creyentes, que recen al menos un minuto al día por las víctimas del aborto.



Enviar adhesiones a: moratoria@ilfoglio.it

Desde Jerusalén, sí a la moratoria sobre el aborto de los pro-vida israelitas

16.000 niños viven hoy gracias a su organización Efrat: «después del Holocausto, es necesario prevenir el aborto».

«Mi apoyo a vuestra moratoria es en el nombre de la santificación de la vida que es parte de la historia del pueblo hebreo». El cirujano Eli Schussheim es un héroe en Israel. Dirige desde hace veinte años la mayor organización antiabortista, que se llama 'Efrat'. Cuando el Faraón ordenó la muerte de todos los recién nacidos hebreos, les dice a las comadronas: 'cuando asistáis al parto de las mujeres hebreas, observad bien las dos piedras, si es un varón, lo haréis morir, si es una hembra, podrá vivir'. Las parteras desobedecieron: 'no hicieron lo que les había ordenado el rey de Egipto y dejaron vivir a los niños'. Una de ellas, Miriam, que era también hermana de Moisés, tomó así el nombre de Efrat, que se remonta a la expresión hebrea «pru u'revu», esto es, el precepto, «sed fecundos y multiplicaos».

«Efrat desarrolla el mismo rol en Israel que tuvo Miriam en Egipto», nos dice Schussheim, que ha combatido en la guerra de los Seis Días de 1967 y en la del Yom Kippur de 1973. «Soy médico cirujano y he salvado vidas humanas en Argentina. He llegado a Israel en 1964 y, después de que la Knesset legalizó el aborto, decidí luchar contra él por medio de una organización que ayudase a las mujeres a tener a sus hijos. Muchas madres han sido convencidas para no abortar por nuestra organización. Ninguna de ellas se arrepiente hoy de haberlas salvado de un aborto que parecía inevitable. Hemos ayudado a que 16.000 niños hayan llegado a nacer». Ruti Tidhar, la infatigable guía de más de 2.000 voluntarios de la organización Efrat, habla de «restaurar el derecho de elegir la vida». Uno de los fundadores, Tzvi Binn, dice que trabajan por una «aliyah interna», una emigración de los no nacidos desde la extinción hacia la vida.

Del periódico italiano *Il Foglio*

En la página web de Efrat (www.friendsofefrat.org) se explica que en Israel se producen cerca de 50.000 abortos cada año. Según Efrat, muchos de esos abortos pueden evitarse si se facilitan apoyos sociales y financieros básicos. Sólo durante el pasado año Efrat consiguió salvar 1.806 niños en Israel.

el compromiso contra la pena de muerte no es diferente de ese otro contra el aborto y la eutanasia, porque es un compromiso a favor de la vida. Para los católicos no es una novedad, pero para tantos laicos (o laicistas) sí, si no, es una estupidez.

Este famoso periodista apoyó su propuesta con un ayuno o, como él prefiere decir, una «dieta» anti-aborto» desde el 24 de diciembre al 1 de enero, con el objetivo de «que se garanticen subvenciones para el Movimiento por la Vida y los centros de ayuda que trabajan contra el aborto» y contra la hipocresía y la fealdad de una época en la que la muerte se des- tierra en nombre del derecho univer-

sal a la vida y, a la vez, se la mima en la despreciable forma, muy objetiva, del aborto quirúrgico o farmacéutico. El detonante para su conciencia fue la dimisión de la presidenta del Centro de Ayuda a la Vida de una clínica de Milán, por falta de financiación, mientras para abortar no hay restricciones presupuestarias.

La lucha a favor de la abolición de la pena de muerte es una lucha, por humanidad, a favor de la persona reconocida culpable, que honra a una sociedad. La lucha contra la aplicación de la «pena de aborto», es todavía más lógica y razonable, por cuanto, el no nacido es inocente, en realidad, el único ser inocente posible en este mundo. Quizás el fondo del asunto sea el odio a la inocencia, que impide ver lo que es cuestión de lógica: «el fariseísmo de

prohibir que el Estado pueda dar muerte a los culpables y al mismo tiempo favorecer que los particulares puedan dar muerte a los inocentes» (Ramón Pi, *La Gaceta de los Negocios*).

Por una política a favor de la vida

¿Dónde está nuestra conciencia? ¿Existe conciencia social en un país que ignora sistemáticamente al ser más indefenso? ¿Por qué razón hay que admitir, sin más, que la vida del no nacido y libertad la mujer puedan ser incompatibles? ¿Desde cuando se llama izquierda política a la tendencia a privilegiar la libertad frente a la justicia? Son muchos los interrogantes sobre este asunto que reciben una respuesta dogmática y cerrada por parte de unos políticos y de unos ciudadanos ignorantes, insensi-

bles a la vida y conformistas ante la deshumanización creciente de una sociedad pragmática, indiferente y fría.

Es hora de cambiar esta tendencia. Para cualquier persona razonable la vida siempre es mejor que la muerte, aunque sea de un embrión no consciente, pero que posee la inconsciente

voluntad de vivir. Toda persona razonable y con un mínimo de sensibilidad admitirá una sociedad sin abortos es mejor, más civilizada, humana y decente que una sociedad en la que hay miles de abortos.

Pero ya no basta con reconocerlo, hay que exigirlo. De ahí que reclame-

mos una política que proteja la vida, que fomente la sensibilidad, el respeto y el amor a la vida, que proteja a las mujeres en dificultades. Los poderes públicos no pueden permanecer indiferentes, por su propia legitimidad tienen la obligación de justicia de hacer una política pro-vida.

Petición a las Naciones Unidas de una moratoria contra el aborto

*A Vuestra Excelencia, Sr. Ban Ki-Moon, Secretario General de Naciones Unidas
A Vuestras Excelencias, Presidentes de Gobierno y Jefes de Estado de Naciones Unidas:*

En estos últimos sesenta años se han adoptado notables medidas y no se han escatimado esfuerzos para crear y sostener los instrumentos jurídicos en materia de protección de los ideales contemplados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos aprobada el 10 de diciembre de 1948 en París.

En las últimas tres décadas se llevaron a cabo más de mil millones de abortos, un promedio de unos cincuenta millones de abortos por año. Del último informe de United Nations Population Fund (Fondo de Población de las Naciones Unidas) se desprende que en China el aborto, fomentado o coactivo, es un riesgo que corren decenas de millones de niños que están por nacer en aras de una planificación familiar y demográfica gubernamental. En la India, en veinte años, por selección sexista se le quitó la vida a millones de niñas antes de nacer.

En Asia el equilibrio demográfico peligra debido al infanticidio masivo, que ha asumido una magnitud extraordinaria. En Corea del Norte con el aborto selectivo se intenta eliminar radicalmente toda forma de discapacidad.

En Occidente, el aborto también se ha convertido en el instrumento de una nueva forma de eugenesia que viola los derechos del niño no nacido y la igualdad entre los hombres. Originalmente, el diagnóstico prenatal estaba pensado como preparación para acoger y cuidar al bebé no nacido, pero se está convirtiendo en un medio para mejorar la raza, destruyendo de esta

forma los ideales universales en los que se basa la Declaración Universal de 1948.

Sometemos a Vuestra consideración nuestra petición de una moratoria en las políticas públicas que fomentan formas de sumisión injustificada y selectiva del ser humano en el seno materno, mediante el ejercicio arbitrario de un poder de aniquilación, violando el derecho a nacer y a la maternidad.

El artículo 3 de la Declaración Universal contempla que «Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.» Hacemos un llamamiento a los representantes de los gobiernos nacionales para que apoyen una enmienda significativa del texto de la Declaración: insertando, después de la primera coma, las palabras «desde la concepción hasta la muerte natural».

La Declaración universal, de hecho, se refiere a los derechos humanos «iguales e inalienables» y proclama solemnemente que los seres humanos tienen la «dignidad intrínseca de todos los miembros de la familia humana» (Preámbulo).

La ciencia, con algunos de sus descubrimientos más significativos en el ámbito genético posteriores a la Declaración, documenta de forma irrefutable la existencia de un patrimonio genético humano en el embrión, un patrimonio único e irrepetible, a partir de su primera etapa de desarrollo.

En 1984, la Comisión británica Warnock, estableció que, a partir del décimo cuarto día de la concepción el embrión es, no sólo un ser humano, sino también el derecho a no ser manipulado con propósitos experimentales. Los gobiernos deben preservar y proteger estos derechos naturales que abarcan también el derecho a heredar un «patrimonio genético que no haya sido artificialmente manipulado».

La Declaración de 1948 fue la respuesta del mundo libre y del derecho internacio-

nal a los crímenes contra la humanidad procesados tres años antes en Nuremberg. Como reacción a las prácticas eugenésicas de los médicos nazis, en 1948, la World Medical Association adoptó la Declaración de Ginebra en la que se afirma: «Mantendré el máximo respeto por la vida humana desde su comienzo». El artículo 6 del International Covenant on Civil and Political Rights (Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos) aprobado por las Naciones Unidas en 1966, establece que «El derecho a la vida es inherente a la persona humana».

Actualmente, el aborto selectivo y la manipulación selectiva in vitro son las formas principales de discriminación perpetradas contra los seres humanos por razones eugenésicas, raciales o sexuales. Es la misma persona humana que las Naciones Unidas amparan en el artículo 6 de su Carta de Derechos.

A los sesenta años de la proclamación de la Declaración Universal de los Derechos Humanos es necesario renovar nuestra fuente principal de inspiración humanitaria enmendando el artículo 3.

Hacemos un llamamiento a todos gobiernos para que respeten escrupulosamente los derechos humanos y, el primero de estos derechos es el derecho inviolable a la vida.

Con toda consideración,

René Girard, antropólogo, miembro de la Academia Francesa
Lord David Alton, miembro de la Cámara de los Lores
Roger Scruton, filósofo inglés
John Haldane, profesor de filosofía
George Weigel, teólogo
Robert Spaemann, profesor emérito de Filosofía en Múnich
Sor Nirmala Joshi, Superiora de las Misioneras de Madre Teresa de Calcuta
Y otras muchas firmas...

¿La psicoterapia como forma de ayuda?

Alberto Guardiola Aragón

Terapeuta del Proyecto Hombre. Ldo. en Psicología Clínica. Diplomado en Trabajo Social.

1. La psicoterapia y el «complejo de dios»

Según el paradigma médico y psicoterapéutico predominante la curación consiste en la liquidación de un déficit sanitario. Todo nuestro sistema médico terapéutico está orientado a eliminar del mundo las minusvalías, enfermedades y epidemias, así como demorar la vejez y la muerte lo más posible. Se han logrado grandes avances gracias al triunfo de la medicina y ciencias naturales evitando la humanidad mucho sufrimiento innecesario.

Pero, también de manera creciente, se pone de manifiesto la otra cara de la moneda: la crítica a la medicina moderna del «reduccionismo del ser humano», entendido sólo como funcionamiento corporal. La persona quedaría degradada a receptáculo de la aplicación para los fármacos, perdiéndose de vista su necesidad integral de curación. Al conjunto de la práctica médica dominante se le reprocha que induce a los seres humanos hacia una ideología inhumana para poder dejar atrás, con ayuda de medidas técnicas y médicas, cualquier enfermedad pero también la vejez y la muerte. La lógica médica y otras partes de la inconsciencia pública promulgan así una ilusión de omnipotencia calificada por Horst Ebergar Richter¹ como «complejo de Dios». El ser humano desearía ser como Dios. Este problema de fondo del ser humano desde el paraíso viene revestido por la ideología de los nuevos tiempos

referente a la curación. La incapacidad de poder reconocerse como seres finitos y mortales se proyecta en los «semidioses» de bata blanca y recetas médicas, esperando de ellos una solución (como si en tres o cuatro sesiones desapareciesen definitivamente los síntomas depresivos o cuadros fóbicos). Así se crean ilusiones sobre la verdadera naturaleza del ser humano; ilusiones creadas para la secreta comprensión de la curación de la medicina y psicoterapia. Esto induce al ser humano hacia la peligrosa, por ajena a su naturaleza, pesadilla de poder ser más que un ser humano.

La superación de la enfermedad es sólo la primera mitad de la curación. Si nos quedáramos ahí nos convertiríamos en seguidores de la ideología del «complejo de Dios». En este caso la consecuencia para el enfermo no curado o impedido sería por lo menos igual de grave además de cínica. Las enfermedades incurables y minusválidas se sitúan en las proximidades y rango de pecados lejos de los favores y misericordias de Dios. ¿Cómo aprendería a vivir un paciente deprimido por una dolencia de cáncer o una persona adicta si rechazamos el concepto de enfermedad como algo que no es bueno para el ser humano? En una lógica ideología de gente sana, que sólo conoce la superación de carencias como «acompañante de personas en crisis», podríamos llegar a no aceptar la naturaleza humana en su forma de ser: imperfecta, fragmentaria y provista de carencias. *Por tanto, curado en un sentido amplio y real no es sólo aquel que recupera la salud corporal, sino quien logra la fuerza para SER HUMANO.*

Según esto, necesitados de curación no son sólo los enfermos corporales y

psíquicos, sino todos los seres humanos ya que a ellos les corresponde reconciliarse en esta vida con su finita naturaleza humana. De acuerdo con algunos conocedores de la naturaleza humana, las raíces de muchas enfermedades y catástrofes, tanto individuales como sociales, se encontrarían precisamente en la incapacidad de aceptarse a sí mismos y en el miedo frente a la propia finitud (entre otros podemos mencionar a Carl Gustav Jung, Romano Guardini, Kierkegaard). En consecuencia, la finalidad del sanar se puede ver dentro de un amplio e íntegro proceso de curación. El ser humano debe aceptarse con todo lo que le es consustancial: lo corpóreo y lo espiritual; lo físico y lo mental; lo individual y lo social; lo sano y lo enfermo; lo fuerte y lo débil.

Nuestra labor terapéutica significa, entonces, estar junto a sanos y enfermos de manera que aprendan (terapeuta incluido) a aceptarse como seres humanos finitos con insuperables carencias y lados oscuros. Ese estímulo para la naturaleza humana puede darse de muchas formas, en una conversación de ayuda, en una escucha receptiva, en el trabajo de distintas comunidades. Todos ellos son acontecimientos en los que los seres humanos entramos en contacto con la capacidad curativa del otro ser humano, que nos capacita para aceptarnos a nosotros mismos y al mundo en su conjunto. Debido a que el ser humano constituye un todo integral (físico, psíquico y espiritual) se puede esperar que desarrolle un gran valor para con la naturaleza de la existencia humana, así como una gran fuerza para afrontar la superación también de las enfermedades corporales y mentales.

1. Baumgartner, Isidor, *Psicología Pastoral*, página 26. Desclée De Brouwer, 1997

2. El individualismo de la psicoterapia

Junto al peligro del «complejo de Dios» hay otra reflexión que apunta a la visión (en ocasiones distorsionada) de las relaciones entre individuo y comunidad, planteadas desde la psicología moderna. La unión del individuo en los contextos sociales se obvia con frecuencia especialmente en el campo de la psicología clínica y de la psicoterapia. Se diagnostica a la persona anímicamente enferma a asistir a terapia en un aislamiento característico respecto al entorno social y psicosocial; esta es la impresión que se tiene en muchas formas de terapia. De esta forma se esquivan las condiciones sociales que condujeron a la enfermedad y que se reflejan en ella. La psicoterapia contribuye, entonces, sin quererlo y sin darse cuenta, a la estabilización y reproducción exacta de aquellos factores sociales que enferman una y otra vez a los seres humanos. Paul Zulehner² plantea este problema de forma muy aguda en forma de parábola:

Cuando un pez está enfermo, se le puede poner en una bañera enriquecida con oxígeno hasta que esté sano y entonces se le devuelve al agua anterior.

Pero ¿es suficiente con llevar al pez solo a un laboratorio aislado?

¿No podría ser culpable de su enfermedad el agua?

¿Devolverlo al agua no significaría abandonarlo nuevamente a la enfermedad?

De otra forma, ¿cómo se pueden curar peces sin sanear el agua, y como se pueden curar seres humanos sin mejo-

rar las relaciones sociales, de las que provienen y que les han enfermado?

Así sólo tiramos dardos al aire intentando dar con los síntomas ignorando al resto de las circunstancias.

3. Psicoterapia y sus límites

Otra de las grandes cuestiones que se le plantean a la psicoterapia y, por tanto, que afectan directamente a los terapeutas, es el hecho de que ningún esfuerzo psicoterapéutico puede asegurar la vida humana frente al sufrimiento, la enfermedad o la propia muerte. Pocas veces la psicoterapia moderna acepta sus limitaciones en el camino de la curación. ¿Dónde y cómo se refleja en la psicoterapia y en la psicología que la imposibilidad de curación también pertenece a los hechos de la vida? ¿Qué consuelo puede darse a aquellos cuya terapia ha fracasado? ¿Puede lo incurable obtener de la psicología algún tipo de estímulo que le permita enfrentar una vida a pesar de las quejas y acusaciones y a pesar de los engaños, golpes del destino y sufrimiento que están estrechamente unidos a ella?

El fundador del psicoanálisis, Sigmund Freud, era consciente de los límites de la transformación psicoterapéutica. Una vez le hizo considerar a un paciente lo siguiente: *yo no dudo de que al destino debería serle más fácil que a mí poner remedio a su sufrimiento, pero usted se convencerá de que se gana mucho si conseguimos transformar su miseria histérica en desgracia común. Así mis pacientes vienen a casa con depresiones y salen otra vez igual de deprimidos.*³ Freud y su psicoanálisis

trataban sólo las llamadas *neurosis de transferencia* y con escasos resultados de curación; lo que él ofrecía a lo incurable era la filosofía de vida de la tragedia griega. Simplemente cada persona debería resignarse a resistir lo trágico de la vida.

En posteriores contribuciones psicoterapéuticas se obvia este realismo y se centra en otros hechos. La psicoterapia de la conversación transmite el sueño americano de que aquel que quiera puede construir su felicidad, incluyendo también aquí el aspecto psíquico. En las primeras aportaciones behavioristas de la terapia del comportamiento se alimenta la ilusión de un futuro armónico, libre de conflictos, generado por medio de la manipulación científico técnica de estímulos y condicionamientos psicológicos.

Lo que se muestra de ésta y otras formas de terapia es el enorme deseo de felicidad del ser humano caracterizado psicológicamente como gigantesca demanda. Y sale a relucir nuevamente la variante psicoterapéutica del «complejo de Dios», donde por medio de la terapia se confía en poder ser más que un ser humano. La psicoterapia en cualquiera de sus manifestaciones y escuelas tiene dificultades para admitir sus limitaciones y reconocer su viabilidad. No ha de exigirse a la psicología ninguna respuesta que no pueda dar. Es más honesta una terapia que se limita a sí misma, no haciendo promesas inhumanas de curación, sobre el desconsuelo inherente de la vida, dejando respuestas, muchas veces, a otras manifestaciones curativas que curan la incurabilidad, como la fe en alguien o en algo.

2. Wedel, O. *Evangelismo: la misión de la Iglesia fuera de su tiempo para dar vida*, p. 257. Editorial CLIE. 1984.

3. Leahey, Thomas. *Historia de la Psicología. Principales corrientes del pensamiento psicológico*, p. 416. Madrid. Pearson / Prentice Hall. 6ª edición.

¿Qué valores definen al escultismo?

.....
Antonio José Lucas Ruiz,
José Manuel Sixto Nogueira

Profesores de la Escuela de Tiempo Libre
 y Animación Sociocultural *Insignia de*
Madera de Scouts de Andalucía

La persona que queremos

La idea original del movimiento educativo que es el Escultismo nace en una sociedad determinada. Pero curiosamente el proyecto que lidera Baden-Powell, ya en su nacimiento, no sólo es utilizado por los chicos de su país sino que se extiende rápidamente a todo el mundo. ¿Por qué sucedió esto en un momento donde las sociedades eran tan diversas? Pues porque a pesar de las grandes diferencias culturales, que existían, la educación formal, la enseñanza reglada, no satisfacía todos los intereses de un mundo que estaba cambiando y que hacía que los niños «urbanos» no tuvieran opción a descubrir sus capacidades y a potenciar su independencia. Y este método educativo nace orientado a los niños de 13 a 16 años que pasarían de su infancia a ser adultos al acabar esta etapa. Esta realidad en el transcurso de este siglo y sobre todo en Europa va a cambiar mucho. Tras las 2 guerras mundiales la realidad social cambia. Esto hace que el paso a edad adulta se alargue y cambien los tiempos y momentos de la formación de los muchachos. Y también en el último cuarto del siglo la integración de las chicas y las jóvenes en el mismo movimiento de los chicos.

La realidad cambia y el movimiento scout sigue creciendo y satisfaciendo a muchos chicos y jóvenes del mundo. El éxito habrá que achacarlo al modelo educativo que presenta. Modelo que se define y unifica por parte de las Asociaciones Nacionales en el año 1922 en París, creándose un órgano que coordine (Conferencia

Internacional de Escultismo). Y se define el movimiento en un documento llamado «La Constitución de la Organización Mundial del Movimiento Scout». El Movimiento Scout es un movimiento educativo para los jóvenes, de carácter voluntario; es un movimiento no político, abierto a todos sin distinción de origen, raza o creencia, conforme a los fines, principios y método,... (Art. I.1 Constitución OMMS).

El Movimiento Scout tiene por fin el contribuir al desarrollo de los jóvenes, ayudándoles a realizar plenamente sus posibilidades físicas, intelectuales, sociales y espirituales, como personas, como ciudadanos responsables y como miembros de comunidades locales, nacionales e internacionales (Art. I.2 Constitución OMMS). Dentro de este marco definido cada Asociación nacional va definiendo los Programas que se adaptan a su realidad: su cultura, religión, tradiciones, su entorno natural,... Se demuestra, al ir pasando los años, que el Escultismo es una oferta que puede cubrir las necesidades de los muchachos, y luego también las muchachas, de cualquier parte del mundo. Así en España, y en particular en los Scouts de España, los pasos últimos que se dan para definir la oferta escultista se basan en dos documentos. Estos son el Compromiso Asociativo y el Programa Educativo. El primero es una definición del modelo tanto educativo como de oferta a la sociedad que hace el escultismo. Así en él se hacen referencias al modelo de formación de personas y también a las propuestas y posturas que adopta la Asociación ante su realidad social. El segundo es un documento técnico en el que se abordan el cómo desarrollar el desarrollo del individuo dentro del modelo escultista. Es por tanto un desarrollo estructural del modelo educa-

tivo para que pueda ser aplicado por los adultos, voluntarios, que realizan la labor con los chicos y chicas.

Todos estos documentos son adaptados a las realidades de las diferentes Asociaciones. Así se desarrollan y debaten en foros, Conferencias, que se organizan tanto al nivel de cada asociación autonómica, en nuestro caso Scouts de Andalucía, como de la organización federal que es ASDE Scouts de España. En los documentos de la última Conferencia de 1998 se define el fin educativo dentro de las bases del Método Scout: *La persona que queremos* es una persona íntegra, capaz de relacionarse convenientemente con el mundo en el que vive para que, a través de una actitud de compromiso, pueda llegar a mejorarlo

...una persona libre, capaz de ser dueña de su propio destino.

...una persona crítica, capaz de reaccionar ante las personas, y situaciones que supongan manipulación o agravio para ella o los demás.

...una persona sociable, veraz y respetuosa.

...una persona que se perfecciona con y para los otros en constante actitud de servicio

...una persona consecuente que asuma sus principios y creencias como opción de vida y las manifieste en su actuación.

...una persona responsable y comprometida que trabaje activamente por la transformación de su entorno (Ponencia de Programas Educativos 1998).

Los valores que definen al escultismo.

El modelo de persona que se quiere parte del hecho fundamental de que es ella misma la que define su camino.



Ella conoce cual es el modelo y sola, o en grupo, desarrolla los valores que implican esa autoformación. El scout...

- Ha de ser una persona con la que se pueda contar.
- Es una persona de confianza. La relación que establece con los demás es una relación de cercanía, de apoyo.
- Es honrado/a, por lo tanto es íntegro/a. Alguien que siempre mantiene una postura coherente y permanente ante los demás.
- Es veraz. Su relación la establece basándose en la franqueza, en la claridad. No es una persona oculta.
- Es una persona por tanto que se conoce: sabe lo que es, con sus limitaciones, y lo que hace. Y eso es lo que esperan los otros de él/ella.

- Sólo tiene una palabra. Algo tan importante como el estrechar la mano a la persona con la que contratas.
- Es capaz de ser él/ella a pesar de las dificultades que vaya encontrando.
- Conoce y respeta a los/las próximos/as. Y por tanto establece con ellos/as una relación clara de convivencia.
- Es justo/a. Lucha por un mundo que sea mejor para todos/as. Por tanto debe asumir que tiene un papel, como los/las demás, de constructor/a de un mundo mejor.
- Es Solidario/a. Para poder transformar hay que ubicarse en la posición del/de la otro/a. Así que hay que conocer. Y luego trabajar para lo que el/la otro/a necesite.

- Ha de compartir. Pues el objeto es lograr que el/la otro/a disponga de lo que tienes.
- Conoce y descubre la Naturaleza. El realizar las actividades en el medio natural es uno de los pilares del Método Scout. Convive en ella. Convirtiéndola en su hogar, integrándose en ella. La Naturaleza le puede servir como espacio de búsqueda de lo trascendente de su persona.
- Establece y conoce las pautas de juego. La actitud de disciplina es un concepto de participación en la dinámica del grupo.
- Los compromisos los acaba. Finaliza las tareas que se propone y a las que se comprometió.
- Se enfrenta positivamente ante los problemas. Para resolver conflictos es bueno no hacerlo ofuscados y pensando que es posible hallar la solución. Anima en los momentos difíciles. Toma como valor positivo la alegría en el trabajo. Disfruta haciendo incluso en el esfuerzo, ha de mantenerse fuerte en los momentos de mayor dificultad.
- Es austero/a: valora lo que tiene. Y valora las pequeñas cosas que se encuentra. Es capaz de saber vivir con lo que necesita.
- Es sincero/a. Piensa que la verdad, aunque con sus dificultades, allana más los caminos que la mentira.
- Lleva una vida sana, mental y física. Como parte de su desarrollo futuro. Respeta tanto su cuerpo como el de los demás.

Una sociedad enferma.

Reflexiones ante los miles de abortos

Carmen Herrando

Doctora en Filosofía

.....

Sin duda, somos muchos los que quedamos perplejos y horrorizados ante las recientes noticias sobre clínicas abortistas en las dos principales ciudades de España (aunque, de paso, otros casos en otras ciudades están saliendo a la luz), que han aparecido en los medios de comunicación. Fetos perfectamente viables, con hasta siete y ocho meses de gestación, se someten al machaqueo de las trituradoras de dichas clínicas, y son arrojados a la basura, como si de desechos de carnicería se tratara. La imagen que viene a la mente no puede ser más horrible. Y sin embargo, parece que todo ese horror ha sido incapaz de conmover a todo el mundo, o a una gran mayoría, o, por lo menos, no ha suscitado la reacción social que habría despertado en cualquier sociedad menos insana que la nuestra.

La pregunta que se alza inmediatamente, tras constatar esta ausencia de reacción social, de reacción ciudadana, ahora que las cuestiones de la ciudadanía andan en boca de todos y los *soi-disant* expertos se prodigan, es la pregunta por excelencia: *¿por qué?* ¿Cómo es posible un silencio tan denso ante millares de asesinatos de seres humanos completamente indefensos? ¿Vivimos en una sociedad enferma? Porque el silencio ante estos hechos no deja de ser un clamor, tan elocuente, o quizá más, de lo que lo hubieran sido las consiguientes denuncias...

Ciertamente, el silencio es un síntoma; y unido a tantos otros síntomas, menos indicativos, más difusos o me-

nos alarmantes, pero que van propagándose como pequeños parásitos que todo lo contaminan con menos lentitud de la esperada, están gestando un verdadero síndrome: el de una sociedad de hombres y mujeres que parecen haber abjurado de su ser personas. Y no es este síndrome, cada vez más de manifiesto en nuestras sociedades opulentas, lo grave, siendo terrible; lo grave es lo que tras su realidad se esconde: *personas* que ya no

ñez—, cuando desarrolla y fecunda su ser personal, a imagen y semejanza de la Persona por excelencia que es Dios mismo.

En 1943, C. S. Lewis escribía *La abolición del hombre*, un ensayo publicado en España por la editorial Encuentro (Madrid, 1990), y que apunta a este tipo de realidades que hacen de nuestra sociedad presente una sociedad enferma. Lewis habla de una atrofia del corazón que busca producir «hombres sin corazón», dentro de un programa bien ideado de transformación del género humano, no se sabe mucho con vistas a qué objetivos, aunque sí que está dispuesto a cambiar lo esencial, aquello por lo que la humanidad se ha definido desde siempre. Se trata de negar lo que el autor denomina, de manera general, *Tao*, y que comprende tanto la Ley Natural como la Moral Tradicional, los Principios Básicos de la Razón Práctica o los Fundamentos Últimos. El *Tao* viene a ser, con expresión de Lewis, «un fenómeno como cualquier otro: el reflejo en las mentes de nuestros antepasados del ritmo que la agricultura imponía a sus vidas o, incluso, de su fisiología» (p. 52); la tradición, en definitiva, por la que somos lo que somos. Sostiene Lewis que las nuevas ideolo-



son tales, bien porque se niegan a considerar al otro con el valor absoluto que le confiere su propia dignidad, bien porque desconocen el valor absoluto del hombre, al ser, cada vez con más frecuencia, víctimas de una sociedad y de un sistema que se empecinan peligrosamente en negar tantos años de tradición reveladora de la grandeza del hombre —en medio, por supuesto, de sus limitaciones y de su peque-

logías que surgen en el periodo de entreguerras, momento en que escribe *La abolición del hombre*, persiguen la rebelión contra el *Tao*; y detecta, a su vez, cómo dicha persecución se va dejando ver y sentir en los nuevos programas de educación, al negar la importancia de los sentimientos y valores y hacer relativa cualquier jerarquía en orden a los mismos, despreciando así la tradición humanista que desde

Confucio o Platón, pasando por todo el pensamiento cristiano y la casi total historia de las religiones y de la filosofía, viene alentando las grandes preguntas del hombre y sosteniendo el misterio que envuelve su propio ser. Esta pugna contra los valores quiere destruir la esencia misma de la virtud humana, que tan hermosamente denominaba San Agustín *ordo amoris*, queriendo expresar así la ordenada condición de los sentimientos por la que a cada cosa se le otorga el tipo y el grado de amor que le corresponde. Porque no todas las cosas ni todos los hechos pueden apreciarse de la misma manera, como tampoco se pueden juzgar las acciones humanas desde la relatividad que supone considerarlas en uno u otro contexto cultural, equiparando dichos contextos, como se está enseñando ahora en la mayor parte de las aulas.

Lo que se niega, en definitiva, son los valores que desde siempre han venido conformando la vida humana, y de manera eminente el que define al hombre en su esencial constitución de inteligencia y voluntad, y que de manera tan precisa viene a expresar Zubiri cuando ve al ser humano como *inteligencia sentiente*. Por esa inteligencia estamos las personas volcadas a la realidad, ávidas de conocer lo que nos rodea y de conocernos a nosotros mismos como parte de esa realidad. Y esa primera acepción esencial de la inteligencia es lo que niegan las nuevas ideologías, como las llama Lewis, al haber perseguido, y logrado ya, que la realidad no sea la realidad, sino la visión que cada cual tiene de la misma, destruyendo así la esencial coincidencia de la verdad y la realidad, sin la que es imposible la vida humana en toda su grandeza y hondura.

Como sugiere Lewis, «el poder del Hombre para hacer de sí mismo lo que le plazca significa el poder de al-

gunos hombres para hacer de otros lo que les place» (p. 60). Eso ha sido siempre así, y quienes dirigían la cultura y la educación se han encargado, en buena medida, de orientar las sociedades en el sentido pretendido. Pero hasta el siglo pasado se había venido preservando, mejor o peor, el grado de salud de la humanidad, porque no se había pretendido aún dinamitar el suelo donde el hombre arraiga. Sin embargo, el autor se percata de dos aspectos novedosos de la situación que se abrió en el periodo de entreguerras: que «los que moldean al hombre en esta nueva era estarán armados con los poderes de un Estado

Como sugiere Lewis, «el poder del Hombre para hacer de sí mismo lo que le plazca significa el poder de algunos hombres para hacer de otros lo que les place».

omnicompetente y una irresistible tecnología científica» (p. 61), y que con ello serán capaces de verdaderas manipulaciones, no a la hora de concebir o interpretar desde dentro el *Tao*, sino para destruirlo, porque de lo que se trata es de destruirlo para generar planteamientos nuevos, ajenos a él: «los manipuladores —escribe Lewis—, en ese punto, estarán en condiciones de elegir el tipo de *Tao* artificial que quieran imponer, según sus propias razones adecuadas, sobre la raza humana» (p. 62). Y así han transcurrido los grandes totalitarismos del siglo xx, cuyas consecuencias no podemos ignorar. Como escribe José Jiménez Lozano, «el espíritu de Kolima y Holocausto se han enquistado profundamente en nuestra civilización. La bar-

barie misma de aquellos totalitarismos, en efecto, ha sido luego vertida en fórmulas políticas, científicas, de alta cultura, solidaridad y humanismo, de manera que no sólo se ofrecen espectáculos de genios en los que la dignidad humana es puesta a irrisión, sino que, evacuada la noción misma de persona, todo queda en un simple entramado neuronal más complejo que el de otros animales, y el único problematismo que suscitan el individuo hombre y su especie queda reducido a las normas generales de utilitarismo social, y de cuestiones de utilización de granja y ecologismo» (La Razón, 9 de diciembre de 2007, p. 13). Con esto, no es de extrañar que cuanto concierne a la vida y a la muerte, los grandes enigmas que han dado grosor y envergadura a las grandes preguntas del hombre, y han realzado su dignidad mediante el ejercicio sereno del pensamiento, se estén transformando en una secuencia más de un proceso meramente biológico, como si el hombre, en vez de persona, no fuese más que un simio superior, que es lo que parece que estos demolidores del *Tao* pretenden que seamos los seres humanos.

¿Está cambiando la esencia de lo humano? ¿Surgen, como creía Lewis, hombres y mujeres, que no *personas*, sin corazón? ¿Vamos a conformarnos con observar y constatar, incrédulos y atónitos, esta tendencia, cada vez mejor perfilada, de denostar a la persona para que el hombre sea considerado como un simio de elevada inteligencia? Si cedemos, estaremos haciendo posible *la abolición del hombre*, como veía en 1943 C. S. Lewis.

A considerar estas cuestiones llevan las terribles noticias sobre el aborto en las clínicas de Barcelona, de que se ha hecho eco recientemente la prensa, y que tan pocas repercusiones sociales han tenido. Recordando lo

El primero y principal de los derechos humanos es el derecho a la vida. (...) La primera obligación de la persona ha de serlo hacia el más indefenso y menesteroso de los seres humanos: el aún no nacido, que no tienen voz ni expresión (...)



que en el número pasado de *Acontecimiento* se decía sobre la prevalencia del concepto de obligación sobre el de derecho, al tratar de las necesidades del alma tal como las veía Simone Weil, me permito anotar de nuevo lo que expresa esta autora en su obra *Echar raíces*: «La noción de obligación está por encima de la de derecho, la cual le está subordinada y es relativa a ella. Un derecho no es eficaz por sí mismo, sino sólo por la obligación a la que corresponde; el cumplimiento efectivo de un derecho proviene, no de quien lo posee, sino de los demás hombres, que se reconocen obligados en algo hacia él [el portador del derecho]». Considerar el derecho de la

mujer a decidir sobre su salud supone, desde luego, la obligación que para con ella tienen las personas que forman su sociedad (los colectivos, dirá Simone Weil, no pueden tener obligaciones), pero como las tienen y tenemos para con cualquier persona menesterosa, en aspectos de salud u otros. El primero y principal de los derechos humanos es el derecho a la vida. Y la mujer encinta no es una enferma, sino, muy al contrario, alguien que alberga una nueva vida que será completamente libre e independiente de la suya. La primera obligación de la persona ha de serlo hacia el más inde-

fenso y menesteroso de los seres humanos: el aún no nacido, que no tiene voz ni expresión, aunque sin olvidar el drama y el horror que reinarán en el corazón de la madre que ha decidido librarse de su hijo, prescindir de él, darle muerte... Pero además de esta evidencia para cualquier ser humano que se sienta persona y lo sea, hay que considerar en serio lo anotado más arriba sobre las nuevas concepciones del ser humano y los cambiantes valores, que son los que están detrás de este trato indecoroso y criminal de las vidas humanas en su expresión más pequeña y desamparada.

Lanza del Vasto: el ayuno de Roma

Juan José Morales Ruiz

Doctor en Ciencias de la Información.
Profesor Titular de Historia
Contemporánea en la UNED

Pocos días antes del inicio de la celebración de la Cuaresma de 1963, durante la segunda sesión del Concilio Vaticano II, Lanza del Vasto, llega a Roma, donde se dispone a realizar un ayuno de cuarenta días, para tratar de obtener de la Iglesia una condena clara de las armas nucleares y de todas las armas de destrucción masiva, así como el reconocimiento de la no violencia (acción que se conforma al Evangelio, tanto por sus medios como por sus fines). Se hospeda discretamente en el convento cisterciense de Frattocchie, y el 4 de marzo envía una carta al Papa Juan XXIII explicándole el alcance y el sentido de su ayuno. Lanza del Vasto escribe al Papa:

Santo Padre, en respuesta a su llamada, he venido desde Francia a Roma para hacer penitencia en honor del Concilio, de este Concilio de la reconciliación que soñábamos desde hace años, sin poder nunca imaginar que pudiera resultar algo real y cercano.

Me dispongo a ayunar hasta la mañana del día de Pascua, cumpliendo de este modo cuarenta días de oración silenciosa e intensa. Me animan a ello tres motivos: El primero es la conciencia de mis pecados que me hacen indigno de elevar una petición al cielo. El segundo es un ruego: que nuestro Papa goce de buena salud, porque nos sentimos llenos de amor por el hombre que ha querido transformar la grandeza pontificia en bondad paternal. El tercero es nuestra

espera, frente a la amenaza de una Guerra Total, de una palabra conciliar que necesita hoy el mundo, un mensaje audaz, absoluto, evangélico.

Permítame que me explaye un poco sobre este punto de vital importancia. En realidad, ¿A quién beneficiará todo el bien que esperamos de este Concilio si la guerra que se está fraguando nos convierte en una montaña de cadáveres o en un pueblo de leprosos, o si, incluso sin guerra, las radiaciones de la materia desintegrada hacen aparecer generaciones de monstruos? Sé que a Vuestra Santidad no le gustan los profetas de desgracias y no quisiera ser yo uno. Pero, desgraciadamente no se puede decir que todo sea una fantasía. Se inscribe en la disparatada lógica de este siglo, aparte del hecho de que lamentablemente se puede producir una deflagración universal, en cualquier momento y de un modo totalmente accidental.

¿Quién protegerá a los pueblos de su ignorancia, de su inercia y de su inconsciencia? ¿Quién les protegerá de sus superiores, ciegos guiando a otros ciegos; a su vez guiados por el Príncipe de las tinieblas? ¿Quién protegerá la Creación de Dios y toda la belleza y bondad que en ella residen, de la codicia, el miedo y la soberbia, dipuestos hoy para destruirlo todo? ¿Quién sino la propia Iglesia, Mater et Magistra? A ella le corresponde el deber de advertir, de exhortar, de implorar, de mostrar la solución. Mirad lo que ha sucedido en Suiza, donde un arzobispo ha incitado al pueblo a dar su consentimiento al arma de destruc-



ción masiva. Si Roma hubiese hablado esta vergüenza no pesaría sobre la conciencia de quienes somos católicos.

Si esta vez no habla, el mal ejemplo continuará, multiplicando así el peligro. Es cierto que la Iglesia no tiene el poder de imponer su voluntad sobre los gobiernos legítimos, así como tampoco el poder de oponerse a dichos gobiernos, salvo que esté dispuesta a volver a las catacumbas. No se trata de imponer, ni de oponer ni mucho menos de volverse contra los gobiernos (los gobiernos continuarán echando la culpa de la agresión a su adversario y esperando que el otro se desarme primero).

Se trata de acallar las voces de los enemigos de nuestra Iglesia, que le acusan de ser cómplice de los actos sanguinarios de los gobiernos, cuando las declaraciones papales en favor de la paz, no son más que teoría y retórica, ¡cuando no una máscara! Resulta muy difícil dar réplica



a esta afirmación, mientras se considere, debido a una interpretación abusiva de Romanos XIII, un deber religioso la obediencia ciega al poder establecido, por malo que éste sea.

No hay otra esperanza que la esperanza en Dios, y Dios obra desde el interior, en la conciencia de los hombres libres. Por lo tanto, con un nuevo despertar de la conciencia cristiana, debidamente educada, la esperanza nos hace capaces de resistir las tentaciones, seducciones y presiones que el poder emplea para conseguir hacerle partícipe de su juego.

La resistencia espiritual es exactamente lo contrario de la rebelión, de la subversión, de la anarquía, porque «obedecer a Dios en lugar de a los hombres», es un freno al Poder cuando descarrila, y diligencia para ayudarle, cuando se trata del bien común. La resistencia espiritual no es en absoluto una renuncia a la legítima defensa y a la lucha por la justicia. En cualquier época es la más legítima de las defensas, y en la era atómica la más razonable y posible: la única que no

conlleva la destrucción de aquello que se pretende defender. La resistencia espiritual consiste en contraponer frente a un mal, un bien igual y apropiado, en lugar de otro mal de la misma naturaleza y signo contrario. «Poseemos, dice el apóstol, armas no carnales; las cuales, con la gracia de Dios, tienen el poder de derribar fortalezas».

Está claro que los cristianos que han hecho y visto caer tantos imperios no pueden depositar su confianza en estas armas y mucho menos, contemporáneamente, en la bomba atómica. Circula de modo confidencial un proyecto de esquema sobre la guerra y la paz, del cual se publicó un fragmento en «Informations Catholiques Internationales». Si se decidiese respaldarlo éste respondería en gran medida a nuestras aspiraciones. En él aparecen palabras que no dejan lugar a dudas; como, por ejemplo, las siguientes: «La destrucción en masa de poblaciones completas, como sucedió en los bombardeos de Hamburgo, Lipsia e Hiroshima, es un crimen

que reclama venganza al cielo.» O, también, estas otras: «Quien da órdenes contrarias a los derechos de la gente debe esperar que le desobedezcan».

Pero, si esto es así, si la Guerra total es un crimen ¿No se debería insistir en el hecho de que la preparación de un crimen es en sí un crimen? Una declaración de consecuencias graves e inmediatas que quienes, en tiempo de paz trabajan con armas atómicas, no deberían ignorar, sabiéndose estar en culpa y en el deber de cambiar de oficio. Aún hay más: todos los ciudadanos que permanecen inactivos, frente a la urgencia del peligro, deberían saber que también son culpables y que, a través de la palabra, de un escrito o de cualquier otro método con el que cuenten, ya sea grande o pequeño, deben romper con el silencio cómplice y despertar antes de que suceda algo irreparable.

En definitiva lo que falta, según nuestra humilde opinión, es una declaración en la que se expongan las cuatro reglas de la Resistencia espiritual: 1. Que esta se lleve adelante sin derramamiento de sangre. 2. Sin fraudes ni mentiras, a cara descubierta, sin eludir los castigos, sino al contrario, provocándolos y soportándolos con orgullo. 3. Con respeto al adversario, a su libertad, a su dignidad y la preocupación de convertirlo. 4. Que sea un testimonio de la verdad, según el cual, el sacrificio siempre conlleva una virtud que salvaguarda (esa es la lección de la Crucifixión y la tradición de los mártires). Y se debería recordar que la Resistencia espiritual ha demostrado su eficacia práctica

en la liberación de la India así como en diversos conflictos privados y públicos, tanto en occidente como en oriente; episodios poco conocidos y que merecen un estudio detallado en estos tiempos de extremo peligro. Pido perdón por estas largas páginas tal vez inútiles.

Es posible que la súplica silenciosa del ayuno completo hubiese bastado para decir todo esto, más, y mejor que las propias palabras. De cualquier modo, me encuentro retirado y escondido en el convento cisterciense de Frattocchie. Sólo están al corriente algún amigo y ciertos religiosos. Espero que la prensa no se haga eco de esta decisión. Lo deposito tembloroso, pero no sin esperanza, a los pies de Vuestra Santidad y en el corazón de Nuestro Señor misericordioso. Con devoto respeto. Lanza del Vasto.¹

Desde el primer momento, el Papa se interesó personalmente por la salud de Lanza del Vasto, y encargó al prior del monasterio que le tuviera informado diariamente. Le envió diversos mensajes rogándole que abandonara el ayuno, pero no obtuvo ningún resultado. Lanza respondía que seguía rezando.

Cuando habían transcurrido treinta días de ayuno y oración monseñor

Domenico Tardini, Secretario de Estado, entregó a Chantarelle, la esposa de Lanza, el texto de la Encíclica *Pacem in terris*, diciéndole:

En la Encíclica hay cosas que no se han dicho nunca antes; algunas páginas podrían haber sido firmadas por su esposo.

Pero Lanza del Vasto prosiguió el ayuno. El Papa hizo publicar la *Pacem in terris* el 11 de abril de 1963. Aquel día era Jueves Santo. Juan XXIII falleció dos meses después, el 3 de junio de 1963, el día de Pentecostés.²

Tan sólo a los 18 días de su muerte, (el 21 de junio de 1963) el cardenal Giovanni Battista Montini fue elegido nuevo Papa, con el nombre de Pablo VI. Y el 29 de septiembre presidió la apertura de la segunda sesión conciliar y de las siguientes, hasta la clausura del Concilio, en diciembre de 1965.³

Precisamente, durante la última sesión, Chantarelle tuvo la brillante inspiración de reunir a veinte mujeres de países diversos, entre ellas Dorothy Day, para un nuevo ayuno, de diez días en el convento del Cénaculo en Roma. Las mujeres redactaron una llamada a los padres conciliares que fue leída en latín por el obispo de Verdun. «Por primera vez, escribe el propio Lanza del Vasto, *la voz de las mujeres se hacía oír bajo las altas bóvedas de san Pedro*».⁴

Y de hecho, en la segunda parte, capítulo quinto, de la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, que se titula «El fomento de la paz y la promoción de la comunidad de los pueblos», se plantea la cuestión de la naturaleza de la paz, la obligación de evitar la guerra y se condenan la guerra total y la carrera de armamentos, en términos muy similares a los que aparecen en la carta dirigida por Lanza del Vasto al papa Juan XXIII, al inicio del ayuno de Roma.

La década de los años 60

Desde nuestra óptica actual del siglo XXI puede resultar difícil comprender la importancia que tuvo el pontificado de Juan XXIII y las acciones no violentas de Lanza del Vasto y de la Comunidad del Arca. El siglo XX se había iniciado con una cierta expectativa de progreso, pero en los sesenta años transcurridos hasta el Concilio la humanidad había sufrido dos guerras mundiales, con sus secuelas de destrucción y de muerte, se habían consolidado sistemas totalitarios y dictaduras demoledoras.

Por ejemplo, a modo simplemente de recordatorio, hay que tener en cuenta que, sólo dos años antes de la *Pacem in terris*, en 1961, se erigió el «muro de Berlín» para dividir no únicamente dos partes de la antigua capital alemana, sino dos modos de comprender y de vivir en sociedad.

1. La traducción al castellano de la versión italiana es de Itziar Gastelu-Urrutia.

2. La sorpresa de todo el mundo católico fue enorme cuando el 25 de enero de 1959, Juan XXIII que había sido elegido Papa tres meses antes, con 77 años de edad, anunció la convocatoria de un nuevo Concilio Euménico. La primera sesión se celebró el 11 de octubre de 1962. El 8 de diciembre de ese mismo año, Juan XXIII quiso participar, a pesar que sus médicos se lo desaconsejaron dada la gravedad de su enfermedad, en la celebración de la clausura de esta sesión para despedirse de los obispos reunidos en Roma. Sería la última vez que participó en el Concilio. En la que sería su despedida les dijo a los Padres Conciliares: Un largo camino queda por recorrer, pero sabéis que el pastor supremo os seguirá con afecto en la acción pastoral que desarrollaréis en vuestras diócesis. Nos esperan ciertamente grandes responsabilidades, pero Dios mismo nos sostendrá en el camino».

3. El Concilio tuvo cuatro sesiones. Fueron las siguientes: La primera, fue del 11 de octubre al 8 de diciembre de 1962; la segunda, del 29 de septiembre al 4 de diciembre de 1963; la tercera, del 14 de septiembre al 21 de noviembre de 1964; y la Cuarta sesión, 14 de septiembre al 8 de diciembre de 1965.

4. Vid. Lanza del Vasto, *El Arca tenía por vela una viña*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1982, p. 68.

Además, justo seis meses antes de la publicación de la encíclica, mientras en Roma se había inaugurado hacía pocos días el Concilio Vaticano II, debido a la llamada «crisis de los misis-

les de Cuba» el mundo estuvo al borde de una guerra nuclear de consecuencias impredecibles. Y muchos creían que la «guerra fría» era algo inevitable y se habían acostumbrado a la

amenaza permanente de una guerra total, en una sociedad condicionada por la carrera de armamentos cada vez más sofisticados y peligrosos.

► Lanza del Vasto (1901-1981)

Giuseppe Giovanni Lanza del Vasto nace en San Vito dei Normani, in Puglia (Italia) el 29 de septiembre de 1901. Procede de una noble y muy antigua familia siciliana apellidada Lanza di Trabia. El padre, Don Luigi Giuseppee, siciliano, aunque nacido en Ginebra (Suiza) era doctor en Jurisprudencia y propietario de una rica hacienda agrícola dedicada a la producción de vinos. Su madre era belga, marquesa, se llamaba Anna Marie Enrichette Nautts.

Lanza era el mayor de tres hermanos. Estudió en Liceo Condorcet de París, y después Filosofía en Florencia y Pisa. En otoño de 1936 viaja a la India donde encuentra a Gandhi. Convertido en su discípulo, Lanza recibe el sobrenombre de «Shantidas» (Servidor de la Paz). Peregrina a las fuentes del Ganges en la cordillera de los Himalayas, y allí tiene una visión que le dice «regresa y funda». Abandona entonces la India para volver a Europa con la idea de fundar una comunidad agrícola y no violenta. Pero ha de prepararse.

En 1938 viaja a Palestina que está al borde de la guerra civil. De allí se desplaza a París, justo en el momento que estalla la Segunda Guerra Mundial. Refugiado en Marsella conoce en 1941 a Simone Weil. Esta, a pesar de pacifismo no tenía mucha confianza en la no violencia gandhiana. Cuando Lanza le habló de su proyecto comunitario, de El Arca, Simone lo captó súbito. Y le dijo: «es un diamante bellísimo, pero tiene un minúsculo defecto: no existe». A lo que Lanza le contestó: «Pero existirá. El Arca existirá, porque Dios lo quiere».

En 1943 publica el relato de su viaje a la India (*La peregrinación a las fuentes*) que obtiene un gran éxito. Funda la primera de las Comunidades de El Arca en 1948, pero ha de afrontar numerosas dificultades, con algunos fracasos. Entonces se vuelve a la India para participar en las campañas no violentas de Vinoba, el heredero de Gandhi, sobre cuya experiencia publicará otro libro. En 1954 crea una nueva comunidad en St-Pierre de Bollène, en el valle del Rhône. Pero la construcción de una central nuclear le obliga a abandonar el terreno, después de numerosas campañas de denuncia.

En 1957, con el Général de Bollardière, François Mauriac, Robert Barrat, etc. anima una protesta contra la tortura y los campos de concentración. Protagoniza un ayuno de 21 días. En 1958 publica un manifiesto contra la fabrica nuclear de Marcoule que produce plutonium para la bomba atómica.

En 1962 se instala en el Haut-Languedoc, en La Borie Noble, cerca de Lodeve, sobre un dominio bastante abandonado y varias casas en ruinas, donde la Comunidad de El Arca, todavía existe. En Roma, durante el Concilio ayuna 40 días.

En 1972 apoya las acciones de los campesinos de Larzac contra la extensión de un campo militar, con diversas acciones, y un ayuno de 15 días. En 1976 participa en las manifestaciones contra el reactor nuclear de Crey-Malville.

Viaja por numerosos países como «Peregrino de la Paz» y finalmente fallece en España, de visita a una pequeña comunidad no violenta instalada en Elche de la Sierra (Albacete), en la madrugada del 5 de enero de 1981, fiesta de la Epifanía, de donde es trasladado a la Comunidad del Arca de La Bori Noble para ser enterrado junto a su esposa Chantarelle.

La caridad política

.....
José Antonio Fernández

 Miembro de I.E.M.

Nada hay más auténticamente humano que la política, según la clásica tradición griega, que define al hombre como *zoon politikon*. Nada hay más propiamente divino que el amor, según la hermosa tradición cristiana, *Deus caritas est*, según Benedicto XVI. Pues de ese punto de unión, de ese gozne de lo divino-y-lo humano, de lo Absoluto-y-la persona, me gustaría decir unas palabras. Puede que no haya ninguna otra dimensión vital que simbolice mejor la unión de Dios y el hombre como lo hace la caridad política.

No hay amor humano que no nos lleve a la vida política y es que, como muy bien nos muestra Mounier la política no es una opción, ya que vivimos dentro de ella, por lo que no podemos decir que nos vamos a meter en política, es que no nos podemos salir de ella. Siendo eso verdad, no lo es menos su inverso, la vida política debe estar impregnada de amor. Santo Tomás de Aquino decía que la política es fundamentalmente amor. ¿Se puede hacer política sin amor?

Ya los griegos consideraban que la ciudad (*polis*) en la que con-vivimos no es más que una parte de la naturaleza (*physis*) en la que vivimos. Por eso, el animal político es un ciudadano que vive con otros con-ciudadanos y se preocupa por administrar su ciudad de cara a una responsabilidad moral total en el universo. La política es el ajustamiento conforme a la razón (*logos*) de cosmos y ciudad dentro de ese cosmos. Este ajustamiento es lo que los griegos llamaban justicia (*dike*). Cuando ésta funciona, entonces, se hace ley (*nomos*). Pero la justicia, si se petrifica al plasmarla en ley, si se burocratiza, acabaría por autodes-

truirse, por lo que este ajustamiento ha de irse perfeccionando. La justicia, sin ser aniquilada, se ha quedado, sin embargo, pequeña ante el amor (*caritas*). No puede haber caridad sin justicia, pero tampoco la mera justicia es autosuficiente si no va impulsada por un espíritu de ajuste cada vez mayor. (Díaz, C.: *Política y Moral*. Voz de los sin Voz. pp. 11-14).

Por otro lado, Jesucristo se inscribe dentro de la tradición bíblica en lo que E. Bloch llama «el hilo rojo». Dios

(...) pero la justicia, si se petrifica al plasmarla en ley, si se burocratiza, acabaría por autodestruirse, por lo que este ajustamiento ha de irse perfeccionando. La justicia, sin ser aniquilada, se ha quedado, sin embargo, pequeña ante el amor (*caritas*). No puede haber caridad sin justicia, pero tampoco la mera justicia es autosuficiente si no va impulsada por un espíritu de ajuste cada vez mayor.

se revela como el liberador de un pueblo oprimido, que quiere la instauración de la justicia. Ese pueblo es liberado para que sea un pueblo fraterno y establezca la justicia en el país que le va a ser entregado. Cuando los profetas hablan de un salvador, ya sea bajo la figura de un profeta siervo de Yahvé o bajo la del Mesías, la justicia aparece como la característica central de su actividad histórica.

Sin duda, el centro de la predicación de Jesús es el Reino de Dios. Éste se constituye en la esperanza central del pueblo de Israel en los dos mo-

mentos de mayor sufrimiento y opresión que experimenta a lo largo de su historia: en el destierro de Babilonia y durante la dominación seleúcida. Jesús empalma con esta tradición profética. También él se dirige, en primera instancia, a los sectores rurales de Galilea, que pasaban por unas circunstancias sociales de enorme precariedad, y les anuncia el Reino de Dios como mensaje de resistencia y de esperanza en una transformación histórica radical.

El Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia dedica parte de sus apartados a incidir sobre los laicos en la responsabilidad que tienen ante la sociedad en la que viven, buscando el bien común con espíritu de servicio, desarrollando la justicia especialmente ante situaciones de pobreza y sufrimiento, promocionando la paz y el diálogo en el horizonte de la solidaridad (nº 565).

¿Cómo se plantea el futuro ante este deber moral de amar a los demás ocupándose del bien común? Las estadísticas no son nada halagüeñas, según el último informe de la Fundación Santa María los jóvenes (entre 15 y 24 años) son descreídos, apolíticos, egoístas e insolidarios. No hay peor presagio que el de esta evidencia sociológica que hace del que habla de amor un cursi o un bobo y del que se interesa por la política un interesado. Y sin embargo, cómo renunciar a esta tarea dignificadora del ser humano de trabajar por el bien común que nos pone en relación con Dios-Amor. «Del amor a Dios se deriva la participación en la justicia y en la bondad de Dios hacia los otros; amar a Dios requiere la libertad interior respecto a todo lo que se posee y todas las cosas materiales: el amor de Dios se manifiesta en la responsabilidad por el otro» (Benedicto XVI: *Spe Salvi* nº 28).

Rincón bibliográfico

Marcel, primer diálogo de la ciudad armoniosa.

Péguy, Ch.

Editorial Nuevo Inicio, Granada, 2007.

Ha surgido una nueva Editorial, *Nuevoinicio*, iniciativa del Arzobispado de Granada, cuya preocupación fundamental es la de recuperar la conciencia esencial de la experiencia cristiana de que Cristo es el fundamento y plenitud de lo humano, en diálogo con los clásicos de toda naturaleza y con la cultura contemporánea. La saludamos con emoción, y lo hacemos en una de sus obras publicadas (para más detalles, info.editorial@nuevoinicio.es), la maravillosa de Charles Péguy *Marcel, primer diálogo de la ciudad armoniosa*.

Con casi diecinueve años, a finales de 1891, mientras prepara su ingreso en la Escuela Normal, escribe Charles Péguy a un amigo:

La filosofía es algo triste. Tengo la íntima convicción de que el padre Taupe me enseña un montón de cosas de las cuales él no cree ni una palabra. Pero yo le devuelvo la misma moneda y tampoco creo nada. Lo que se llama filosofía es un conjunto desecante, descorazonador, deprimente, enervante, analítico y antiartístico de doctrinas sin grandeza. La filosofía tiene todos los inconvenientes de las ciencias sin tener sus ventajas. Quiero decir que carece a la vez de poesía y de exactitud. En filosofía sólo las doctrinas absurdas son irrefutables. Por el contrario, las doctrinas algo convenientes, algo alentadoras, no se tienen en pie. Afortunadamente, querido, como tengo fe en un montón de cosas, me

paso perfectamente sin la filosofía. ¿Dónde estaríamos si hiciera falta atenerse a ella para amar las cosas buenas y bellas? Lo mejor es creer sin pruebas y actuar, en lugar de soñar y filosofar».

Pero la filosofía es vida: «Cada uno de nosotros es cómplice de lo que pasa en el medio social. Cada uno debería preguntarse: ¿Cómo debo actuar yo para que mi acto funda un máximo de moralidad en la sociedad? Si existe un partido decidido a emplear, contra el mal social, un gran remedio decisivo, el kantiano debe unirse a él».

Y los obreros de la ciudad armoniosa no piensan en darse lo que llamamos en la sociedad burguesa *renombre* o lo que llamamos *gloria*, porque el renombre es vano y la *gloria* es vana, porque no importa que nuestros trabajos estén firmados abajo con nuestros nombres siempre que los hayamos hecho lo mejor que hayamos podido, porque no conviene que los obreros sean perturbados en su trabajo por el pensamiento de que conseguirán renombre o conseguirán gloria.

No tienen los sentimientos de lo que llamamos en la sociedad burguesa *rivalidades*. Así los ciudadanos de la ciudad armoniosa no tienen los sentimientos de emulación, de rivalidad, de competencia, los sentimientos de la guerra civil, de la guerra exterior, de la guerra económica, de la guerra militar, de la guerra privada, de la guerra pública, los sentimientos de la ambición pública, de la ambición privada, animosidad, cólera, venganza, rencor, envidia, maldad. No saben qué es la mentira.

Ahora que los sentimientos malsanos están exiliados de la ciudad... los dolores y sufrimientos sanos de las almas crecen en fuerza y belleza, en su fuerza más grande y su belleza mayor hasta los dolores extremos y hasta los supremos sufrimientos de la ausencia, en particular de la duda, y de las separaciones, y de la muerte... Todos los sentimientos dichosos y desdichados que son saludables han llegado a ser los sentimientos de las almas armoniosas... Ahora que los sentimientos saludables se han convertido en la herencia de la ciudad armoniosa nacen y crecen en fuerza y en belleza según lo que es cada alma individual; y muy lejos de que las almas armoniosas tengan sentimientos semejantes entre sí porque todos esos sentimientos son armoniosos, esos sentimientos armoniosos son variados ilimitadamente en su belleza pura porque son fuertes y porque son libres. En la sociedad que no era armoniosa todavía los sentimientos saludables parecían poco variados y poco matizados porque eran en su mayor parte sofocados o disminuidos por los sentimientos enfermizos, pero los sentimientos saludables son variados ilimitadamente, graduados ilimitadamente, y matizados ilimitadamente por la alegría o por el dolor... En la ciudad armoniosa las almas de amistad nacen y viven para todas las camaraderías y llegan a su forma sin deformar las almas individuales de las que han nacido. Así las almas de amistad realizan lo mejor que pueden en la ciudad armoniosa la belleza que les es personal, cada

alma de amistad realiza lo mejor que puede lo que ella es en belleza, cada alma de amistad llega a ser lo mejor que puede lo que ella es en belleza, cada alma de amistad llega a ser lo mejor que puede lo que ella es.

Las voluntades de las almas amorosas no van a los fines armoniosos más que por medios armoniosos... Las almas armoniosas quieren lo que quieren para lo que quieren. El alma de la ciudad armoniosa, como las almas ciudadanas armoniosas, quiere lo mejor que puede... Así las almas armoniosas individuales y colectivas no conocen las voliciones desesperadas, las voliciones mandadas, extrañas, las voliciones no vivientes, las voliciones bruscas y repentinas; las voliciones de las almas armoniosas les son interiores y personales, vivientes, continuas.

Puesto que lo real ofrecido al conocimiento de los ciudadanos en la ciudad armoniosa es armonioso, las informaciones dadas por la ciencia a las almas armoniosas individuales y colectivas son armoniosas y las filosofías nacen armoniosas. Las filosofías nacen armoniosas en las almas armoniosas. Y, sea el nacimiento de las filosofías doloroso o no, es sano.

Valen más estos textos que mil palabras comentándolos.

CARLOS DÍAZ

Tres principios para la bioética.

Méndez, J. M.

Estudios de Axiología, Madrid, 2007.

Criterio de la duda: Si lo que está en juego es la vida o la muerte de una posible perso-



na, en la duda hay que abstenerse de cualquier acción que ponga en peligro su vida. Mucho más si la acción va a destruir directamente esa vida: *in dubio pro innocente*. Lo mismo que es invocado, y con toda razón, para prohibir prácticas *posiblemente* nocivas para el medio ambiente, o vetar alimentos *posiblemente* venenosos, mucho más debe aceptarse cuando se trata de acciones que directamente matan la *posible* persona. En ningún caso y por ningún motivo puede manipularse el embrión aunque sea un segundo después de la fecundación. Lo mismo que en una cacería no puede dispararse sobre algo que se mueve, si se tiene la más mínima duda de que *pueda* tratarse de otro cazador.

Criterio de la condición necesaria: Imaginemos que alguien dice: hay que respetar el rosal en mayo, porque está cargado de rosas, pero no hay que respetarlo en enero, cuando aún no hay rosas. Obviamente responderíamos: *Si destrozas el rosal en enero, no tendrás rosas en mayo.* El rosal es condición necesaria para las rosas. Si alguien quiere respetar la persona humana, está obligado en estricta lógica a extender ese respeto al embrión en ella. El respeto a la persona implica el respeto a su embrión como condición necesaria para que exista la persona. El criterio de la condición necesaria es todavía más estricto que el criterio de la duda. Cierra el paso incluso a, la posibilidad de que esa duda pudiera ser eliminada en alguna situación concreta.

La persona se define como *el ente libre que tiene ante sí un arco de valores*. Se le ha dado la libertad para cumplir valores

con mérito, aunque por eso mismo pueda violarlos con culpa. Ser persona es tener pendiente una tarea axiológica. Este es el sentido de la vida humana: realizar los valores. Esa es la finalidad de nuestra existencia en este mundo. Estamos aquí para vivirlos, y nada más que para eso (p. 20).

Precisamente porque el cuerpo es un medio para vivir valores-fines, se explica la admiración que suscitan esos héroes morales que, con un cuerpo disminuido y sobreponiéndose a sus limitaciones, consiguen ser *axiológicamente creativos*. Es el caso bien conocido del físico y matemático inglés Stephen Hawking o del japonés Hirotada Otokake, que sin brazos ni piernas escribe libros llenos de optimismo ante la vida. Es el caso de músicos ciegos como Cabezón y Rodrigo, o Anel en sus últimos años, los cuales se alzaron a las cumbres del arte. Por muy limitados que estén, demuestran que son capaces de vivir valores, y vivirlos en altísimo grado. Ellos elevan al máximo la dignidad humana. Son lo mejor de la humanidad. Precisamente por eso nos impresiona tanto su ejemplo pp. 24-25.

José María Méndez siempre me ha enseñado mucho, no en vano es el axiólogo más creativo de cuantos conozco y están vivos. Por la claridad y seriedad de sus obras, y sin comentarios, bien venidas sean sus obras.

CARLOS DÍAZ

La naturaleza humana.

Burgos, J. M.

Ediciones Internacionales Universitarias. Madrid, 2007

Celebramos mucho este buen libro de Juan Manuel Burgos, que con rigor y claridad defiende desde el mejor personalismo la noción de persona en su relación con la naturaleza, en la línea de Mounier y con información al día. He aquí su nervio argumental:

La naturaleza aristotélica no sólo es un principio es el elemento central de la compleja teoría teleológica, con todas sus implicaciones: la tendencia hacia unos fines, la existencia misma de esos fines, la consecución de esos mismos fines mediante la transición de la potencia al acto, etc. La pregunta del millón es: ¿Sirve esta estructura sin más y directamente para los hombres?

Aquí es donde se distancian los caminos del tomismo y del personalismo. El tomismo considera básicamente que sí; el personalismo disiente. Estima que, si bien esta estructura refleja una parte de la verdad del ser humano, es necesario repensarla profundamente para aplicarla al hombre so capa de deformar u oscurecer la realidad personal. El problema es que el hombre no tiende como tienden los animales y, en realidad, ni siquiera tiende, sino que *responde* libremente a los motivos; tampoco sus fines están estrictamente fijados como los de los animales sino que la persona interviene en su determinación; no se dirige sólo hacia objetos exteriores, sino que se busca a sí mismo, etc. En definitiva,

su estructura dinámica es profunda y radicalmente diferente de la de los animales, por eso no se le puede aplicar sin más una estructura dinámica cuyo origen está en la biología. Es necesario reelaborarla con profundidad. Esto es lo que el tomismo no hizo y lo que la modernidad ha sabido o intuitivo de manera más o menos lúcida, y lo que detecta —dejando aparte las concepciones anti-teológicas— en determinadas exposiciones del concepto de naturaleza, que son, por eso, rechazadas. En ese punto personalismo y modernidad coinciden porque ambas advierten y sienten o presienten una cierta «falta de humanidad» en la descripción de ese «segundo nivel» del concepto tomista de naturaleza (p. 63).

Sobre el lastre determinista que puede incorporar el concepto de naturaleza:

Una afirmación del tipo «las leyes de la naturaleza humana» sugiere una estructura rígida que ahorraría la libertad; en cambio, la afirmación «está en la naturaleza humana el amar (o el odiar)» no genera esa reacción porque implica más bien que, a pesar de que los hombres somos muy distintos, hay algunos rasgos comunes que hacen que, a pesar de todo, nos podamos considerar hombres, siendo uno de ellos, en este caso, la capacidad de amor o de odio (p. 97).

Mounier ya lo había escrito:

Si las personas formaran una pluralidad absoluta, resultaría imposible hablar de este nombre común de persona. Es necesario que

haya entre ellas alguna medida común. Nuestro tiempo rechaza la idea de una naturaleza humana permanente, porque toma conciencia de las posibilidades aún inexploradas de nuestra condición. Reprocha al prejuicio de la «naturaleza humana» limitarlas de antemano. En verdad, resultan a menudo tan sorprendentes que no se debe fijarles límites, sino con extremada prudencia. Pero una cosa es negarse a la tiranía de las definiciones formales y otra negar al hombre, como a menudo lo hace el existencialismo, toda esencia y toda estructura. Si cada hombre no es sino lo que él hace, no hay humanidad, ni historia, ni comunidad.

Frente a las consistentes dificultades que plantea el término de naturaleza humana, una de las opciones que adopta el personalismo es la de emplear la exclusivamente en el sentido de «humanidad» o «unidad de la humanidad», lo cual implica: 1) asunción sin reservas de la común humanidad de los hombres o, en otros términos, de su esencial igualdad a pesar de todas las variaciones culturales e históricas; 2) empleo del concepto de naturaleza humana en el sentido general de unidad esencial de la humanidad o de modo de ser de los hombres; 3) uso restringido o muy limitado del concepto de naturaleza desde un punto de vista técnico para evitar el peligro de ser malinterpretados culturalmente e incurrir en los problemas filosóficos que tiende a generar la teleología...

Otros autores han ideado una vía distinta: la reelaboración del concepto

metafísico de naturaleza para lograr que incorpore los elementos que se echan en falta dentro de la perspectiva tomista. Esta es, en concreto, la perspectiva que Karol Wojtyła ha desarrollado al proponer su concepto de *autoteología*... Karol Wojtyła, sin embargo, ha usado de manera muy limitada el concepto de naturaleza en su gran obra de antropología *Persona y acto*. Y esto vendría a constatar que, para él, el concepto de naturaleza no es importante en antropología... transitar hacia la persona quiere decir fundamentalmente construir la antropología no a partir del concepto de naturaleza sino a partir del concepto de persona pp. 98-103.

CARLOS DÍAZ

Poesías completas.

León Felipe.

Madrid, Visor, 2004, 1360 pp.

Acabo de leer por segunda vez estos últimos años este voluminoso tomo de la mejor editorial dedicada en España a la poesía. ¡Todos los trabajos poéticos de León Felipe! En una edición crítica, con una coherente introducción, e incluyendo la estupenda paráfrasis del poeta castellano del *Canto a mí mismo* de Walt Whitman. Por sí fuera poco.

León Felipe es un poeta esencial, heterodoxo, libre como pocos, con ese carácter huraño que mezcla humor y dolor... un poeta del desencanto que es capaz de encantar. Su lectura no podemos decir que sea amena, porque la poesía no puede ser pura distracción —ninguna literatura ni arte debería serlo—, pero no supone una carrera de obstáculos como ocurre con otros autores.

Puede resumirse su búsqueda principal con estas palabras del encargado intelectual de la edición, José Paulino, experto en la obra felipiana:

La obra de León Felipe nos presenta un modelo de poesía en el límite. De esa condición adquiere su identidad y en ella reside su riesgo. Temáticamente se mueve entre lo que es y lo que debe ser, entre razón y locura, vida personal y vida general, biografía y canción, desesperación y esperanza, historia y mito. Y, sobre todo, es la poesía del límite entre la oscuridad y la luz. Nada exactamente definido pero sí fuertemente integrador, a pesar —y más bien en contra— de la tendencia disgregadora hacia los extremos. Y así también formalmente. Encontramos su verso entre el verso libre (aunque con unidades melódicas reconocibles) y el versículo y, más aún, entre la prosa y el verso, sometidos ambos a la misma tensión emocional y constructiva del ritmo. (p. 31).

Largos cantos casi sálmicos, con una fuerte influencia bíblica, sobre una temática que rodea la desesperada búsqueda de la esperanza. Poesía para levantar pasiones, para pensar y para desgranar las sombras de todo un siglo, el xx, cargado de ellas. Por supuesto que no es una poesía cristiana, pues León Felipe fue hereje frente a la fe domesticada y frente a todo lo que sonara a sometimiento acrítico, pero en su fondo hay una persistente ansia de Dios, sobre todo a través de la figura de Cristo, percibida con absoluta libertad interpretativa. Como ejemplo para animar a la lectura de

este portento de nuestras letras, con la comodidad de una obra recogida en un solo tomo, transcribo un breve poema de su *¡Oh este viejo y roto violín!*, último libro que publicara en vida:

LA CARNE SE HIZO LUZ

—¿La carne se hizo luz?

—¿O la luz se hizo carne?

—Qué más da... es igual.

—No es igual, dice el teólogo Don Baltasar.

¡Hay que decidir!

—¡La carne se hizo luz!

—¡Herejía!

—No. El Cristo está ahí...

y a mí no me importa si vino en una estrella o salió de una carpintería de Nazaret.

Él es el único rayo de luz

Que hasta ahora ha podido atravesar

Ese muro terrible del Misterio.

Él abrió un boquete,

Ha señalado el camino...

Y la esperanza desde que Él vino

Está ahí bailando alegremente

En las tinieblas cerradas del mundo...

Lo demás se lo dejo a los Teólogos.

FERNANDO PÉREZ DE BLAS

Mi dulce y querida guía.

Grygiel, S.

Ed. Nuevoinicio, Granada, 2007

Resulta oportunísimo y excelente el trabajo, emprendido por la editorial granadina Nuevoinicio, de rescatar y publicar títulos que apuestan, desde una perspectiva personalista cristiana, por hacer cultura la fe, contribuyendo a que se recupere la conciencia de que Cristo es la clave de comprensión del ser humano.

Entre los títulos de la editorial encontramos textos de von Balthasar, MacIntyre, Long y este que nos ocupa, del filósofo polaco Stanislaw Grygiel, en la actualidad profesor de Antro-

pología filosófica en el Pontificio Instituto Juan Pablo II en Roma. Aunque, *sensu stricto*, el libro es una compilación de un conjunto de pequeños ensayos o artículos, muestra una sólida unidad, pues desarrolla varios *leit motiv* que se repiten a modo de nota pedal en una fuga: la apertura del hombre a Dios que le ama y llama y el dimorfismo sexuado como símbolo de la tensión hacia el Otro y el otro. Ambos son presentados como antropofanías, como vías de acceso a la pregunta por la persona. Más allá del cientifismo, que reduce la persona a cosa, y del nihilismo posmoderno, entiende Grygiel, en la misma línea del personalismo de K. Wojtyła, a la persona como un don, por lo que, para ser, ha de ejecutar esta donatividad: darse a otros. En esta donatividad ejercemos el carácter sacerdotal del ser humano. Pero para Grygiel ha sido la mujer la que mejor ha sabido donarse, por lo que resulta fascinante para el hombre y, por ello, una llamada al actuar. Pero es en el encuentro donativo de hombre y mujer, en el diálogo de su ser y su actuar, como presienten la plenitud a la que están llamados. En su encuentro, hombre y mujer se recuerdan la verdad de sus identidades. Cuando su relación no es encuentro unitivo, no hay comunidad y no es posible la persona. Esto muestra, según Grygiel, que la pregunta por la persona va más allá de la filosofía: entra en el terreno de la experiencia mística y poética, así como de la experiencia de encuentro interpersonal.

Toma postura Grygiel frente a la modernidad. La modernidad concibe a la persona como cogito. Pero de este modo separa a la persona de la realidad, esto es, de verdad y del

bien. Por eso, ya «no se viven experiencias; se hacen experimentos» (p.15). La filosofía terminó siendo un diálogo interior al propio cogito y reduce el filosofar a una acción de la razón, esto es, a mero cálculo (*ratio*, del verbo latino *reor, reri, ratum*: «calcular»). Y donde prevalece la *ratio* se hace imposible el amor y la verdad. Sólo es posible la búsqueda del éxito y el poder, pero nunca de la donación ni del *fiat mihi*. En el *fiat mihi* de María el hombre encuentra la imagen del camino que debe seguir para llegar a ser aquello a lo que está llamado. Al decir la persona *fiat mihi* vive de acuerdo con la verdad de su ser persona, se pone en camino de plenitud. Y es que la persona es respuesta a la llamada desde el horizonte que le proporciona sentido. Por eso, estas palabras son las más difíciles. Sólo las puede pronunciar aquel que se siente libre para no calcular probabilidades de éxito. En el *fiat mihi* se manifiesta escatológicamente el ser persona, su futuro, de modo que la mujer, y María de modo especial, se convierte en una epifanía del futuro del ser persona, siendo *axioma, dignitas*.

Otra de las vías que ensaya Grygiel para conocer a la persona es un desarrollo de las catequesis inaugurales del pontificado de Juan Pablo II: *Hombre y mujer los creó*. En esencia, lo que afirma es que el dimorfismo sexuado entre hombre y mujer muestra que la persona es comunitaria y está referida siempre a otro (y, por ende, a Otro). Este dimorfismo es esencial para mantener el ámbito de lo humano. La masculinización de la mujer y el afeeminamiento del hombre «penetra en la *communio personarum* y la transforma en una

mera alianza entre socios» (p. 34).

Sin referencia a Dios, la persona ya no se asombra de sí y se mira como algo útil, funcional o apetecible. Tras la caída «Adán y Eva se precipitan en una soledad distinta de aquella en la que, estando ante Dios y caminando con Él, cada uno de ellos descubría en la verdad del propio ser un sujeto soberano. Ambos se precipitan en la soledad idiota (la palabra griega *idoteuo* significa ser un hombre cerrado en lo privado, en lo que no llega» (p. 39). Ante Dios la persona vive en su verdad, respondiendo a la identidad recibida, más allá de su *facere*. El prometeísmo lleva a la persona a identificarse con su *facere*. Pero la persona sólo despierta a su verdad cuando encuentra a otra persona como don. El don del otro, o el otro como don es llamada. Y es llamado a ser don para otra persona. Por ello, la mujer despertó a Adán de su sueño, de su *ratio*. En general, el despertar de la conciencia de la persona se lleva a cabo con otra persona; el atractivo y el asombro ante el otro ayudan a salir de sí.

La persona es donatividad. Por ello, su verdad más profunda es, *adaequatio personae cum personae praesenti in dono* (p. 44). Por tanto, no es la razón la que libera, sino la verdad, que tiene carácter comunitario. De este modo, se impide que el *agere* humano se reduzca al *facere* propio del cálculo, de una razón mensurante. «Dar y recibir el don significa amar y conocerse recíprocamente (*agere*), significa engendrarse el uno al otro. El don que no nace del *agere* del hombre es un producto de su *facere*. Pero el que sólo *facit* ni coge ni da un don, vende y compra produc-

tos» (p. 45). Quien no conoce la verdad, tiene algo que hacer, pero no algo que amar. Por eso se siente obligado a construirlo todo. Este *facere* se convierte en diabólico, pues su hipóstasis se pretende divina a la par que se separa del ser creado y del movimiento, del ex-stasis hacia Dios. El sujeto ha devenido en sujeto técnico.

La relación entre hombre y mujer es signo de esta donatividad, siempre que su encuentro no consista en un hacer algo sino en un amarse y conocerse. El hombre es *tonos* (tensión). Es una tensión hacia el otro, una *intentio*. Pero sólo puede responder a esta tensión un tú personal, nunca una cosa. Reducidos a cosas, sólo cabe dominar y ser dominado, el cálculo, retirando a la persona a un despilfarro de su ser en un país lejano (Cfr. Lc, 15, 13). Desde este dimorfismo sexual la persona descubre las dimensiones básicas de su ser: paternidad, maternidad y filiación. El cuerpo es revelador. Y revela el hecho de que el hombre está orientado hacia lo que no es él. Por ello la mujer ayuda al hombre a conocer la verdad de su propio ser varón y viceversa, porque la conyugalidad es una estructura antropológica que antecede al matrimonio. Si disolvemos este dimorfismo, disolvemos la persona. La diferencia sexual nos revela como un ser que es don y que se ha de donar a otro.

En el ser humano, «todo don es una misión. Dar algo a otro significa 'ayudarlo' a salir de sí y a ir hacia aquello que el don promete y hacia lo que llama» (106).

Por tanto, sólo hay auténtico pensar sobre la persona cuando se está con la tensión hacia la trascendencia, esto es, en

sin-tonía con Dios, en tanto que «Tú». Del mismo modo, todo encuentro es una sintonía de dones, una sorpresa recíproca, un acontecimiento que despierta. Grygiel analiza este filosofema a través de diversas figuras literarias femeninas. Antígona, Beatriz, Margarita, Sonia y Lady Macbeth.

También desde esta perspectiva, analiza la mutua vinculación entre virginidad y matrimonio. «La virginidad y el matrimonio constituyen un conjunto tal que si no se comprende la una tampoco se puede con seguridad comprender el otro» (111). Las ciencias se hacen la pregunta sobre el hombre desde los intereses a los que sirven, reduciéndole a una causa previa. No entienden la esencia de su ser. El hombre lo es por estar orientado hacia valores que encuentra hacia adelante y en relación con el otro hombre y con Dios. Por tanto, «la pregunta acerca del hombre es una pregunta escatológica» (112). Es desde esta perspectiva escatológica desde la que se entiende la mutua referencia de matrimonio y virginidad, como dos estados de vida que se iluminan recíprocamente.

Ambos estados se entienden desde el horizonte de sentido. Desde ese horizonte se le dirige una llamada y le pide que vuelva a casa, al hogar: a la Casa del Padre. La respuesta que se le da desde el horizonte es una llamada. Y la respuesta adecuada del hombre a esta llamada consiste en encomendarse: *Ecce, aquí estoy. Habla, que tu siervo escucha*. En este acto de ponerse a la escucha, se recibe la verdad sobre la propia identidad. Es evidente que desde una perspectiva materialista, inmanentista, es imposible entender matrimonio y virginidad. Sólo un hombre so-

berano, dueño de sí desde un horizonte de sentido es capaz de ambos estados.

Retomando de nuevo a Juan Pablo II, afirma que ambos estados misionales tienen su diferencia en la perspectiva en la que se sitúan el matrimonio en la perspectiva del principio, de la Creación, y la vocación a la virginidad adviene en la perspectiva escatológica, de la nueva creación, de la resurrección. De este modo, «la virginidad es signo que revela el carácter 'virginal' del ser esponsal del hombre, mientras que el matrimonio, es signo que revela el carácter 'esponsal' de su ser virginal» (p. 125).

También desde estos fundamentos, estudia la familia, en la que se cumple la propia vida y libertad a través de la donación a los demás y por los demás. Tocado y llamado por el amor que recibe, en familia la persona responde con todo su ser ofreciéndose a sí. Entonces es cuando adviene él mismo haciéndose realmente *parousía* para el otro. Es así como el hombre se manifiesta a todos. Habitar unos en presencia de otros. Eso es la familia. La casa, el hogar, es el lugar donde se vive este ser *parousía* y este ser amado. El apellido remite al hogar. El apellido remite al amor de que proviene y es una forma de decir a los demás «Soy amado» «Soy digno». Sólo saliendo de sí, desde ese amor que le llama, la persona puede construir su felicidad. En este contexto, cada uno muere a sí para renacer en el nosotros, enriquecidos el uno con el otro. La muerte de quien da la vida por el otro es presencia tal que quien habita en ella se siente salvado. «Aquel por quien el otro da la vida, tiene casa, tiene a dónde volver» (p. 134).

Concluye el libro afirmando

que la persona es *don-llamada y su vivir como persona consiste en ser don-respuesta*. Así, la libertad de la persona consiste en la capacidad de entregar el don que se nos ha entregado. Ya nuestra creación es llamada. Nuestra identidad consiste en volvernos don-respuesta. Somos siervos pero no instrumentos. Ser libre, por tanto, es morar para sí y vivir más gracias al otro por quien damos la vida.

Estamos ante un texto nutricional, lleno de intuiciones en la línea del personalismo comunitario, pleno de bellas imágenes, con sabrosas referencias literarias, bíblicas y filosóficas. Profundo, pero sin complejidades barrocas. Su contenido, si bien resulta reiterativo, sobre todo en los últimos capítulos, no defraudará a quien lo lea con ánimo de aproximarse más al misterio de la persona.

XOSÉ MANUEL DOMÍNGUEZ
PRIETO

Libertad y sacrificio.

Jan Patočka.

Ediciones Sígueme, Salamanca, 2007, (traducido, a partir de los originales en checo y en alemán, por Iván Ortega Rodríguez).

Jan Patočka (Turnov, Bohemia, 1917- Praga, 1977) fue discípulo de Husserl y de Heidegger, las dos grandes figuras del pensamiento que protagonizan alternativamente estos once ensayos filosóficos de gran hondura, editados en la colección *Hermeneia* que dirige Miguel García-Baró.

Tres podría decirse que son los centros de irradiación de estos escritos filosóficos de Patočka: su particular visión del *khōrismós* platónico, su concepción de la libertad como la radical posibilidad humana, y su considerar la voluntad de

sacrificio como remedio para los males que amenazan a nuestra civilización, remedio que no consiste sino en llegar a renunciar a toda ventaja y a cualquier privilegio.

Patočka considera el *khōrismós* platónico, esto es, la separación entre las cosas reales y las ideas de las mismas, como lo más central de la filosofía, pues ésta únicamente se realiza a través de la condición del distanciamiento. El ejercicio de filosofar consiste en saber tomar distancia, en cuidar de la propia alma para preservarla, en un alejamiento que permita la objetividad necesaria, de modo que pueda conservar la lucidez que es menester para el afrontamiento de la verdad. El pensador checo entiende la filosofía como *vida en amplitud*, que «se encuentra allí donde el hombre deja tras de sí el nivel cotidiano del encantamiento de la vida corriente, el nivel de la no-verdad sensata, la cual oculta a nuestra mirada las verdaderas alturas y los auténticos peligros de nuestra existencia. La amplitud —continúa Patočka— se encuentra allí donde el hombre va con rostro sereno al encuentro de aquello ante lo que huye nuestra miedosa mediocridad» (p. 40).

Es esta vida en amplitud la que permite al hombre ejercitar la libertad, precisamente cuando en la misma amplitud experimenta los roces y las heridas que le deparan los límites. Más se adentra el hombre en la amplitud, y más se topa con barreras que, sin embargo, le harán vivir su propia libertad y transformar, en este ejercicio de vencer mil resistencias, una libertad meramente posible en libertad real. En esta experiencia del abismo entre lo que el hombre realmente es y lo que

verdaderamente está llamado a ser, es donde el filósofo checo ubica la vivencia del *khoris-mós*, que se expresa y realiza en el abismo que se abre entre las dos orientaciones principales por las que desde siempre se ha venido rigiendo la humanidad: el camino de la materia y el camino del espíritu.

«El espíritu —escribe Patočka— es más bien una relación con el mundo que vive a partir de la comprensión del todo del mundo que proporciona la vida en la amplitud. Es una interpretación universal hecha bajo una luz cuyo origen no es en absoluto intelectual, sino vital, nacida del choque contra la dura roca de nuestros límites» (p. 44). Y es en este abismo que, por una parte, desgarrará al hombre, donde puede éste, por otra parte, hallar su fuente de unidad, al apercebirse de la inmensidad de las dimensiones de dicho abismo y poder sentir, al mismo tiempo, el dolor de la distancia. Precisamente este dolor es el que confiere al ser humano la dimensión de la propia hondura, y así, desde sus adentros, se le abre al hombre la posibilidad inmensa de la verdad, verdad a la que se accede a través del ejercicio arriesgado de la propia libertad. «Pero aquel que ha sido puesto a prueba por el dolor —escribe Patočka— ya nunca aspirará al bienestar vulgar y al duro poder del día, salvo que caiga en un nivel completamente distinto. Bendecirá aquello que le haya impedido ser una víctima de la vacuidad y falta de metas que dicen ser aspiración al poder y a la felicidad.

Por tanto, todo verdadero amante de lo eterno e infinito tiene que haber asumido, ante todo, el dolor y la contrariedad» (p. 45).

Para Patočka, el *khoris-mós* es, en definitiva, un fenómeno real que no puede ser ignorado porque entraña toda la experiencia de la libertad, que es lo más vital y nuclear del ser humano. Esta libertad se alcanza realizando «la experiencia de la distancia respecto a las cosas reales, del sentido no dependiente de lo objetivo y sensorial» (p. 92). Y sólo por medio del cuidado del alma puede llegarse a ella, preservando el interior del hombre de impurezas que impidan a su mirada captar aquello que se aborda con la distancia necesaria para ser visto y entendido.

Pero a la realidad de la libertad viene a sumarse la del sacrificio, también descubierto en el abismo de la distancia, y entendido por el pensador checo como respuesta al sufrimiento, que es algo bien real y urgente, y se materializa en «la necesidad de ayudar a acceder a la verdad a aquellos a quienes les falta, tanto a quienes sufren dicha falta por estar reducidos al nivel de las cosas, como a quienes aplican la opresión y ahogan la voz de la conciencia, esto es, la voz de la verdad en sí mismos» (p. 178). Esta urgencia del dolor y del sufrimiento aparece ante el hombre auténtico como un imperativo absoluto: la voz del sufrimiento humano no es la voz de ninguna razón abstracta, sino una realidad que clama, y de la que se hace eco todo hombre

libre. Desconocer los propios límites e ignorar el clamor de los otros es, para Jan Patočka, inautenticidad; y si la más genuina herencia de Europa ha sido para este autor el descubrimiento del platónico *khoris-mós*, y, por ende, de las enormes posibilidades que la libertad brinda al hombre, en esta inautenticidad que surge de la irresponsabilidad y de falta de rigor en el pensamiento —donde queda incluida la pretensión errónea de que se puede captar la realidad en su inmediatez y en su totalidad—, Europa puede jugarse mucho, puede jugárselo todo. Así pues, considerando la posibilidad de pervivencia de Europa como una «supercivilización moderada», el autor proclama la necesidad de someterse a una disciplina rigurosa que consista en tomar conciencia de un «destino común» y esté animada por una voluntad de sacrificio por la que se sea capaz de renunciar a toda ventaja y a cualquier privilegio (p. 157). Patočka se refiere a la necesidad de una regeneración moral, imprescindible para que la humanidad pueda vivir de la libertad que la constituye y por la que se define. La libertad y el sacrificio vienen a ser los dos centros sobre los que habrá de pivotar esta necesidad y urgente regeneración moral, sin la que el hombre, ciertamente, se pierde.

En estos ensayos, Jan Patočka se detiene también en los grandes temas de las filosofías de Husserl y de Heidegger, considerando de manera especial la cuestión de la técnica, en cuyo despliegue halla

el autor todavía una puerta abierta para la esperanza. Tal vez no sea exagerado afirmar que toda la esperanza del filósofo checo queda concentrada en su concepción del hombre como *ser enviado*, «enviado a todo y a todos los que no tienen este privilegio que él ha adquirido, el privilegio del asombro ante todo y ante el ser, el interés primordial que es la fuente de toda claridad. El hombre se transforma aquí en aquél que está enviado al mundo para dar testimonio de la verdad, para darla a conocer con cada acto y cada comportamiento, para ayudar a todos sus semejantes a que vuelvan a sí mismos, para dejar a las personas ser lo que son en la claridad y en la verdad, para ofrecerse a las cosas y a los seres como terreno para su desarrollo, en lugar de saquearlas y explotarlas brutalmente para sus propios y arbitrarios intereses» (p. 241).

Sobre el autor hay que señalar el papel que jugó como portavoz de la «carta 77», un movimiento de resistencia cívica que reclamaba del gobierno comunista checo el respeto de los derechos humanos; esta acción le acarrearía no pocos conflictos y el sometimiento a interrogatorios inhumanos, que fueron los que le llevaron a la muerte el 13 de marzo de 1977. La filosofía de Jan Patočka conlleva, desde luego, y ese es seguramente su valor más grande, una gran coherencia de vida. Y por eso son muchos los que lo consideran como un nuevo Sócrates del siglo XX.

CARMEN HERRANDO



PRESENTACIÓN

❑ LUIS FERREIRO

Director de *Acontecimiento*

Cada vez que nos acercamos a la juventud intentando conocerla y comprenderla se corre un doble riesgo. Por un lado, se tiende a aconsejarla, prevenirla, corregirla, guiarla o reprimirla, convencidos, los mayores, que ya han pasado por ella, de poseer la experiencia y el saber que los jóvenes no tienen, y que así les podrán ahorrar errores y sufrimientos innecesarios. Por otro lado, el joven se encuentra con la adulación, mitad fruto de la envidia y la nostalgia de los mayores, mitad actitud interesada de quienes quieren ganarse la audiencia y el favor de los jóvenes. Ambas actitudes coinciden en el trasfondo manipulador, miran la juventud como un objeto, ya sea como materia prima a configurar a semejanza propia, ya sea como «prima donna» del teatro de la vida a conquistar a base de concesiones a sus caprichos.

La juventud fue un invento sociológico del siglo xx que ha conocido configuraciones diversas, realizado innovaciones y experiencias propias que poco a poco han ido envejeciendo (generación beat, hippies, etc.) y que se han ido renovando continuamente, incluso ensayando diversos protagonismos, hasta el punto de que Marcuse quiso ver en ella el sujeto revolucionario en el que poner las esperanzas de una sociedad que conquistara la doble superación de la represión psicológica y de la represión social inherente al sistema capitalista. Superados los deseos, esperanzas o ilusiones, tal vez excesivos, queda el hecho de que la juventud se ha configurado como un grupo social con cierta autonomía propia, en lo cultural sobre todo, pese a una gran dependencia e inseguridad en lo económico. Este estrato de la sociedad, que no tendría que ser más que un grupo de edad, ha ido adquiriendo una permanencia y una estabilidad cada vez mayor, al prolongarse artificial-

mente el rol de joven y al cobrar una identidad sobre bases simbólicas, cultivadas con esmero por las fuerzas económicas y políticas.

Es aquí donde la manipulación, ya sea en forma represora o en forma permisiva, hace del joven algo menos que un sujeto. La juventud, que es búsqueda de orientación en la vida, ensayo de la vocación de ser persona, al prolongarse, deriva en un mayor riesgo de caer y mantenerse en la desorientación. Para evitar sus efectos negativos sobre la sociedad y la economía, los gobiernos optan por adular y subvencionar fuertemente las actividades para jóvenes, que hoy constituyen una partida de gasto público considerable, con lo cual intentan desactivar cualquier veleidad creativa de los jóvenes, especialmente aquellas que aspiren a una verdadera liberación, en su sentido personal y social, puesto que sus efectos se harían sentir sobre el poder establecido.

Lamentablemente, en este primer mundo, la riqueza de posibilidades y medios al alcance de los jóvenes se ve acompañada del veneno de una manipulación, cuya intensidad no tiene parangón en la historia. El resultado es una gran pobreza de fines y de imaginación social creadora en los países enriquecidos, que, por lo que se nos dice en el artículo que abre el tema, contrastaría con la inquietud, arrojo, fuerza de voluntad y madurez prematura de la juventud de los países empobrecidos.

¿Será que los jóvenes necesitan otra sociedad y otros adultos, más respetuosos, más generosos y, al mismo tiempo, más exigentes con ellos? ¿Será que la sociedad necesita otros jóvenes más rebeldes, más generosos y más auténticos? Posiblemente, las dos cosas, pero está claro que más responsabilidad tienen los que ya son menos jóvenes, a quienes corresponde el riesgo del magisterio y del testimonio, como nos dice Luis Capilla en su artículo.

Estas ideas, que son tratadas por los autores de los artículos que siguen, parecen refrendadas por los jóvenes que escriben a su lado, a quienes hemos invitado para que sean ellos mismos quienes hablen sobre la juventud, a fin de no caer en el error de sustituir su pensamiento por la apreciación que de los jóvenes puedan hacer los adultos. Esperamos que así los resultados de este trabajo puedan ser de interés tanto para los jóvenes como para los que ya lo son menos. ❑

LA INVENCIÓN DE LA JUVENTUD, UN ARMA CARGADA DE FUTURO

□ **CÁSTOR BARTOLOMÉ RUIZ**

Prof. Univ. UNISINOS (Brasil). castor@unisinos.br.

JUVENTUD Y CULTURA

La cultura marca nuestro modo de ver el mundo. Los valores y creencias en que vivimos y fuimos socializados moldean nuestra percepción de la realidad. No podemos salir de la cultura para ver la realidad, necesitamos de valores pues en ellos *somos, nos movemos y existimos*. Somos seres de sentido, humanizamos el mundo en que vivimos dando valor a todo lo que tocamos con nuestra existencia. A partir de este presupuesto hermenéutico del ser humano, nuestra aproximación a la juventud será una perspectiva entre muchas. Con ella esperamos contribuir para dibujar el complejo calidoscopio del fenómeno juvenil.

Cabe destacar que la juventud tiene un componente biológico y otro cultural. El biológico es bastante evidente aunque sólo existe condicionado por el modo cómo cada cultura entiende y valora la juventud. Para muchas culturas la juventud es una etapa de la vida casi inexistente como tal. Durante una gran parte de toda la historia de la humanidad y actualmente en casi todos los grupos indígenas, cuando los muchachos cumplen los catorce o quince años y las muchachas tienen su primera menstruación se realizan rituales de pasaje de la infancia a la edad adulta. Una vez completado el ritual, se considera que los jóvenes están aptos para asumir la vida adulta, la cual normalmente consiste en constituir familia. De forma rápida, casi fulminante, esos niños se transforman en adultos por las responsabilidades que asumen.

Si miramos un poco para atrás, veremos que en la sociedad europea en general y en la española en particular, no era muy diferente pocas décadas atrás. Hasta la década de setenta una gran parte de los muchachos y muchachas de las familias obreras comenzaban a

trabajar a los catorce años. Trabajaban como aprendices con una jornada de adultos. La edad media para casarse era entre 21 y 25 años. La mayoría de las muchachas eran madres entre los 20 y 23 años. En las generaciones anteriores esas edades se adelantaban bastante, dependiendo de regiones y circunstancias.

En cualquier caso podemos percibir que a lo largo de la historia de la humanidad la juventud era un elemento biológico de la vida de las personas aunque socialmente constituía una etapa muy breve, en muchos casos casi insignificante, en la vida de las personas y de las sociedades. La significación valorativa del valor biológico de la juventud cambió profundamente a partir de la segunda mitad del siglo xx.

¿CÓMO SURGIÓ LA JUVENTUD?

La pregunta ¿cómo surgió la juventud? puede sonar un tanto extraña. Parece evidente que la juventud siempre existió, sin embargo lo que intentamos mostrar es que no es así. Al menos la juventud nunca fue entendida ni valorada como lo hacemos nosotros.

Con la infancia ocurrió un fenómeno semejante al de la juventud. Niños siempre hubo en la historia pero fue en el siglo xviii, especialmente con la obra de Rousseau, *Emilio*, que el niño dejó de ser visto como un adulto pequeño y pasó a ser percibido con una psicología propia que requería un tratamiento especial en sus diversas fases de la evolución. Había nacido la infancia.

Si se puede decir que la infancia como significación valorativa de la niñez fue creada en el siglo xviii, podemos afirmar que también la juventud, como fase de la evolución para adulto, fue creada en la segunda mitad del siglo xx. El joven siempre existió, la juventud no. El joven es una fase biológica, la juventud es una construcción cultural, una valoración social de esa fase de la vida.

Otra conclusión que podemos establecer es que desde que la juventud fue creada como fase de la vida, su duración temporal no ha cesado de ampliarse. Los jóvenes de la década de los sesenta eran jóvenes entre 15 y 21 años aproximadamente, hoy la juventud se considera una etapa larga que comienza mas temprano, para las muchachas ya a los 13 años o antes, y termina mucho más tarde pasando la barrera de los 30. Como consecuencia tenemos un progresivo acortamiento de la infancia y una paulatina postergación de la edad adulta.

GLOBALIZACIÓN DE LA JUVENTUD

La juventud se tornó un fenómeno arquetípico de nuestra cultura posmoderna. ¿Cuáles son las causas de este fenómeno? Muchas y complejas. Podríamos señalar brevemente algunas.

En primer lugar el modelo de producción de la sociedad del conocimiento exige que para trabajar se alargue cada vez más el tiempo de preparación. Más estudios requieren más edad sin trabajar, sólo preparándose y esperando la oportunidad para asumir tal responsabilidad. Con ello se ampliaron los años de dependencia externa de la familia o del Estado y se postergó el tiempo de asumir la responsabilidad del trabajo profesional. El trabajo es una de las condiciones necesarias para la autonomía financiera y social. El trabajo, así como toda autonomía, exige responsabilidad y ambas constituyen las bases de una personalidad adulta. Algo que la juventud contemporánea tarda cada vez más en adquirir.

El mismo modelo de producción capitalista estimula una forma consumista de existencia. Ese modelo prefiguró en los jóvenes un potencial nicho de mercado. Desde la década de los 50 creó significativamente el modelo joven de consumo. Músicas, ropas, modas, modelos de identidad, íconos de comportamiento, etc., todo se fue aglutinando en torno a la construcción de una nueva identidad del joven. Esa nueva identidad explora las posibilidades ilimitadas de consumo que la identidad joven tiene. Para conseguir la maximización del consumo es necesario estimular la identidad del joven y todas las fantasías imaginables del tener. El imaginario mercantil amplía al máximo la oferta de mensajes modeladores de la juventud como identidad y del joven como prototipo de consumo. La apropiación mercantilista de los valores de los jóvenes, propició la extensión en el tiempo y el espacio de una identidad de la juventud como nunca en la historia de la humanidad había ocurrido anteriormente.

La juventud biológica tiene un potencial específico de innovación y revolución. Su espíritu mira siempre al futuro, porque su pasado es pequeño. Sus cortas experiencias le permiten ser intrépida y enfrentar



grandes desafíos con valentía. Ese potencial siempre fue uno de los principales acicates para el cambio social a lo largo de la historia. Normalmente ese potencial transformador estaba anclado en el valor de la tradición heredada. La identidad social del grupo al que el joven pertenecía era un valor que debía preservar y dar continuidad para ser él mismo y dar sustentación al grupo en que vivía. En nuestras sociedades posmodernas, la juventud emergió como un valor en sí mismo, la ruptura con el pasado fue caracterizada también como un valor en sí. Acabar con la tradición para imponer la novedad. Esta es una lógica del mito moderno del progreso. Este mito caló, a partir de la década de los 60, profundamente en la juventud pasando a comprender valorativamente la juventud como un valor de ruptura con el pasado. La juventud sería un valor en sí mismo que habría que cultivar permanentemente. La juventud, por definición, no puede ser permanente. Consecuentemente la visión posmoderna de la juventud carga en su seno una contradicción performativa insoluble con

graves consecuencias sociales. La generación de James Dean, de los *Beatles*, del movimiento *Hippy*, que simbolizan icónicamente esta ruptura, actualmente ya no es joven. Pero mediáticamente se permite vivir en la ilusión de la eterna juventud en el umbral de los 70 años.

Una consideración especial merecen los movimientos de jóvenes que en esa misma condición, y también inspirados por la nueva identidad de la juventud moderna, desde la década de los 60, se comprometieron activamente en transformaciones sociales de largo alcance, como la lucha por la democracia en América Latina, en España, los movimientos revolucionarios anti-colonialistas en África y Asia, los grupos revolucionarios de América Latina, las luchas obreras en los diversos frentes, los incipientes movimientos ecologistas y antirracistas, las luchas universitarias de mayo del 68. Muchos jóvenes se integraron activamente en esos movimientos en la medida que tomaron conciencia crítica, como jóvenes, de las contradicciones sociales y de las injusticias en que vivían. En estos movimientos la juventud es un valor correlativo a otro universo mayor, la transformación social. Ella no se imagina como un valor que debe perpetuarse por sí mismo.

Hay, pues, dos vectores de significación simbólica del valor de la juventud en el contexto contemporáneo. Este segundo vector de juventud crítica y militante fue paulatinamente desarticulado, en cuanto valor simbólico del joven, por los dispositivos de poder del consumo. Mercantilizando la imagen del Ché y anulando las convicciones utópicas de los jóvenes, creando fantasías de consumo y exhibiendo cuerpos jóvenes, anulando las convicciones de entrega al otro y exaltando el individualismo, la sociedad de consumo se apropió con bastante éxito del imaginario simbólico del joven y lo retrabaja permanentemente en forma de identidad social de la juventud.

Actualmente ese potencial innovador y revolucionario de la juventud ha sido incorporado y amaestrado por los dispositivos de poder del consumo. Ellos perpetúan el valor de lo eternamente joven en cuerpos bonitos que venden de todo, en sonrisas espectaculares que no envejecen, en perfiles de vida que siempre transpiran juventud saludable. La juventud es expuesta permanentemente a través de la explotación simbólica del cuerpo y vendida como uno de los principales valores de la identidad contemporánea. Ser joven, eternamente joven, es la aspiración máxima del presente. Cirugías estéticas, estiramiento de pieles, siliconas, comidas

dietéticas, nuevos y permanentes regímenes contra el envejecimiento, todo para alargar la juventud y hacer vivir la ilusión del eterno joven.

Resumiendo los factores que contribuyen a ampliar la vigencia temporal de la juventud, casi de forma indeterminada, es una combinación que junta la falta de oportunidades para la autonomía profesional y económica de los jóvenes con el insaciable sueño de consumo que nutre su sentido de la vida. La autonomía es la condición de la vida adulta, en cuanto ella no se ejerce en su totalidad la juventud persiste. Ella se transforma en un alargamiento inmaduro e indefinido de una responsabilidad no asumida.

Jóvenes que no tienen empleos fijos, estables o bien remunerados; jóvenes que no aprendieron a sacrificarse, a arriesgar, a sufrir, a luchar porque recibieron fácil todo lo que necesitaban. Jóvenes individualistas que no aprendieron a donarse al otro, que no tienen una experiencia marcante de entrega ni de alteridad. Esa combinación trae como resultado el individualismo, una gran inseguridad y mucho miedo. El futuro es, en estos casos, amedrentador. Como alternativa se busca vivir siempre el presente. Disfrutar es la norma, el hedonismo se convierte en la filosofía hegemónica. La juventud es la condición que permite disfrutar del presente y vivir el hedonismo sin preocuparse del futuro. En estas condiciones resulta muy tentador querer ser eternamente joven y hacer de la juventud un valor absoluto, un momento que debe eternizarse. Un presente que nunca debe cambiar. Este es el nuevo mito de la religión salvadora del placer máximo que ofrece la eternidad de una felicidad siempre joven.

LA CULTURA DE LAS DIFERENCIAS

El cuadro anteriormente esbozado sobre la construcción cultural de la juventud, es sin duda parcial, porque toda generalización esconde las diferencias, pero es también una perspectiva que contribuye a comprender un poco este complejo fenómeno. Para contrastar con lo expuesto anteriormente tal vez convenga analizar la perspectiva de los jóvenes emigrantes.

Secularmente las empresas multinacionales, y sus Estados colonialistas, explotaron a las personas y a los pueblos con el único objetivo de maximizar su lucro. El proceso de extracción de riqueza era concomitante a la ampliación de la pobreza. En esta situación, las formas

de lucha y resistencia estaban localizadas en los propios países donde el capital operaba. Ahora el capital se tornó menos productivo y más financiero. Su presencia es más volátil. Es un capital que se mueve rápidamente y con él lleva y trae con agilidad las formas de comercio y producción para los lugares que le interesa. Lo que no cambió fue la concentración de riqueza. Al contrario, en la medida que se globalizaba el modelo de capitalismo financiero, se acumuló de forma extraordinaria la riqueza en pocos países.

Sin embargo, el modelo neoliberal de globalización provocó varios efectos imprevistos. En primer lugar, la intensa campaña de propaganda consumista propició una mayor información que aproximó a los países periféricos y a los centros de la riqueza mundial. Las personas que secularmente se resignaban a vivir su condición paupérrima porque no conseguían ver salida, ahora ampliaron su visión al horizonte del mundo en que vivimos. El mundo se va haciendo el mundo de todos, no sólo para el capital, sino también para los oprimidos. La estrechez de miras que sujetó por siglos a los explotados en sus lugares, se amplió, globalizó el mundo mostrando que la emigración es una alternativa a la miseria.

Las mismas rutas que las mercancías utilizan para moverse con agilidad y de forma global, están siendo ocupadas por los oprimidos que las utilizan para salir de su rincón de explotación secular y penetrar en los núcleos de concentración de riqueza. Los oprimidos que no tenían medios materiales ni condiciones técnicas para grandes viajes, ahora encuentran la posibilidad de utilizar el avance tecnológico de los transportes para salir de su espacio geográfico de explotación y miseria. La emigración es la alternativa de los oprimidos para huir de su condición.

Este fenómeno característico de nuestro siglo, es esencialmente un fenómeno de jóvenes. La mayoría de los emigrantes que salen son jóvenes. La juventud de los emigrantes juega un papel muy especial pues en ella se manifiesta todo el potencial revolucionario de la vida para enfrentar las adversidades. Los jóvenes emigrantes, aunque tengan la misma edad cronológica de los jóvenes consumistas, no viven la juventud de la misma forma.

El joven emigrante es, generalmente, una persona curtida por la responsabilidad de la vida y por los desafíos que ha tenido que enfrentar. Es un joven que maduró en el sufrimiento, en la lucha por sobrevivir en circunstancias difíciles. Es una juventud biológica pero muy

distante de la juventud sociológica de los jóvenes ricos. Es un joven que se tornó adulto muy rápido por la necesidad de luchar y sobrevivir.

Los jóvenes emigrantes tienen una juventud biológica que no combina, en general, con miedo o inseguridad. A diferencia del joven consumista, el joven emigrante aprendió a hacer de su juventud un acicate para enfrentar los miedos. Internarse en países que no conoce, aventurarse por sociedades diferentes, enfrentar mil y una desventuras, todo está sustentado en la fuerza utópica de una vida digna.

La juventud de los emigrantes no combina con inseguridad. Los inseguros se quedan, los que salen tienen que reelaborar interiormente la experiencia de los miedos. Incluso en su mayoría son jóvenes que ya tienen familia. Padres y madres jóvenes que hacen de sus hijos la gran utopía para luchar por la vida. Es una juventud que tiene una experiencia radicalmente diferente del futuro. Su relación temporal con el presente es inversa a la del joven consumista. Ellos no tienen el privilegio de sentir miedo del futuro, tienen miedo del presente. El presente de miseria les aterroriza, no lo quieren para sus hijos. Tienen que enfrentar el presente, luchar contra él. El futuro no puede ser peor, el futuro es siempre una esperanza. El miedo es pensar que sus hijos van a continuar con la misma situación que ellos viven. No quieren para sí ni para su familia el presente que tienen.

Su experiencia del tiempo y del miedo invierte totalmente la experiencia del joven consumista. Para éste el presente, es un lugar seguro y placentero en que tiene todo lo que desea. Los padres y la sociedad le proporcionan sus sueños de consumo y sus aspiraciones se suelen reducir a ellos. El presente se parece al placentero útero materno del cual no se quiere salir porque fuera hay muchos riesgos. El futuro se torna para un gran dragón que todo lo puede empeorar. El futuro puede acabar con el placer presente, por eso es mejor no pensar en él y vivir el presente.

Para los jóvenes emigrantes los valores están vinculados esencialmente a la vida, a conseguir una vida digna. El consumismo y la cultura hedonista puede ser una tentación deseable, pero en la mayoría de los casos es algo inalcanzable. Su objetivo primero y principal es conseguir la dignidad. En ese empeño, como diría el poeta, su juventud es *un arma cargada de futuro*. Un espejo del cual tenemos mucho que aprender. □

JÓVENES SOMOS TODOS

□ CARLOS DÍAZ

Filósofo

1. LA NOCHE DE CASI TODOS, JÓVENES Y MENOS JÓVENES

Hace bastantes años el francés Adamo le cantaba románticamente, con aquella voz meliflua y quebrada que hacía las delicias de nuestra generación, a *la noche* como si se tratase de un espacio oscuro habilitado para que amante y amada robaran besos fugaces acariciando ensueños apenas tangibles. En verdad la noche sigue siendo lo mismo que ayer, pero se ha tornado también para los jóvenes de hoy un tiempo separado y específico, y ello no por ser noche sino por ser *su* tiempo, tiempo sacralizado, tiempo que a su vez se presenta como tiempo sagrado por el mero hecho de que ellos —los jóvenes mismos— ofician allí como *sacer/dotes* o *sacer/dotisas*, como realidades sagradas, *sacras*. Es en la noche, pues, donde ellos procuran oficiar la liturgia genérica de sus mayores con las paraliturgias específicas propias de su edad biológica y psicológica, la edad joven.

Y como los jóvenes carecen de convicciones fuertemente contraculturales (pues sus textos y convicciones las comparten con sus mayores, con la sociedad adulta a la que imitan, de ahí la carencia de *conflicto generacional* en nuestros días), es decir, como carecen de un *contenido* cultural diferenciado, o sea, de una subcultu-



ra juvenil específica, por eso sus rituales se encuentran determinados al fin y al cabo meramente por su psicología evolutiva, a saber, *la incapacidad para ensanchar el horizonte más allá del hedonismo y del relativismo: Narcisismo*, que convierte en óptima cualquier actividad con tal de que sea mía, mejor golpear mi tambor haciendo ruido bonito, que escuchar la novena sinfonía de Beethoven. *Gregarismo*, que mantiene calentito el «nosotros» sin saber ensancharlo hacia el «vosotros» y a veces también a costa del propio «yo». *Ilusionismo*, donde cada cual es el feliz guerrero vikingo, el héroe, la más bella del baile. *Relativismo* (versión débil del *nihilismo*), que no sabe establecer valores que trasciendan al individuo, y que desemboca en el *pragmatismo*, pues cuando no se reconoce la existencia de valores objetivos el paso siguiente consiste en buscar lo práctico-subjetivista.

No faltarán jóvenes que no se reconozcan en esta descripción general, ni nosotros queremos culpabilizar a la juventud, heredera de aquello que los mayores hemos dejado detrás.¹ Como bien dijera Victor Hugo, en los ojos del joven arde la llama, en los del viejo brilla la luz. Al joven lejos de adularle hay que repetirle aquel consejo de Marie von Ebner: «Conservarás tu juventud mientras sigas aprendiendo, adquiriendo nuevos hábitos y aceptando que te contradigan, o serás viejo

1. «¿Cómo puede la escuela formar en solidaridad y en la no competitividad, si a los niños y a las niñas ya desde bien pequeños les parece bien que los *cracks* deportivos, por el hecho de ser mejores que los demás, cobren cantidades desmesuradas? ¿Cómo pueden responsabilizarse de la formación en el gusto por los valores culturales no vulgares, si todas las televisiones, incluso las públicas, programan en horas de máxima audiencia espectáculos-basura donde el civismo más básico está ausente? ¿Cómo pueden formar en el alumnado la contención y la aceptación del cuerpo, si todos los modelos de éxito en los anuncios y en los *stars systems* presentan un culto fuera de lugar a la imagen de un patrón universal corporal inalcanzable para la mayoría? ... La escuela se ha convertido en un tipo de camión de basura sagrada, que es todo lo que la sociedad rehúsa, menosprecia o defeca, y lo ha de recoger el profesor y replantarlo en las almas de unos jóvenes, a los que abiertamente confiesa no saber cómo tratarlos» (Trepát, C: *¿Educar sin instruir?* Cuadernos Cij, Barcelona, 2007, pp. 26 y 30).

espiritualmente». Ciertas adolescencias llegan interpestivamente, y por eso a mí me da mucho miedo esta máxima de La Bruyere: «La mayor parte de los hombres emplean la primera parte de su vida en hacer miserable el resto de ella».

El *tener* ciega, abotarga a jóvenes y adultos, incluso a los creyentes que pretenden conpatibilizar el culto a Dios y al dinero. Y entonces... reímos menos, dirigimos más rápidamente a los demás, nos irritamos mucho más fácilmente, trasnochamos en exceso, nos fatigamos en demasía, raramente nos paramos a leer un libro, gastamos un tiempo desmesurado ante el televisor, y raramente oramos. Entonces multiplicamos nuestras propiedades si podemos, pero reducimos nuestros valores. Hablamos demasiado, amamos raramente y odiamos con mucha frecuencia. Aprendemos cómo ganar la vida, pero no la vivimos. Añadimos años a la longevidad de nuestra existencia, pero no añadimos vida a la longevidad de nuestros años. Vamos a la luna y volvemos de la luna, pero estamos en la luna porque tenemos dificultad para atravesar la calle y para encontrarnos con nuestros vecinos. Conquistamos el espacio exterior, pero no nuestro espacio interior. Emprendemos empresas mayores, pero no sabemos acometer empresas cotidianas, las de nuestra propia vida diaria. Limpiamos el

mar, pero ensuciamos el alma. Dividimos el átomo, pero no nuestros prejuicios. Estudiamos más, pero aprendemos menos. Tenemos más escuelas, pero menos maestros. Más aulas y menos escuelas. Más conocimiento, y menos poder de juicio. Planeamos más, pero realizamos menos. Tenemos edificios más altos y calles más largas, pero puntos de vista más estrechos. Tenemos más, pero somos menos. Cuanto más, menos. Cuanto menos, más. Del mismo modo, aprendemos a correr contra el tiempo, pero no a esperar con paciencia. Obtenemos mayores rendimientos económicos, pero nuestro rendimiento moral decrece. Tenemos más comida, pero peor reparto. Incentivamos y competimos, pero carecemos de paz. Construimos más computado-

ras para almacenar más información y para producir más copias que nunca, pero disponemos de menos comunicación. Hemos logrado avances en la cantidad, pero no en la calidad. Cuanto mejor, peor. Estos son tiempos de comidas rápidas y de digestiones lentas; de personajes altos y de personalidades bajas. De ganancias bursátiles, pero de hemorragias y pérdidas de humanidad. Son tiempos en los que se habla de paz mundial, pero en ellos perdura la guerra en las casas. Tenemos más ocio envasado, pero menos diversión; también tenemos mayor variedad de comidas, pero menos nutrición. Tenemos más residencias para ancianos, pero menos familias, pues aunque disfrutamos de casas mejores y de familias más ilustradas, disponemos de menos tiempo para el encuentro. Cuanto más cantidad, menos calidad. Son días de viajes rápidos y de llegadas lentas, de usar y tirar todo, especialmente lo

más desechable: la moralidad. Moralidad para una sola noche. Cuerpos sobrecargados de peso, y pastillas que hacen de todo: alegrar, aquietar, excitar, matar. Son tiempos con mucho en los escaparates y nada en el interior. Todo a cien, porque niños esclavos fabrican esos objetos como en los tiempos de los faraones. Es un hoy duro sin un mañana claro, de dicciones y de predicciones, pero sin expectativas ni prospectivas, un tiempo de profecías

y de horóscopos cargados de designios banales. La gente espera el cumplimiento de grandes profecías y no ve que ante sus propias narices está llegando el Apocalipsis, por eso tales «profecías» no son más que ocultación de los signos de evidencia profética. Es un tiempo de *jajajijiji*, que termina amodorrando su somnolencia en la madrugada decepcionada. Es un tiempo de apología de los sentidos y de ausencia de sentido. De autoridades, pero no de autoridad. De libertades, pero no de libertad. Cuanto más plural, menos singular. Y, mientras tanto los pobres son castigados con decalvación y hambre, cuanto más numerosos tanto menos significativos socialmente: hay un perro amarillo rondando por cada casa. En fin, lo usual son muchas aulas durante

Y al final el televisor cobra existencia autónoma, hipostática, y funciona con o sin nosotros, mientras nosotros no funcionamos sin él, yo-soy-yo-y-mi-televisor.

muchos años, y demasiada lucha por la vida después del título; los jóvenes occidentales de hoy disponen también de abundantes métodos, de muchos instrumentos. Sin embargo la prácticamente total escolarización en nuestros días (casi al cien por cien de la población infantil) no siempre se traduce en la creación de ciudadanos más cultos, más buenos, más sociales, aunque sí con más frecuencia en expertos en habilidades profesionales. La escuela tiende a reducirse al aula, donde los niños curvan sus fatigadas espaldas por el peso de grandes carteras. Ello contrasta escandalosamente con la situación de grandes masas infantiles y juveniles prácticamente desescolarizadas que sin embargo se encuentran ávidas de aprender.

2. LA TELENOCHE INVADE Y EVADE

Después de treinta años de ver la tele juntos, él le dice a ella: —¿Por qué no hacemos esta noche algo excitante? —Bueno, le responde la aludida. —¡Pues intercambiamos nuestros asientos!». Dos que permanecen unidos contemplando la televisión se idiotizan juntos. Varadero del ocaso, a ese diminutivo familiar al que se conoce con el cariñoso nombre de *la tele* se llega cuando ya el pulso cotidiano ha disminuido, cuando el aburrimiento en definitiva resulta ser el regüeldo agrio de una tarde fría y desabrida. Y al final el televisor cobra existencia autónoma, hipostática, y funciona con o sin nosotros, mientras nosotros no funcionamos sin él, *yo-soy-yo-y-mi-televisor*. Así lo parodia Manuel Vicent: «El descubrimiento del cadáver fue un hecho muy lógico. El casero llevaba demasiado tiempo sin cobrar y pensó que el inquilino se había fugado. La policía tuvo que echar la puerta abajo, y dentro del panteón se encontró el televisor en marcha sacando humo y al intelectual mirando el cacharro con una sonrisa cenicienta. Mientras estaban levantando al difunto, alguien desenchufó el televisor, pero las imágenes siguieron en la pantalla. Un guardia zarandeó el aparato y el locutor continuaba hablando sin parar. Le dio un golpe. Todo en vano. El artefacto parecía tener vida propia. De pronto, el forense se enfadó y, en medio del pasmo general, comenzó a pegarle mazazos con el pie de una lámpara; lo deshizo en pedazos sobre la alfombra, y allí, en cada

trozo de cristal, salía un cantante, un político, un gimnasta, un fragmento de telediario, una carta de ajuste, el himno nacional. Todos se pusieron a pisotearlo como se apaga un conato de incendio. En ese momento, cuando el televisor enmudeció de una vez, el cadáver se desintegró súbitamente en la butaca».²

Sinceramente, las gentes *se aburren* como ostras y buscan el calor del hogar en el último refugio, la tele, reculando sobre las propias excrecencias contra las tablas donde serán apuntillados durante el cumplimiento obligado del *teleprecepto*. Los universos o universillos interiores del tevidente carecen de la menor densidad, y necesitan ser rellenados con el garrafón de ese vino tinto adulterado que vienen a ser los interminables *concursoooooos*, la chabacanería rosa, la tertulia chismosa, el exhibicionismo hortera, la blandenguería cultural y similares circos donde los romos reman.

¿Leer? Se aburrirían como ostras, ya no saben leer. ¿Escribir? ¿Escribir qué, acaso no es mejor llamar por teléfono? ¿Pasear? Pero la ciudad se ha vuelto peligrosa para andar dando vueltas. ¿Acostarse? Ah, pues mira, no es mala idea... ¡*Atelelandia* de mis amores, país utópico sin tele, cómo te necesitamos! Ninguna otra revolución causaría más grandes convulsiones a la sazón que la derivada de la abolición de la televisión durante tres años, por ejemplo. ¡Tres años y un día de reclusión mayor sin tele! Oh, cielos. Los divanes de los psiquiatras se llenarían de clientes angustiados que no sabrían qué hacer mayormente con una cabeza capaz de pensar por cuenta propia, los niños no hallarían la forma ingenua de jugar sin una *Nancy* o un *Superchupapapicaportes Geyper*, las parejas perderían el apetito sexual sin modelos imitativos coitales, tan profusamente publicitados, y hasta el canario sería arrasado por un rayo fulminante al carecer del ruido de fondo que le hacía la competencia. ¿Que la zafiedad sin límites y demás familia se dan cita en la telepantalla? Relájense, sarna con gusto no pica, y a ver si te callas que no me dejas oír. Los toneles vacíos son los que hacen más ruido. Valerio Lazarov, responsable de *Tele 5*, se alegra públicamente de que sus hijos no vean mucha televisión en casa, toda vez que la mejor prueba de cordura consiste en desconectar a tiempo el televisor, gesta heroica y lujo asiático sólo reservados a unos pocos mortales olímpicos equiparables a Ulises.

2. Vicent, M: *Crónicas Urbanas*. Ed. Debate, Madrid, 1993, p. 102

Es el *siglo del miedo*, el *miedo a la libertad*, precisamente cuando más se presume de ella. «¿Dónde va Vicente? Donde va la gente», señalando la frecuencia con que los consumidores corrientes intentan emular el intercambio, la exhibición y la destrucción de bienes y servicios de lujo de los miembros de las clases sociales superiores, *consumo conspicuo*. Para los telépatas, *todo lo que vende es bueno*. traga todo el género de los *reality shows* donde los glúteos sustituyen a las razones. Parece la guerra de las estrellas, aunque en realidad es sobre todo el imperio de los satélites. *El público* responde porque se siente en su fuero interno de la misma naturaleza que sus convocantes; movido por el espíritu de la movida: llenos están los *platós* de gentes vociferantes, gritonas, groseras, maleducadas, y, si alguien pretende introducir algún dato técnico o alguna reflexión más profunda, quedará sepultado por un alud de improperios; más sencillamente, si no se comporta le sacarán de la cámara. En este proceso degradante de los telemonstruos, hasta el punto de que las mediocres y soporíferas cadenas privadas hacen buenas a las pésimas públicas, la estupidez se sitúa siempre en primera fila para ser vista, la inteligencia detrás para ver. En resumen, la vida televisiva parece un hospital donde —digámoslo con Charles Baudelaire— cada enfermo está poseído por el deseo de cambiar de cama.

Mas ¿no habré convertido con lo hasta aquí dicho en chivo expiatorio a la televisión?, ¿no estaré demonizando un espacio público que no sería más que la condensación de muchos espacios privados, un espacio que la gente ve sin que se le obligue? Bueno, quizá un poco sí; en todo caso cuenta ella con tantos defensores y con tan entusiastas aficionados, que un poquito de hipercriticismo suelto bien se lame. Lo que no puede negarse es que dicha caja no contribuye especialmente al escl-

recimiento intelectual y moral de sus contemplativos contempladores. En todo caso ¿por qué decrece progresivamente entre las gentes la voluntad de análisis crítico y de conocimiento serio de las cosas? Porque se carece de la *distancia adecuada*, lo que lleva al televidente del vértigo al inmovilismo. Hoy por hoy, o las cosas se plantean *demasiado lejos* de lo real (televisión), o *demasiado cerca* (narcisismo egocéntrico). La gente, incapaz de la mínima distancia necesaria, de esa quietud sin ruido que producirá grandes y fértiles compromisos, esa gente está inerte, por ello se cumple

el *teorema de Thomas* según el cual las percepciones pueden ser falsas, pero si las gentes las creen tienen efectividad real, de ahí la perversión moral en los efectos populares por parte de quienes propalan falsedades y calumnias y derraman basura sobre todos para tener más audiencia, conforme a los repulsivos cánones de los medios de masa amarillos al uso. Cuando todo lo que tienes es un martillo, te arriesgas a que todas las cosas te parezcan clavos. No faltará quien diga, pese a todo, que a pesar de los pesares solemos reservar en nuestro fuero interno un *espacio para los valores*, lo cual podría ser relativamente cierto, no lo sé muy bien, ni

alcanzo a saber a qué tipo de valores se refiere quien así opina, pero si tan sólo reservamos un espacio breve al espacio interior, con frecuencia el espacio exterior se situaría en la parte alta del sombrero.

Para una adecuada relación con los demás y consigo mismo es menester salir del círculo de la televisión como referente único, cuyos cantos de sirena tienden a convertirnos otra vez en cerdos como a los pobres y abúlicos compañeros de Ulises. Ulises no vería hoy la televisión.

Para una adecuada relación con los demás y consigo mismo es menester salir del círculo de la televisión como referente único, cuyos cantos de sirena tienden a convertirnos otra vez en cerdos como a los pobres y abúlicos compañeros de Ulises. Ulises no vería hoy la televisión.

3. LA JUJUUJVENTUD JAJAJA

Existe una costumbre social nueva: la risa. En nuestros días proliferan los maestros de hacer reír, algo que antiguamente correspondía sobre todo a los payasos. En efecto, crecen y se multiplican los *talleres de risa*, a los que se apuntan los de treinta años en adelante, hasta los cincuenta, especialmente los talluditos solteros, separados, casados, y demás familia. Pagan porque les enseñen a reír. Pretenden ser talleres para la risa, pero no son más que talleres para reírse de ellos. Al término de la risa, nada. Reír por reír, algo tan penoso como llorar por llorar. *Hacer unas risas*, y después actuar como tontitos. Ahí los ves buscando en este simplismo la alegría que no han sabido extraer de la vida. Es el último espectáculo decadente de un mundo sin para qué. Y todo esto después de Platón y de Beethoven. Pero, en fin, no seamos tan pesimistas, *algo positivo en medio de este cacao: el filósofo de Güémez*: «—Dígame señor, ¿cuánto tiempo debo hablar? —No, licenciado, usted hable todo el tiempo que quiera, nosotros a las tres nos vamos». «—Oiga, compadre, dice la comadre:

¿si mata usted un venado me separa usted una pierna? —¿Y si mato dos?»

En un mundo desvirtuado y virtualizado, parece creerse que todo hábito de contentamiento o de alegría es un hábito virtuoso, pues hay gentes que parecen estallar de alegría realizando actos viciosos, perniciosos, dañinos, lesivos para sí mismo y para los demás. Sin embargo, no toda alegría puede ser reputada como hábito virtuoso; más diremos: hay alegrías que deberían ser lloradas como vicio horrendo, por ejemplo la alegría de quienes disfrutan explotando a los niños obligándolos a realizar trabajos esclavos —y no se olvide que muchos individuos viven explotando el trabajo infantil y haciéndose multimillonarios— mientras pasan por este pícaro mundo con la apariencia de santos y de benefactores de la humanidad.

Así pues, la alegría se convierte en hábito virtuoso únicamente cuando se orienta de forma permanente hacia el bien, es decir, hacia la plenitud tanto propia como de las demás personas, y no hacia su embrutecimiento o destrucción. Sólo entonces cabe hablar de alegría felicitaria, alegría capaz de hacernos felices. Aunque sufra, el sufrimiento del virtuoso es aceptado, maduro, digno de contento, alegre. Dicho de otro modo, la alegría es el resultado de una vida vivida conforme a la virtud: no hay posibilidad de virtud sin alegría, sea ésta interior, exterior, o interior y exterior. Así como un santo triste es un triste santo, es decir, un no-santo, así también un virtuoso triste sería un triste virtuoso, es decir, un no-virtuoso. Hay que bifurcar.

(...) la alegría se convierte en hábito virtuoso únicamente cuando se orienta de forma permanente hacia el bien, es decir, hacia la plenitud tanto propia como de las demás personas, y no hacia su embrutecimiento o destrucción.

4. PARA LA JUVENTUD: SÓLO DESDE LA ALEGRÍA VINCULADA A LA VIRTUD CABE DECIR QUE SOMOS BUENOS PORQUE ESTAMOS CONTENTOS

¿Lloramos porque estamos tristes, o estamos tristes porque lloramos? ¿estamos alegres porque reímos, o primero esto último y luego estar alegres? ¿somos buenos porque estamos contentos o estamos contentos porque somos

buenos? Hay gentes que se alegran con alegría insana, y esa alegría insana no es una virtud sino un vicio, así que un vicio no nos puede poner moralmente alegres. No podemos estar moralmente alegres si ello es a costa de la decencia. La única alegría que puede reputarse humana es la vinculada a la virtud, sólo desde ella cabe decir que somos buenos porque estamos contentos, y que estamos contentos porque estamos queriendo mejorar cada día, aunque los demás nos hagan sufrir en el intento.

¿Qué sería de una felicidad buscada inhumanamente? Algo impresentable, a pesar de que en ello ande metido medio mundo —tras las huellas del poema de Byron donde Caín pregunta a Lucifer *¿eres feliz?* y Lucifer responde *soy poderoso*—, y el otro medio engol-

fado en un pobre pragmatismo según el cual «la felicidad es la prueba de la verdad». Si el criterio de verdad fuera el de felicidad, el criminal al que hiciera feliz el crimen pondría la verdad en el crimen, algo absurdo. Dicho de otro modo, aunque la sociedad no entienda que vale más honra sin barcos que barcos sin honra, hay que perder el miedo a las felicidades baratas al uso reivindicando incluso contra ellas si fuere menester la apología de la no-felicidad y de la sí-dignidad, lo cual dista mucho de ser una exaltación del masoquismo, pues sólo defiende la incompatibilidad entre felicidad humana e indignidad o iniquidad. Quien no lleva dentro de sí el cielo, en vano lo buscará en el universo entero.

La virtud de la alegría, la que hace que un ser humano se alegre con una alegría profunda y luminosa, y no la que surge del mal y de la astucia, salta a la cara, nos hace más radiantes, más luminosos. Aunque la persona virtuosa no sonría, aunque no ría, por el modo de estar en la vida intuimos que deja un rastro de alegría y de felicidad.

«Para confirmar su mundana concesión al consumismo, decidieron celebrar el 14 de febrero, el día de los enamorados. Además de una romántica cena en casa de él, se intercambiarían algún mensaje escrito, una cartita, un detallito creativo, que reflejara el momento vivido. Ernesto, como nunca en su vida, trató de escribir algo tierno y cálido. Estaba verdaderamente enamorado, y se lo expresó en su texto den varias maneras, desde los trillados ‘te amo’ y ‘te adoro’, hasta la explicación de su amor a través de fórmulas matemáticas, de gráficas tridimensionales y ecuaciones raras. Cuando leyó su escrito, Isa casi se muere de la risa. Se sentía feliz al lado del que fuera un raro espécimen, de aquel guerrillero venido a menos, hoy instalado en la comodidad que da la madurez, y en el sosiego que brinda la investigación académica. Mientras Ernesto le iba explicando el sentido de cada fórmula amorosa, ella lo miraba con ternura y deseo, acariciando su ríspido mentón, preguntándose si ese idílico estado se prolongaría por mucho tiempo más. Isa tardó todavía más en escribir su cartita de amor. Quería hacer algo diferente, que expresara, sí, sus sentimientos, pero que provocara grata sorpresa y admiración en su amado. Una noche mientras preparaba la lección del día siguiente, le llegó la inspiración. Estudiaba el idealismo alemán, y captó de inmediato lo que el profesor había enseñado por la

mañana. Kant, Fichte, Schelling y Hegel no negaban la realidad, no afirmaban que la Idea era lo único existente, sino que ella era la que creaba la realidad, la que le daba sentido. Nosotros existimos —repasaba Isa en su mente— gracias a que la Idea nos piensa. Ella nos otorga la vida.

En esas abstractas reflexiones estaba, cuando decidió el texto a escribir para Ernesto. Se enderezó en la silla como tomando aire, vio la pantalla de la computadora completamente vacía, y tecleó lo que para ella sería la mejor declaración de amor jamás pronunciada, la expresión de todo lo que bullía en su mente y en su corazón, la oferta sentimental más preciada: *Te pienso*.

La noche de los enamorados. Al abrir Ernesto el sobre y tomar la hoja de papel pensó que se trataba de una broma, pues no alcanzó a distinguir las dos palabras. Cuando por fin las leyó, y miró a los ojos a su amada, esbozó una minisonrisa que preocupó a Isa. Necesitaba que él dijera algo, que le expresara su agradecimiento por tan genial idea, que reconociera lo increíblemente amoroso de esa afirmación poética. No fue así. Ernesto, el casi Doctor de Inteligencia artificial, el que la había tachado de ignorante al terminar la prepa, el que le ayudaba a entender los más oscuros textos filosóficos, sólo atinó a decir. *No entiendo*.³

Una famosa pintada decía en París: «Dios ha muerto. Firmado, Nietzsche». Y debajo de esto alguien había escrito: «Nietzsche ha muerto. Firmado, Dios». No sé por qué me viene ahora a la memoria este otro texto «Entró Joab en la casa, donde el rey, y le dijo: ‘Estás hoy cubriendo de vergüenza el rostro de todos tus servidores, que han salvado hoy tu vida, la vida de tus hijos y tus hijas, y la vida de tus mujeres y la vida de tus concubinas, porque amas a los que te aborrecen y aborreces a los que te aman’» (2 Sam 19,1-7). ¿Existirá acaso alguna oculta asociación de ideas que me lleva de lo uno a lo otro? ¿Me ayudas, amig@ lector@? Quizá podamos hacer posible el viaje a la realidad sin ninguna agencia turística: «Para mi gusto, viajar es recorrer un metro o dos, detenerse y mirar otra vez un nuevo aspecto de las mismas cosas. A menudo, sentarnos un poco a la derecha o a la izquierda es suficiente para cambiarlo todo, mucho más que si recorriéramos cien kilómetros». O sea, Blas Pascal: «Como cuerpo, el mundo me envuelve lo mismo que a un punto; como conciencia, lo envuelvo yo a él». □

3. Gómez Hinojosa, J. F. Cuentos, poemas y comentarios filosóficos. Universidad Iberoamericana, México, 2006, pp. 25.26.

JUVENTUD, ¿DIVINO TESORO?

□ **ESTHER DÍAZ**

Estudiante, 22 años

¿QUÉ PIENSA EL JOVEN QUE ES LA JUVENTUD?

Juventud es incompletitud, es transición, es cambio; es inmadurez a veces acompañada de ira y soberbia que al final debe tornarse en madurez; es inexperiencia y aprendizaje constantes; es inconsciencia, peligro, riesgo en lo desconocido; es ilusión y romanticismo, pero también catastrofismo desmedido. Finalmente juventud es, por supuesto, fuerza y futuro.

Es preguntarse «¿hacia dónde voy?», cuando en otras etapas de la vida hay que añadir «¿de dónde vengo?». Los jóvenes no tenemos que volver la cabeza y mirar hacia atrás forzando los ojos para escudriñar un pasado lejano. Nosotros aún no tenemos nuestro baúl lleno de enseñanzas y sin embargo creemos saberlo todo. Estamos empezando, ya estamos caminando, pero aún nos rozan los zapatos. Por eso nos caemos, pero nuestra fuerza nos ayuda a levantarnos.

Pasamos por la fase de que todo es en algún momento nuevo, y por eso todavía conservamos el brillo y la apertura de ojos del niño que descubre el mundo en cada esquina.

Pero todo se complica. Juventud significa también que en el camino de la vida, que ahora empezamos a hacer nuestro, ya no iremos cogidos de la mano que hasta entonces nos sostenía. Ahora cambiaremos ese apoyo que tanto cobija por dosis crecientes de independencia y seguridad.

¿CUÁNDO DEJA UNO DE SER JOVEN?

Para mí, joven, la respuesta va íntimamente relacionada con la asunción de responsabilidad y la moderación emocional.



No somos responsables cuando empezamos a ganar dinero todos los meses. Lo somos cuando, además de la independencia monetaria, deja de haber alguien que decide por nosotros. La toma de decisiones pasa a ser un asunto personalísimo donde la figura paterna o materna ocupa un nuevo lugar. Ya no es necesario el consenso, ya no cabe la imposición. La palabra del progenitor ya no es orden sino consejo.

Del mismo modo el paso de la juventud a la adultez lleva aparejadas otras consecuencias como por ejemplo que no nos sacarán por más tiempo «las castañas del fuego». Los problemas habrán de resolverse de manera autónoma, sin esperar la ayuda que antes siempre surgía de la retaguardia. No es que pasemos a estar solos en el mundo, es que ahora tenemos la capacidad de encontrarnos solos en él y saber desenvolvernarnos por nosotros mismos.

Y todo ello va acompañado necesariamente (o al menos debería) de una forma de pensar más calmada. Para mí el adulto es aquél que ya no ve las cosas blancas o negras, sino que ha aprendido a ver los matices, a sopesar los pros y los contras de sus actuaciones. El adulto es el que ha cambiado el primer impulso por la primera revisión de las cosas. Ya no todo es catástrofe, pero tampoco idealización y éxtasis. Se ha jugado antes con las sensaciones y los sentimientos, y por eso, aunque seguirán surgiendo nuevas experiencias antes nunca vividas, el adulto tendrá la ventaja (pues da cierta seguridad) de poder intentar establecer la comparación con algo ya por él conocido. Ahora cuenta con más herramientas para afrontar las situaciones. En definitiva, es más completo.



¿CUÁL ES LA IMPORTANCIA DE SER JOVEN?

Los cimientos de la vida son, por suerte o por desgracia, elementos que escapan en gran medida a nuestro alcance. No elegimos la familia en la que nacemos ni nuestro componente genético. Ni siquiera tenemos la capacidad para poner en duda, aceptar o rechazar la cantidad de manías, costumbres y hábitos que ya desde niños heredamos. Así pues, nuestro carácter se ve conformado desde muy temprano, pero nuestra capacidad consciente de actuación sobre él no parece llegar hasta más tarde.

Por eso juventud es oportunidad. Es el momento de aprender a poner en entredicho lo que vemos y lo que oímos, de reflexionar y empezar a construir nuestra propia escala de valores. Pero como decíamos antes, corremos el

riesgo de hacerlo y colocarnos en posiciones inmóviles de arrogancia e insolencia, cuando es todo lo contrario. El joven debe ser capaz más que nadie, más que el adulto y el anciano a los que el tiempo ya ha marcado en el corazón y la piel con arrugas que condicionan para actuar y vivir, de reconocer el error. Debe aprender a equivocarse y no sentir humillación por ello. Debe ser capaz de «cambiarse de bando».

Porque la juventud es también como una carrera de obstáculos que no se repite, y cuando termina, entonces la capacidad de moldearnos se torna más difícil, si bien no imposible. Por eso juventud es saber dar forma de manera voluntaria, y hasta donde las estructuras de nuestra mente nos permiten, a nuestros orígenes. □

El joven debe ser capaz más que nadie, más que el adulto y el anciano a los que el tiempo ya ha marcado en el corazón y la piel con arrugas que condicionan para actuar y vivir, de reconocer el error. Debe aprender a equivocarse y no sentir humillación por ello. Debe ser capaz de «cambiarse de bando».

JÓVENES Y TRABAJO, ¿QUÉ FUTURO?

■ GREGORIO BURGOS

Artículo extraído de la revista *Juventud Obrera* n.º 81 publicada por la JOC

Voy por la vida, ya con años encima, preocupado por los problemas laborales que sufre tanta gente. Y estoy cada vez más convencido de la importancia del trabajo para la vida y el futuro de las personas. Este convencimiento me lo ha ido dando la vida, contemplando de cerca las situaciones de las familias y de los trabajadores, y la reflexión teórica de los sociólogos y de la doctrina social de la Iglesia me lo ha corroborado, clarificado y fundamentado.

Por las ciudades y barrios en que he vivido, he contemplado a los jóvenes. Quizás no haya trabajado mucho con la juventud, pero he visto jóvenes y me he relacionado con ellos. Ante el hecho de la juventud, me he encontrado con sensaciones y valoraciones ambiguas. Por un lado, los jóvenes son considerados un «divino tesoro», el futuro de la sociedad. Es verdad que serán los hombres y mujeres del mañana. La juventud es una importante etapa de la vida. Y cada generación aporta lo suyo en la marcha histórica cotidiana. Pero, por otro lado, los jóvenes son tratados en realidad como consumidores y mano de obra barata. Esto es lo que parece que le interesa, ante todo, al sistema económico imperante.

Vamos a acercarnos a la situación en que viven los y las jóvenes, por lo menos muchos de ellos, respecto al trabajo.

I. LOS JÓVENES SUFREN EL TRABAJO

1. Aproximación a una realidad

Puede ser clarificador empezar con una situación de una joven, Ana. Es una situación que más o menos viven



los jóvenes. Otros hechos pueden ampliar y matizar otras características.

A Ana nunca le entusiasmaron los estudios. Tras intensos «tira y afloja» con sus padres acordaron que haría un curso de cocina, que era la profesión que más le llamaba la atención. Finalizado el curso, comienza una larga carrera de contratos en bares y restaurantes.

En el primero, con 17 años, le prometieron que tras unos días de prueba le harían un contrato. Pasados 3 meses tuvo que despedirse, no sólo el contrato no llegaba, sino que además tampoco tenía un salario: de vez en cuando le daban algunas perrillas.

Tras varios desengaños similares en la hostelería, aterrizó en unos grandes almacenes, como dependiente de una sección en la que vendían regalos y souvenirs. Las condiciones le resultaron extrañas, pero como era decidida continuó adelante: tuvo que darse de alta como autónoma, y la duración de su trabajo, así como su salario, quedaron supeditados a las ventas que hiciera. No bastó con invitar a amigos y familiares a que se dieran una vuelta por el puesto si necesitaban regalos, ni el tesón, interés y simpatía que ponía, ya que a los pocos meses el centro consideró que era más rentable dedicar su espacio a otro negocio.

Han pasado algunos años, y se han venido sucediendo los contratos. Ahora vive con su novio, que tiene una trayectoria laboral parecida. Sobreviven, en los momentos difíciles, con la ayuda de sus padres.

Al analizar con la sociología este hecho y otros similares de tantos jóvenes, podemos desentrañar una situación preocupante.¹

a) Se constata una larga carrera de contratos. Ana ha aprendido y experimentado lo que es la precariedad del trabajo en sus propias carnes. Ha aprendido la

¹ El empleo precario. Cuadernos HOAC n.º 23. 2002.

inestabilidad del empleo. Ella no decide ni controla; le es impuesta.

- b) La idea que identificaba empleo con ocupación estable ha saltado por los aires, hecha pedazos. La expectativa personal de construirse una experiencia laboral gratificante, de tener una profesión duradera, parece haber pasado a la historia. Una mayoría de jóvenes entre 16 y 24 años no saben lo que es un contrato fijo y estable.
- c) Los contratos temporales suponen algo más del 30% de todos los contratos. Es el porcentaje más alto de la Unión Europea. Uno de cada tres trabajadores españoles tiene un contrato temporal. Esta dura situación afecta más a los jóvenes y mujeres.
- d) El paso del trabajo al paro y al revés, del paro al trabajo, se realiza con rapidez. La línea que separa tener trabajo y estar en el paro pierde nitidez. Por eso, los jóvenes y más las mujeres jóvenes sufren el paro. A los jóvenes les es más difícil encontrar trabajo estable y digno, en buenas condiciones. Cada vez más trabajadores se sienten vulnerables a caer en esa espiral de trabajo precario-paro. El trabajo precario conlleva el paso por situaciones muy diversas: paro (más o menos largo, con subsidio o sin él); trabajos temporales (de más o menos duración); períodos de estancia en la economía sumergida...
- e) Se va dando una instalación de muchos trabajadores y especialmente de jóvenes y más aún mujeres en el empleo precario. Encuentran empleo para tareas de corta duración y de fácil despido, con salarios más bajos. Esta alternancia entre actividad y paro, sin certidumbre del mañana, hace que muchos estén obligados a reconstruir su proyecto de vida día a día. Y esta situación no afecta sólo a los jóvenes tradicionalmente más desfavorecidos (clases bajas, fracaso escolar...), sino que ha ido afectando a otras zonas de jóvenes mejor situados, con estudios...
- f) Si no se remedia esta situación, el resultado va a ser: la precariedad como destino. Con lo cual, el descrédito del trabajo cunde más, pero se rechaza el trabajo como un tipo de empleo que no sirve para un futuro digno, no tanto el trabajo.
- g) También podemos recordar hechos de la movilidad territorial que se va imponiendo a los jóvenes. «Los

hijos de Rosario y Pedro trabajan esporádicamente. Los dos mayores han emigrado: uno a la Rioja y otro a Salamanca; el pequeño vive con ellos». El buscar y encontrar trabajo donde sea y donde se pueda. Con las consecuencias de desarraigo, separación de la familia, de los amigos, del entorno social que uno ha tenido.

- h) No olvidemos el tema de la siniestralidad laboral que también afecta a los jóvenes. La precariedad favorece los accidentes de trabajo. El derecho a la protección de la seguridad y salud laboral no es suficientemente atendido. «Un joven de 17 años perdió parte de dedo de la mano, tras aplastarle una máquina sin dispositivos de seguridad, en su primera hora de trabajo, durante las vacaciones de estudiante». «Una chica aprendiz de peluquera, sufrió la reacción alérgica en la piel, produciéndole ampollas y heridas en las manos».

La causa de toda esta situación es el actual sistema productivo que intenta disponer de todos los factores productivos, incluida la persona que trabaja, cuando le viene bien y poder prescindir de los mismos cuando no son necesarios o suficientemente rentables. Es un mecanismo de rentabilidad y competitividad que ignora lo que el ser humano es. Lo que importa es que la empresa sea lo más rentable posible, que produzca los mayores beneficios. Gana la empresa, pierde la persona trabajadora.² Si no hay flexibilidad en las relaciones sociales, las empresas no pueden avanzar ni competir.

Por eso la temporalidad se pone como lo normal porque es lo que necesita la producción para ser competitiva. El sistema productivo necesita que se trabaje pero con estas 5 negaciones: No todos ni siempre en la misma empresa, ni en la misma profesión, ni en la misma ciudad, ni con el mismo salario ni con el mismo horario.

2. Una valoración de una realidad

Esta rápida y panorámica visión de la realidad y vida del mundo del trabajo y de los jóvenes trabajadores nos hace surgir sensaciones de angustia y rechazo. Nos salen desde dentro interrogantes: ¿Vale la pena el traba-

2. Este punto lo desarrolla y profundiza el estudio realizado desde el Departamento de Pastoral Obrera de la Conferencia Episcopal «Apuntes para una explicación del conflicto social».

jo? ¿A dónde va esta sociedad? ¿Cómo acabaremos todos?

Me atrevo a hacer una valoración desde la doctrina social de la Iglesia. Aparece claramente que habría que construir una vida económico-laboral distinta.

Primero, hay que reconocer que el trabajo es una dimensión fundamental de la existencia humana. El ser humano es el único ser viviente que puede y debe realizar un trabajo para desarrollar su persona y ser útil. De ahí el derecho al trabajo. Toda persona tiene que disponer de la posibilidad de trabajar y es obligación de la sociedad el hacer posible este derecho. Por eso, el paro es un problema fundamental, manifiesta una situación injusta de la vida económica, con consecuencias negativas para las personas y para la sociedad, y que cuestiona el modelo económico (*Laborem Exercens* 18).

Segundo, hay que respetar y promover ante todo la dignidad de la persona, de la persona que trabaja. Su dignidad exige que el trabajador deba ser el elemento más atendido, cuidado y promovido. Es verdad que la productividad, la mejora de los bienes producidos y la eficacia son elementos a tener en cuenta. Pero quien tiene más valor, dignidad e importancia es el trabajador. Así se entiende la famosa frase de Cardijn: «Un joven trabajador vale más que todo el oro del mundo».

Tercero, la dignidad del trabajador sólo es promovida desde el respeto y promoción de los derechos laborales.

Además del derecho al trabajo, anteriormente apuntado, está el derecho a una justa remuneración del trabajo para poder llevar una vida digna en todas las dimensiones de la vida: personal, familiar, educativa, de ocio, espiritual... El salario es un criterio para medir y verificar la justicia del sistema económico y de su funcionamiento (*Laborem Exercens* 19).

Unido al derecho del salario justo, está el derecho a prestaciones sociales para tener una vida digna. Por ejemplo, vivienda, asistencia médica, seguros de enfermedad, de vejez y ante el desempleo.

Lógicamente, el trabajador tiene el derecho a unas condiciones dignas de trabajo. Debe ser el elemento más cuidado. No ser tratado como una mercancía, expuesto a la mera ley de la oferta y demanda. Debe poder llevar una vida personal, familiar y social satisfactoria.

El trabajador tiene derecho a la asociación y a la huelga. Ante las injusticias e indefensión de los trabajadores, la reacción de ellos debe ser considerada como justa, de gran valor e importancia, justificada desde la



ética social (*Laborem Exercens* 8). Esta reacción se ha organizado gracias al movimiento obrero (*Centesimus Annus* 16) y a través de los sindicatos que son un elemento indispensable de la vida social (*Laborem Exercens* 20). Son protagonistas de la lucha por la justicia social.

Hay que resaltar la relación del trabajo con la familia. El trabajo hace posible construir una familia. Y aquí entra la problemática del acceso a la vivienda y de esta manera constituir una familia. También el trabajo aporta el poder desarrollar una vida familiar satisfactoria. Una familia con sus miembros en paro corre el peligro de no poder realizar su misión. Además, ¿cómo pueden los niños y jóvenes valorar y apreciar el trabajo en una familia con problemas y sufrimientos por causa de la precariedad?

Finalmente, podemos sacar a la luz esta pregunta: ¿Los jóvenes viven sin conciencia social?

Se oye muchas veces que los jóvenes de hoy son más pasotas, se encierran en sus pandas de amigos y no quieren saber de nada ni colaborar con las cosas comunitarias. Van a su bola. No es como antes, cuando los jóvenes tenían preocupaciones sociales, luchaban y querían cambiar el mundo.

Esta acusación puede tener algo de razón, pero hay que profundizar mejor la situación, porque han cambiado los tiempos.

Para las generaciones de hace unas décadas, había un acceso relativamente fácil al trabajo y una estabilidad en el empleo que proporcionaba un grado relativo de certidumbre a la hora de hacer proyectos para el futuro. Es verdad que el trabajo era duro, con muchas horas y salarios bajos, pero había, especialmente a principios de los 70 un montón de oportunidades para luchar por lograr incrementos salariales y por lograr una mejor protección social.

Había un planteamiento claro: empleo, matrimonio, montar la casa, ahorrar algo, hijos, educarlos, etc... Se podía mirar el futuro con algo de tranquilidad, la jubilación, pensiones seguras, etc.

Para la generación actual de jóvenes, en cambio el empleo es uno de los problemas más importantes. Hoy abundan los empleos temporales y precarios, muchas veces sin porvenir y mal pagados. El empleo eventual crea una gran incertidumbre de cara al futuro. Además, el sentimiento de ser vulnerable y mal pagado crea inseguridad personal y falta de autoestima. Por eso, muchos pueden sentir reticencias a hablar de lo mal que le pagan, de las muchas horas, de lo «obediente» que tienes que ser para conservar un empleo, etc.

De esta manera, la vida no tiene continuidad para hacer planes de futuro. Sus perspectivas de futuro son más negras que las de sus padres. De ahí que ya sólo interesa vivir a tope el fin de semana.

Además, los jóvenes tienen una calidad de vida mejor que la que tuvieron sus padres. A los jóvenes actuales se les ha mimado y satisfecho en sus deseos de consumo y esto les ha podido hacer más conformistas.

Llegan los jóvenes a la edad adulta marcados por el miedo a la falta de trabajo, al trabajo precario, al futuro... Los jóvenes de ahora sólo conocen el modelo precario actual y, aunque no les guste, pueden pensar que es lo que hay, como algo natural. Es tremendo que los hijos de los trabajadores no puedan lograr el nivel de seguridad e ingresos de sus padres.

Y viven en un momento en que la cultura cívica se ha eclipsado (política clientelar, cultura del pelotazo, corrupción). Se produce un descrédito de la ética y de la política, un desinterés por la actividad política. Los jóvenes se sienten afectados por las contradicciones y ambigüedades del mundo de los mayores.

Podemos pensar que la existencia de esta situación de los jóvenes está buscada expresamente para que funcione el actual modelo económico.

Ante esta situación hay que hacer una labor de concienciación desde los problemas laborales. Que los jóvenes puedan descubrir el por qué suceden estas cosas y a qué lógica de rentabilidad obedecen y qué consecuencias trae para las personas. Que el intento de transformación, aunque es difícil, es posible de cara a lograr una vida más humana y digna y una sociedad más justa, como pide la doctrina social de la Iglesia.

Ante la radical mercantilización del trabajo que se vive en nuestra sociedad, debemos insistir, entre otras cosas:

- en el rechazo de una dinámica social que se configura desde el individualismo, la rentabilidad y la competitividad;
- en sentir de forma cercana y solidaria el dolor ante el sufrimiento humano de tantos trabajadores jóvenes y adultos;
- en colaborar para que el mundo obrero crezca en conciencia obrera, es decir, en conciencia de la situación del mundo obrero, de las causas que la provocan y de cómo se puede salir de esta situación;
- y para ello, empezar a trabajar en la vida cotidiana del mundo obrero, en el trabajo y en el barrio.

No perdamos la esperanza. Hay bastantes trabajadores, adultos y jóvenes, que lo intentan y lo viven. □

MÚSICA Y MODA

❑ CAMINO JUVENIL SOLIDARIO

La música y la moda como agentes de socialización comenzó a tenerse en cuenta ya por los años 50 a raíz del fenómeno yeyé en Francia, y progresivamente por la emergencia de una subcultura de los jóvenes.

Algunos autores distinguen tres aspectos en la influencia de la música en la integración social de los jóvenes, del menos al más complejo:

- la exposición: que hace referencia al tiempo que el joven dedica al acto de escuchar.
- el consumo: que hace referencia a lo que el joven aprende o aprehende, consciente o inconscientemente de la exposición
- el uso: que se hace de ese imaginario aprehendido en función de las oportunidades personales y sociales.

Las tonadas y la misma letra de las canciones afectan a los jóvenes, creándoles una imagen de la propia identidad. Estos nuevos elementos, como la música, la publicidad, la moda,... avanzan terreno en la sustitución de la socialización familiar.

Tanto la música como la moda como elemento de socialización juega con la tendencia de los jóvenes de identificarse más con emociones que con ideas. La clave está ese binomio de «amigos»-emociones. Es decir en la búsqueda de relaciones para la identificación en el grupo unido a la emoción y el sentimiento que aporta la música. En la música esta combinación se produce principalmente en la asistencia a conciertos, en la moda, en la identificación a través de clichés, que da sentido de pertenencia al grupo. Diferentes tipos musicales suponen formas peculiares de ver la vida, actitudes, lenguajes típicos, tratos y relaciones formalizadas.



El negocio de la música juega además con otras necesidades del alma de los jóvenes: la necesidad de soñar, de equilibrar las frustraciones personales, y de expresar aquellos estados de ánimo que de otra manera no podríamos hacer aflorar. Por eso en la escucha de la música surgen muchas veces la unión con los abatidos o marginados del mundo, la rabia por la injusticia de un mundo roto por la explotación, la guerra, y la esperanza, o la depresión, la ceguera, el aislamiento, la impotencia, la ausencia de respuestas. El problema es que dada la psicología del joven de hoy ese sentimiento se queda en eso, una emoción en la que me recreo con la mirada puesta en mi ombligo.

La moda sin embargo tiende a ofrecer la representación de un mundo feliz e ideal donde milagrosamente la pobreza, la fealdad, la enfermedad, los cuerpos deformes y mutilados, la lucha de clases o los problemas sociales han desaparecido por completo, y si vende fealdad como por ejemplo en los estilos góticos, lo hace también con ese principio narcisista de la propia identidad.

Como dice Green, enfrentándose al desencanto que el mundo y el contexto les proponen, la música es el encantamiento que da sentido a sus vidas. Placer, evasión, distracción, divertimento, pasar el tiempo, alegría, identidad, identificación, independencia y comunicación, nos hablan de que la música y la moda le permiten al adolescente emanciparse de la influencia cotidiana de la familia y afirmarse con sus compañeros. Además en los países empobrecidos de Sudamérica, África y Asia, donde las necesidades básicas no están cubiertas, donde la explotación, la esclavitud y el hambre son habituales, se proponen, a través de la publicidad dirigida a los jóvenes, unos estilos de vida que ponen de manifiesto el derroche y la abundancia típica de las sociedades enriquecidas y opulentas. Para que deseen incorporarse a esa sociedad materialista y del consumo, para restar posibilidades a la incorporación a movimientos revolucionarios de liberación.

Se produce también un fenómeno de neotribalización que conlleva una serie de reglas diferenciadas, evita el completo anonimato, facilita un marco de actuación y, en definitiva, aporta un modo fácil de entender el mundo. Por ello podemos encontrarnos con grupos de jóvenes que, además de escuchar un determinado tipo de música, manifiesta también pautas comunes de conducta, en su conjunto un mismo estilo de vida.

Y junto a la música dos elementos anexos: la noche y el sexo.

LA NOCHE

Rutas que se marcan pandillas y tribus urbanas, y en muchos casos bebidas, litronas, drogas de o sin diseño,... Y en torno a ello todo un fenómeno de marketing y merchandising porque el dinero que mueve todo esto es mucho. El mercado que suponen los jóvenes es significativo. Se calcula, por ejemplo que el 30 por 100 de las compras de discos fabricados en España en los últimos años las han efectuado jóvenes menores de diecisiete años.

La noche se ha convertido en el espacio de los jóvenes. Salir de fin de semana es salir el viernes por la noche y volver el domingo por la madrugada. Y ahora además se está añadiendo el jueves como día nacional del botellón. La noche se ha convertido en el símbolo del «vivir al día», y sin expectativas de futuro que golpea a nuestros jóvenes. En la noche se suspende el tiempo, el calendario, el reloj, se aparca la disciplina y el control social, se borra por un tiempo al adulto y sus reglas proporciona a los jóvenes un espacio vital propio en el que florece la trasgresión, mayor o menor.

Algo parecido sucede con la moda. Esa moda estúpida e irracional que enseña las bragas, o los calzoncillos (eso sí de marca), que deja al descu-

bierto la cintura aún en pleno invierno, que impone pantalones de «pata de elefante» que van arrastrándose por el suelo y destrozándose y que en caso de lluvia en breves instantes consigue que el joven que se considera trasgresor se encuentre mojado hasta su ropa interior y aguante así el resto del tiempo que le quede por llegar a casa. Esa moda de la indefinición de sexos, en esa agresión a la vocación evidente de toda persona: la de ser hombre o mujer. Esa moda consigue, de otra manera, la misma ruptura con la autoridad paterna que la noche. Y refuerza al joven en su idea de que los adultos nada tienen que enseñarle, nada tienen que decirle.

EL SEXO

Asistimos a una erotización de la sociedad, el culto al cuerpo, la reducción de lo referido al sexo a lo privado, a la ruptura entre sexo y amor, y de fondo un una cultura del placer y el hedonismo encuadrándolo todo.

Entendemos el respeto al cuerpo como parte fundamental de la dignidad de toda persona humana tiene. No aceptando el dualismo cuerpo-alma, sino entendiendo que los dos son elementos constitutivos de una



misma naturaleza, este respeto nos da argumentos para rechazar la tortura, la pena de muerte o la explotación del hombre por el hombre.

Pero el culto al cuerpo, la sobrevaloración del cuerpo a la par que se apisona su dimensión trascendente conduce a una valoración del cuerpo por el criterio del placer, la emoción, la sensualidad de manera que se reduce el cuerpo a reclamo publicitario, a un objeto de consumo a través de la pornografía, el sexo sin reparar en el amor o la prostitución... de manera que cada vez más se embota la sensibilidad y la imaginación.

Todo lo relativo al sexo se privatiza, se considera decisiones personales, sin que pueda interferir norma alguna social. cualquier institución social debe abstenerse de opinar sobre los actos sexuales o sus consecuencias. De esta manera instituciones como el matrimonio orientado hacia la familia ya no se ven como el único lugar para la práctica sexual.

Se produce:

- Reducción de lo sexual a lo genital.
- Calculada ambigüedad en la diferenciación sexual.
- Normalización de prácticas sexuales minoritarias.
- Potenciación de lo instintivo y silencio de sus consecuencias.
- Exigencia de relaciones sexuales completas a cualquier edad.
- La sociedad competitiva se prolonga a lo sexual.
- Se separa amor de fecundidad, fecundidad de sexualidad.

Y esto se vive también entre los jóvenes católicos que opinan en un porcentaje amplio que en materia sexual no deben seguirse las directrices de la Iglesia Católica.

Este panorama nos genera una verdadera enfermedad social por la que los jóvenes:

- No se plantean su vocación política, no se plantean la vocación a la justicia, a la vida solidaria, no se plantean por tanto el compromiso a través de la vida asociada.
- Anclados en el pensamiento débil, relativista y hedonista huyen de cosmogonías que puedan darles sentido global del mundo y la existencia, y por tanto no pueden emprender ninguna acción transformadora de la sociedad.
- Acaban en situaciones de explotación, paro, precariedad...

Y enfermedades psicológicas como la angustia, la depresión, la anorexia...

CONCLUSIÓN

Debe preocuparnos que esta descripción que hemos hecho de la juventud parta de sus propias consideraciones y visión de sí mismos, y pese a los grandes niveles de frustración no tengan conciencia de la alienación y la violencia a la que están siendo sometidos tanto sus próximos como jóvenes de otras partes del mundo.

Esta preocupación debe movernos para establecer planes y compromisos de acción contra los nuevos agentes socializadores de los jóvenes que, debemos tener presente, responden a poderosos intereses mercantiles, empresariales, comerciales y políticos. Y resucitar los ámbitos que han dado sentido en la historia para vivir la solidaridad y la lucha por la Justicia, que son la dimensión política y religiosa de la persona. □

Notas bibliográficas

- González, P.: *Jóvenes españoles del XXI*, (2005). Madrid. Edic. Voz de los sin Voz.
- García Matilla, A. (2003): «Educación, televisión e infancia» en *Una televisión para la educación. La utopía posible*. Barcelona, Gedisa.
- Lipovetsky, G. (1990): *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*. Madrid, Anagrama.
- McMahon, B. y Quin, R. (1997): *Historias y estereotipos*. Madrid, de la Torre.
- Peninou, G. (1976): *Semiótica de la publicidad*. Barcelona, Gustavo Gili.
- Pérez Tornero, J. M.; Tropea, F.; Sanagustín, P.; Costa, P. O. (1992): *La seducción de la opulencia. Publicidad, moda y consumo*. Barcelona, Paidós.
- Squicciarino, Nicola. *El vestido habla*. Ediciones Cátedra. Madrid.

LA JUVENTUD EN CENTROAMÉRICA

□ JOSÉ MANUEL LINARES

Licenciado en Filosofía

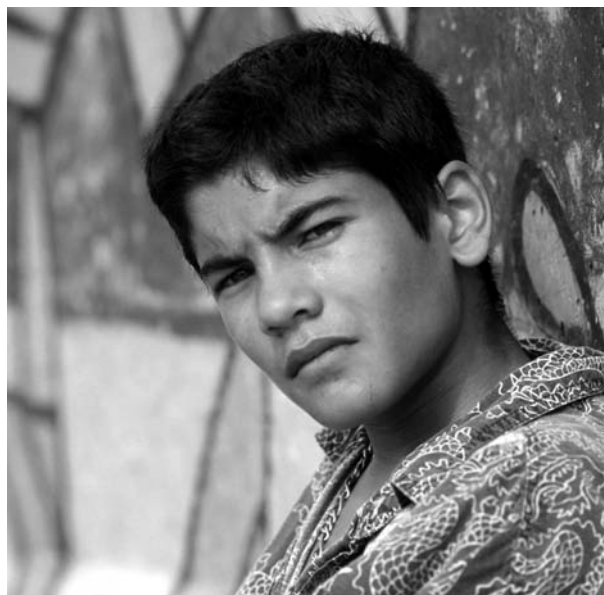
La característica que comparte la juventud de Centroamérica, y en toda Latinoamérica, es la violencia. La vida de los jóvenes se desenvuelve, desde que nacen, en un ambiente de violencia. El antropólogo Ricardo Falla, SJ, expuso en el XIV Encuentro de parroquias hermanas de Centroamérica, donde se trató el problema de la juventud y la violencia en Centroamérica (los países representados fueron: Nicaragua, El Salvador, Honduras, Guatemala y la parroquia hermana de México de Chiapas), consideró las siguientes causas de la Violencia Juvenil.

La primera causa ha sido la guerra que en la mayoría de los países ha habido durante los últimos decenios entre las guerrillas y los gobiernos. Los conflictos armados dejaron armas de los frentes revolucionarios entre la población, ésta, la población, aprendió a manejar las armas, buscando las soluciones por medio de ellas y la guerra dejó una violencia aprendida.

En segundo lugar las familias están rotas; debido a la guerra, las comunidades se esparcieron por diferentes lugares o emigraron a la ciudad deshaciendo la unidad familiar, generando conflictos internos en el seno de la familia, lo que provoca la violencia; así los padres golpean a las esposas, a las niñas, y en muchas ocasiones abusan de ellas, los hijos, si tratan de defender a su madre o a las hermanas, son golpeados y maltratados.

De aquí sale la tercera causa, el machismo. Éste está en las maras, en las pandillas, lo aprenden en la familia y a través de las películas. Las pandillas violan a las jóvenes, y ellas se callan y no hablan de esto.

Esto hace que los gobiernos y los intereses de los comerciantes generen una violencia represiva por medio de los escuadrones, haciendo redadas que generan miedo en las pandillas dando lugar a una reacción



grupala, uniéndose y reuniéndose para defenderse. Esto hace que las cárceles estén llenas de pandilleros, donde al ponerse en contacto con las gentes del crimen organizado son captados por éstos e incorporados en una espiral de delincuencia violenta. El narcotráfico y el crimen organizado han dado un impulso muy fuerte a las maras.

El consumismo desatado por los medios de comunicación se dirige a los jóvenes que son los grandes compradores-consumidores; hay que tener en cuenta que en todos estos países la población mayoritaria es la juvenil. La búsqueda de satisfacer ese consumismo provoca el robo, y las pandillas como apoyo para lograr sus objetivos.

En sexto lugar la pobreza extrema que padece la población. Los aspectos que provocan esta situación son: a) los productos agrícolas tienen precios muy bajos; b) los salarios, también son bajos; c) el desempleo. La gente del campo tiene la ilusión de que la escuela resuelve todos los problemas, la realidad es que no hay trabajo para todos, los jóvenes de la ciudad sabedores del engaño que supone la escuela no van e ingresan en las maras, o emigran a los Estados Unidos.

Y ésta sería la séptima causa, ya que el número de los que vienen tienen un historial delictivo y no los quieren allá, integrándose en las maras, en el narcotráfico, en definitiva terminan en el crimen organizado. Las maras se han internacionalizado por la migración y

están conectadas con el crimen organizado. La violencia generada por las maras es la determinante que existe entre los jóvenes de las ciudades. A diferencia de la del campo, donde el consumo es de alcohol, la droga, empezando por la marihuana, va creciendo su consumo y provoca una violencia intrafamiliar.

Todo ello genera un círculo vicioso, la violencia genera la ruptura familiar, los jóvenes no desean estar en sus casas (chabolas para muchos de ellos), el testimonio de uno de los jóvenes en el encuentro expresaba este sentimiento; así narraba el «gringo», joven guatemalteco:

Conozco de cerca la realidad de las pandillas, a los 10 años mi papá se fue con otra mujer, él era una persona muy violenta porque tomaba mucho, le pegaba mucho a mi mamá. Desde niño deseaba crecer para ponerme frente a mi papá y defender a mi mamá.

Empecé a tener relación con la mara, Dios no me interesaba nada. Mi familia es evangélica y nunca hicieron nada por mi familia aunque veían la violencia en la casa. Mi mamá empezó a trabajar en una maquila y una vez no teníamos que comer; y un amigo mío (familiar, su primo) que pertenecía a la mara, yo le guardaba las armas a él, vino a la casa por ellas y vio que no teníamos nada que comer y fue a traer un poco de comida para nosotros (atraco a mano armada en un establecimiento de alimentación). Él se ganó mi respeto.

Ese gesto hizo que yo quisiera estar en la mara.

Cuando empezó la mara existían reglas, que ahora no se respetan. Con los amigos que yo crecí todos están muertos. La mara se ha ido corrompiendo por la droga. Los de la 18 eran los que robaban y nosotros teníamos que responder y proteger el barrio. Nos aliamos con otros. A mí me tocaba vigilar.

He estado a punto de que me maten. A mí me quieren matar, no porque sea marero, sino porque en el proyecto que trabajamos no queremos que los jóvenes se metan a las maras, entonces como quien dice les quitamos a los «soldados o banderas».

Me ayuda el que uno de mis primos es jefe de una de las maras y él no permite que me hagan nada.

La policía es corrupta, los mareros le pasan 250 quetzales al mes y ellos no les hacen nada.

Ricardo Falla denunció en este encuentro que la mara entra en el diseño político, al estar conectadas con el crimen organizado trabajan a nivel de elecciones políti-

cas, controlan el territorio y pueden llegar a deponer gobiernos o a ponerlos si están de acuerdo o no con sus intereses; los acontecimientos en Guatemala en el verano del 2007 donde diputados salvadoreños fueron asesinados por la policía guatemalteca (se suponía por narcotraficantes) y a su vez asesinados éstos en la cárcel por otros presos, entre los que se encontraba un alto cargo policial, demuestran la vinculación del crimen organizado con la policía y el poder político. Y así se genera una sociedad violenta, por pobre y corrupta, cerrando el círculo, repercutiendo en las familias y volviendo a generar el círculo violento.

Para muestra un botón, es lo que queríamos mostrar. Mientras que aquí los jóvenes tienen la posibilidad de refugiarse en la familia, hasta los 30 años o más, allí sin acabar la primaria están ya desengañados de la educación y la familia, (hay que reconocer que tienen un gran aprecio a sus madres y abuelas, que llega a la veneración) con pocas esperanzas de encontrar trabajos estables, la salida más frecuente son las maquilas, empresas que explotan fundamentalmente a las jóvenes, o emigrar a los Estados Unidos. Los jóvenes del campo suelen ir a los lugares de turismo cercanos, cómo es la zona caribeña, allí si no encuentran un trabajo en la hostelería terminan cayendo en la prostitución de todo tipo para deleite de los turistas, son carne de goce y disfrute de los señoritos/as de los países «desarrollados»; luego salimos a pedir el 0,7%, y ya ni eso. Siempre que el PSOE llega al poder se acaban las manifestaciones por el 0,7% ó contra las guerras, el ejercito, etc. Eso sí, manifestaciones por equipos de fútbol, o por el nacionalismo insolidario o por asesinos por esa causa, todas las que quieras, por solidaridad con los pobres cada día menos, dependiendo del poder político que esté en el gobierno; si las próximas elecciones gana el PP tendremos manifestaciones de jóvenes en relación con todas estas cosas; a los jóvenes de allí se les asesina, como a los niños de la calle, y aquí se les manipula por intereses bastardos de los partidos de «izquierdas»; la manutención, las necesidades primarias están resueltas, y ahora con la paga de emancipación, nos da una juventud que poco o nada tiene por qué luchar, sólo la formación de conciencia puede sacarles de su «alienación» y cada día se lee menos... el sistema capitalista lo tiene todo atado y bien atado como decía Franco.

En esta situación de desesperanza, sin visos de salida, sin perspectivas de cambios revolucionarios, los jóvenes del Tercer Mundo tratan de salir de su situación

con la ayuda de los misioneros, creando instituciones que den esperanza como es el Proyecto educativo laboral de Puente Belice en Guatemala capital. El Padre Manolo viendo la situación de niños/as de 10 ó 12 años afectados por la violencia, tanto por parte de la familia, los escuadrones de la muerte, como por las maras, trata de darles una salida, con este proyecto educativo-laboral. Éstos niños/as de entre 10 y 12 años son los más afectados por la violencia, las maras los amenazan para que colaboren con ellos involucrándoles en el cobro en las tiendas de «impuesto de seguridad» y no los dejan salir, tienen armas para amenazarlos, la única posibilidad es que les ayuden a salir desde otras instituciones que no tengan relación con la delincuencia, de ahí el Proyecto Puente Belice, desde donde quieren llegar a transformar la sociedad. Así pues son las instituciones religiosas las que proporcionan esperanza, generan hombres y mujeres dispuestas a transformar la sociedad, mientras aquí, en el Primer Mundo se ha matado el espíritu, donde ya no existe el ánimo, solo deseamos el goce y disfrute del instante, allí se van generando gente generosa que está dispuesta a cambiar el rumbo de su sociedad, que Dios les de fuerzas y valor para que lleguen a esta parte del mundo y contagiar a nuestra juventud que se reúne para el botellón y ¿para qué más?



LA TRAGEDIA DE EDUCAR A LA ¡GENERACIÓN

Estilos educativos para convivir con la nano-pedagogía

▣ **AGUSTÍN DOMINGO MORATALLA**

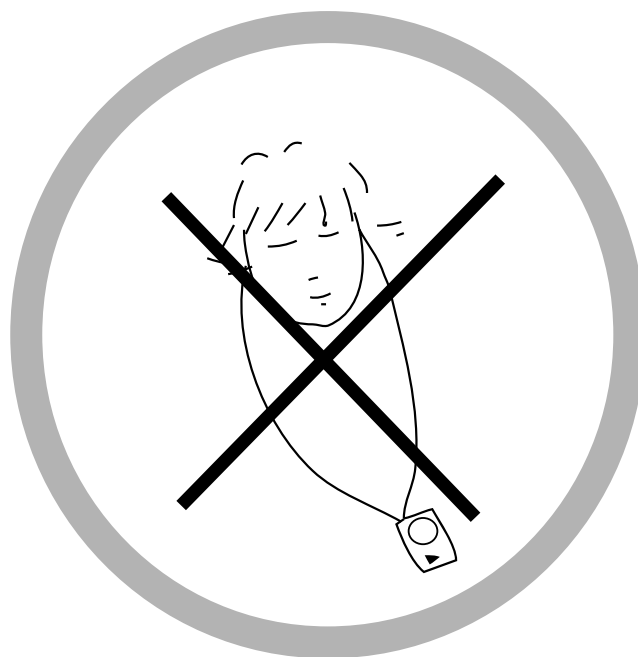
Prof. Filosofía Moral y Política. Univ. Valencia

INTRODUCCIÓN: LA ¡GENERATION Y LA NANO-PEDAGOGÍA

El pasado 31 de diciembre de 2007 aparecía un reportaje en las páginas de *El País* que llevaba por título *La generación MP3, camino del aislamiento*. Estaba firmado por Fancesco Manetto y se encontraba dentro del suplemento *Vida & Artes*, que entregan los lunes. Recorté el artículo y lo leí con interés porque aparecían reflexiones interesantes sobre los efectos del MP3, el MP4, el Messenger, el Fotolog, los SMS, el iPod y toda la serie de recursos que nuestros hijos adolescentes tienen a su disposición para entretenerse. Aunque quizá no sea correcto hablar únicamente de entretenerse sino de comunicarse porque la revolución a la que asistimos no es la del entretenimiento sino la de la comunicación.

Esta revolución de la comunicación es más compleja de lo que nos imaginamos los padres con hijos jóvenes y adolescentes, y a lo mejor es más correcto llamarla de la incomunicación, pero no desvelemos misterios para no eliminar la intriga de este relato. En esa doble página a la que me refiero se citaba a una psicóloga estadounidense llamada Jean Twenge porque había publicado un libro con el título *Generation Me (Generación Yo)* donde presenta el perfil generacional de unos jóvenes nacidos después de 1982 y que califica como *iGeneration* o *iGen*. Se trata de una generación que maneja muy bien las nuevas tecnologías, ha crecido conectada a Internet y se mueve a sus anchas en comunidades online. Una generación que nos vuelve de cabeza a los padres porque antes de haber amortizado el MP3 que les compramos el año pasado ya nos están pidiendo el nuevo Nano iPod de Macintosh, a ser posible de GB.

También está volviendo de cabeza a los educadores en dos escenarios diferentes. Por un lado el escenario de la relación entre padres y profesores respecto a la



utilización de estos artefactos en los espacios educativos. Junto a los convencionales letreros donde aparece el cigarrillo roto indicando que se prohíbe fumar en todo el recinto, según el correspondiente real decreto, aparece un aviso menos sofisticado que indica «Zona liberada de móviles y MP3». Cada comunidad educativa está obligada a plantearse de alguna forma pero todas están haciendo reflexiones interesantes sobre el uso y abuso de estas herramientas de entretenimiento. Las actas de las APAS y los Consejos escolares de los últimos tiempos están llenas de reflexiones escatológicas sobre los protocolos de limitación, prohibición o confiscación de esta peligrosa tecnología de «doble uso» por aquello de que se usa fuera del aula y dentro de ella. Agárrense porque hay profesores de algunas materias como diseño o dibujo técnico que toleran sin criterio alguno su utilización.

Por otro lado, el escenario de la relación entre los profesores convencionales y los innovadores en tecnologías, educativas que algunos llaman *Nano-profesores* o *Nano-pedagogos* porque se empeñan en aplicar las nuevas tecnologías en lo que, curricularmente, llaman proceso de enseñanza-aprendizaje. La innovación educativa ahora se llama *implementación* de nuevas tecnologías y no hay formador de formadores que no acuda con el puntero electrónico, el cañón, el ordenador portátil y archivo pedagógico en power point con textos, gráficos, imágenes y músicas de todo tipo. Este contexto formativo transforma en analfabetos tecnológicos a los profesores que siguen afiliados al sindicato de la tiza porque en las supuestas jornadas de formación, capacitación y especialización terminan con un sentimiento de impotencia que les empuja, muchas

veces, a minusvalorarse, flagelarse, autoinculparse y entregarse abnegadamente al nano-pedagogo de turno.

En este sentido, el desafío educativo que plantea la iGeneration no está sólo en la resolución de los problemas que los padres o educadores tenemos con los hijos o alumnos por el uso de estas nano-tecnologías. Está en la transformación de los procesos de aprendizaje, de transmisión del conocimiento y de formación de educadores porque los criterios de excelencia pedagógica y curricular se están planteando en términos de nano-pedagogía. Asistimos a procesos de innovación educativa donde la habilidad en el uso de los artefactos y su capacidad para entretener al auditorio han sustituido a la capacidad de argumentación, el ejercicio activo de la memoria y el uso público de la palabra. Cuando el progreso pedagógico está más atento a lo instrumental que a lo sustancial entonces la nano-pedagogía deja de ser un nombre cariñoso para describir las estrategias de innovación pedagógica para ser una pedagogía de cortos vuelos, miras muy cortas y de ambiciones escasas.

DOS ESCENAS FAMILIARES

La iGeneración ya no describe a los jóvenes californianos investigados por la profesora Twenge, está describiendo a mis alumnos y a mis hijas. Con 15 y 19 años, doy fe que esta generación está brutalmente seducida por las nuevas tecnologías, y es verdaderamente penoso que sean los profesores quienes en lugar de pedirles que acudan a los libros, las enciclopedias y las bibliotecas les piden que busquen en Google la información que pueden necesitar para alguna actividad curricular. No saben vivir sin el MP4, el Messenger y el Fotolog, están tan enganchadas a la música, las imágenes y la videocomunicación que su vida no tendría sentido sin la actualización del Fotolog, la diálisis del Messenger o los auriculares del reproductor.

El otro día cuando íbamos en el coche la escena parecía kafkiana pero no tenía nada de virtual, hicimos un viaje donde mis hijas venían con una amiga. Era curioso, cada una llevaba un MP3 diferente y con una música diferente, cada una giraba la cabeza para un lado diferente y tarareaba músicas diferentes. Me empeñé en poner la radio porque además de ser el conductor y responsable del coche me sentía legitimado para ejercer la autoridad en uno de los pocos

espacios que aún controlo de la comunidad familiar de bienes. Ese día tuvimos suerte porque se oía bien la radio y en un acto desbordante de generosidad pregunté qué emisora prefería mi público. No se pusieron de acuerdo porque cada una estaba enganchada a emisoras diferentes y tampoco mostraron disposición a consensuar ondas durante el viaje. Cada una volvió a sus artefactos, con el agravante de que yo no podía llevar cascos y todas tuvieron que compaginar sus respectivas ondas con algunos programas de la COPE. Supongo que cuando los niños son pequeños los viajes son más entretenidos, la distribución de sintonías radiofónicas es sustituida por los vídeo-juegos, las vídeo-consolas o las disputas para proyectar algún CD en el proyector que ahora incorporan algunos coches.

Otra escena habitual es la que se produce semanalmente en casa cuando llegan los viernes. Hace dos años logramos consensuar en casa el acceso de los menores a Internet. Cuando digo Internet me estoy refiriendo al Messenger, al Fotolog, al Emule, a MySpace y a la carga o descarga de imágenes o archivos. La cantinela de todos los viernes siempre es la misma, «mis amigas tienen ordenador en su cuarto y les dejan Internet a todas horas». Mis hijas afirman que en esta casa somos bichos raros porque les tengo restringido el acceso a Internet. No es una empresa fácil para quienes no dominamos las nuevas tecnologías porque la restricción no se produce desde el *soft* sino desde el *hard*, es decir, no se produce restringiendo el acceso desde los correspondientes programas o servidores. Mi esposa y yo restringimos el acceso desde el *hard*, lo que significa que restringimos el uso escondiendo el cable del modem, llevándonos el modem en la cartera o sustrayendo algún cable que impida el acceso cuando no estamos.

¡Es que no os fiáis de nosotros!, dicen sabiamente mis hijas. Y así es, se conocen todos los entresijos de la casa y por más rincones en los que hemos guardado el cable de conexión, siempre lo encuentran. Es probable que ya dispongan de alguno que hayan comprado en el mercado *clandestino*, pero no tenemos noticia. La escena se produce los viernes, porque saben que disponen de 45 minutos viernes, sábados y domingos para estar conectadas. Conexión que se produce sí y sólo si las habitaciones están en perfecto estado de revista y las tareas semanales cumplidas.

Les puedo asegurar que no es un régimen disciplinario muy duro, e incluso de tratar de buena forma de

revisar la vida familiar. Es habitual que una hija culpabilice a la otra y por eso es difícil establecer un régimen de premios y castigos en la gestión del tiempo disponible. No sé si esta medida es muy pedagógica, pero provoca grandes reflexiones escatológicas dentro de la pedagogía familiar porque también la aplicamos a la televisión. Codificamos el uso y, por tanto, la televisión e Internet están sometidas a un uso restringido que no deja de ser un uso siempre discutido. Ahí es donde creo que puede estar el valor de nuestra restricción, no en la limitación misma sino en las discusiones que conseguimos provocar. De momento hemos logrado que en nuestra casa sólo exista un televisor, que lo veamos juntos y que negociemos los programas (siempre soy minoría absoluta), y que haya sólo un ordenador con conexión a la red.

No sé lo que duraremos así porque las hijas van creciendo y este ordenador cada día va más lento, tiene más fotografías, más fotos, más listas de canciones, más documentos de la wikipedia y más películas. Mi hija mayor ya se engancha en la facultad y la pequeña a veces se conecta en casa de amigas que no tienen restricción, lo que calma el mono de la navegación, la descarga de la correspondiente canción o el morbosos chateo de chismorreos que atenta contra las más mínimas normas gramaticales.

La gestión de este sistema pedagógico familiar se complica cuando algún nano-pedagogo pide a sus alumnos que busquen en Internet la información que necesitan para la clase del próximo día. Toda la pedagogía familiar se viene abajo cuando algún día sin acceso permitido mi hija me pregunta: «¿Dónde está el cable?, ¡Tenemos que hacer un atrabajo para sociales y nos han dicho que busquemos en Internet!».

ALGO MÁS QUE APOCALÍPTICOS E INTEGRADOS

Ante esta situación educativa caben dos actitudes que ya fueron descritas por Humberto Eco en su libro sobre la cultura de masas. El libro llevaba por título *Apocalípticos e Integrados* y en él se presentan dos patrones de reacción cultural. Presentan actitudes apocalípticas quienes se lamentan de la dispersión que generan las nuevas tecnologías y de la superficialidad de una comunicación sin perspectiva histórica, sin memoria y, sobre todo, sin necesidad de libros. Por otro lado, presentan actitudes integradas quienes exigen una

adaptación a los tiempos, cierto *aggiornamento* porque hay que aprovechar lo bueno que haya en lo nuevo.

Lo más fácil sería asumir una de estas dos actitudes para situarnos ante la gestión, limitación y restricción del acceso de nuestros hijos a las nuevas tecnologías. Como padres y educadores, solemos tener claro que lo mejor es la autorregulación de nuestros hijos. Antes o después deberán enfrentarse ellos a un uso sensato de estos artefactos, sin embargo ¿cuándo un adolescente o joven es capaz de autorregularse? Los padres que están teniendo problemas no son los que han establecido límites y los van modificando progresivamente. Tienen problemas los padres supuestamente libertarios que identifican limitación para el buen uso con restricción, intolerancia y dogmatismo educativo. Cuando los niños no han tenido límites en el acceso al móvil, a Internet, a la música o las videoconsolas, llega un momento en el que toda la comunicación se realiza a través de estos artefactos, sin contacto físico, sin gestión próxima de las emociones y sin capacidad para moverse en el mundo real.

La iGeneración es una generación con mayor tendencia al individualismo narcisista y por ello es importante que los educadores tomemos posiciones ante tales tendencias. Esta tendencia al individualismo narcisista está contrarrestada por el hecho de que los MP3, los iPod, el Messenger o la experiencia del Fotolog, canalizan el deseo de una vida comunitaria diferente, más selectiva, más superficial y más volátil. Es difícil afirmar que este abuso de las nuevas tecnologías elimina los deseos de vida comunitaria, más bien se produce una transformación que, en determinados casos, puede ser patológica. Si la televisión o los videojuegos ya generaban adicciones y patologías en la dimensión emocional o social de la inteligencia, ahora las posibilidades son mayores.

En contextos educativos, estos artefactos tienen mala prensa, como si lo correcto, lo ilustrado y lo moderno fuera una actitud apocalíptica. Vicente Verdú describe este tiempo como una época sin prestigio, como si la generación adulta no hubiera encajado que ha sido desplazada por una nueva generación joven. Al principio de su libro *Yo y Tú. Objetos de lujo. El personismo, la primera revolución cultural del siglo XXI* (Debate, Madrid, 2005), afirma: «A juicio de la generación adulta, la sociedad aparece vencida por la complacencia del consumo y la trivialidad de los medios de comunicación, mientras la juventud ha perdido el senti-

do del esfuerzo y se ha volcado en la incesante melodía de los iPods. En definitiva, torturados y amargados, los supervivientes de la última generación educada en el culto al libro observan que su vida discurre entre la escombrera de lo que respetaron y sin la esperanza de un Estado que intervenga contra la ruina del porvenir... ¿y si la sociedad de consumo no significara el cataclismo del espíritu absoluto sino el nacimiento de otro que todavía no conocemos?» (pág. 14).

Este analista presenta la integración en términos de consumo, no sólo de nuevas tecnologías, porque, para él, el éxito de estos artefactos comunicativos es una expresión del sujeto consumidor. Incluso afirma que la energía del consumo y la energía del placer nos han situado ante un tipo de ser humano que llama *sujeto*: «Al superindividualismo de los años noventa sigue ahora un personismo que supera el repetido deseo de los objetos y busca el trato con los demás como *sujetos*, sujetos y objetos a la vez, nuevos objetos de lujo... el otro será... una pieza de disfrute que ha crecido de una humanidad reunida y planetaria, menos racional y política, pero más afectiva, moral y compleja. Más extrovertida o consumista que abroquelada y reprimida... Ciudadanos fueron los tipos vestidos de marrón que liberó individualmente la modernidad, ciudadanos fueron los burgueses calados de negro, pero consumidores son aquellos que ahora los sustituyen al final de la modernidad: gentes de todos los colores y orígenes que buscan el placer aquí y no en indeterminados tiempos de una revolución futura, ni atravesando, auxiliados por el confesor, el abismo de la muerte» (pág. 16-18).

TRES ESTILOS EDUCATIVOS SIN UBICACIÓN GENERACIONAL

Los análisis que propone Verdú al principio de su ensayo son interesantes porque anuncian la llegada de una cultura sin culto y una formación sin información. Ahora bien no me parece apropiado simplificarlos educativamente según la lúcida clasificación de Eco. Me voy a permitir utilizar esa clasificación y modificarla con las reflexiones de Verdú. Aunque la clasificación que propongo puede precisarse en términos generacionales, no quiero atribuir las características a una generación determinada. En los hogares conviven generaciones diferentes y cada vez es mayor el número de jubilados apasionados con los artefactos tecnológicos.

Gracias al Messenger o al Skype cada vez hay más abuelos que se conectan online con sus hijos y nietos. Condenados a vivir en hogares diferentes y hasta países diferentes, el Messenger y Skype son dos posibilidades impresionantes de comunicación intergeneracional. Mi propuesta se concreta en tres estilos educativos diferentes: el apocalíptico, el integrado moderno y el integrado radical.

a. El estilo apocalíptico

Es propio de quienes actúan reactivamente ante las nuevas tecnologías como herramientas de comunicación. Esta reacción se amplía a la sociedad de consumo y buscan que los hijos no caigan en las redes de la nueva caverna de los centros comerciales, hacen todo lo posible para que sus hijos no sean «ratas de centro comercial», en feliz expresión del sociólogo Richard Senent. Toman distancias contra el capitalismo de producción y el capitalismo de consumo porque los consideran rostros de una misma barbarie. Aún confían en alguna forma de humanismo pero su discurso es presentado como intempestivo, contracultural y hasta reaccionario.

Siguen anclados en la cultura del trabajo, el esfuerzo y la disciplina. Identifican cultura con perspectiva histórica, profundidad, bibliotecas y libros. Para ellos la formación siempre es cultural, nunca es azarosa. La cultura es el camino de la liberación humana y es entendida como *Bildung*, como configuración, representación del mundo y cosmovisión que proporciona libertad de espíritu frente a la naturaleza. Se trata de una cultura entendida como lectura personal de libros, proximidad a bibliotecas como fuentes de libertad y entrenamiento en el cultivo del yo para acceder al nosotros.

b. El estilo integrado moderno

La reacción al uso indiscriminado que nuestros hijos hacen de los artefactos es más moderada. Son conscientes de las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías: permiten gestionar mejor los tiempos y los espacios, permiten mayor capacidad de almacenamiento de información, hacen posible un acceso universal a la información y los datos que antes no era posible. La cultura no está almacenada sino que está disponible, incluso se identifica la promoción cultural como la accesibilidad a las nuevas tecnologías. Un grupo

humano culto no es aquel que lee mucho sino aquél que tiene mayor disponibilidad de acceso a la red.

La cultura del trabajo, del esfuerzo y de la disciplina sigue siendo importante, pero ahora se plantea de forma nueva. Las tecnologías nos liberan de pesos, lastres y límites que antes teníamos. La memoria disponible es la memoria del ordenador o la red en la que estamos trabajando. Ni el capitalismo ni el individualismo son un obstáculo. Se acepta sin problemas el individualismo pero se realiza una importante distinción que ya desarrolló hace dos décadas Lipovetsky en su libro *La era del vacío*: se trata de un individualismo responsable que no está seducido por el cortoplacismo y la inmediatez. A diferencia del individualismo irresponsable de quienes no utilizan esta cultura para causas solidarias, benéficas y filantrópicas, el individualismo responsable reconoce que el sujeto o consumidor no está cerrado en sí mismo. El individualismo responsable abre a los consumidores al mundo del significado y las nuevas tecnologías están exigiendo una resignificación del mundo.

En este sentido, los llamamos «modernos» porque aceptan los presupuestos individualistas de la ilustración y porque reconocen la gravedad de fractura simbólica que se está produciendo con el capitalismo de consumo. No son críticos con el capitalismo de producción porque exige ahorro, aplazamiento, acumulación de capital y cierta limitación emocional. Aún se tiene nostalgia del libro y en torno a él se mantienen los índices de lectura como índices de civilización, aún se considera que el libro enriquece porque en una sociedad de la extroversión facilita la introversión, la conciencia de sí, el viaje interior.

c. El estilo integrado radical

Lo llamamos así porque la aceptación del capitalismo de producción y el capitalismo de consumo es total. La única esperanza que les queda a los educadores es proponer una educación para el consumo, como si no se pudiera educar para otras metas que desbordaran este bárbaro modelo de civilización. La cultura no es un peso o un lastre con el que afrontar el mundo, la cultura es una extensa red de sensibilidades por las que se puede circular. El cariño y el afecto siguen siendo importantes pero ahora el mundo de los sentimientos ya no es lo que era antes. Sentir es agregar al Messenger, sentir es percibir que alguien pone algo en mi Fotolog, sentir



es saberse respondido rápidamente a los correos electrónicos.

A diferencia del libro, el videojuego, el MP3-4, el iPod, la Nintendo o la Wii, me permiten participar y formar parte de la intriga. El videojuego requiere una implicación constante del jugador, los reproductores rompen con los estilos musicales y detrás de una canción de Shakira puede estar el *lacrimonoso* del Réquiem de Mozart o el último éxito de Cadena 100. El espacio global ya no se concibe como balón divino donde se puede descubrir la belleza de la naturaleza sino como una extensa placenta en la que todo es accesible, cuando uno está conectado. Es un mundo presencial y superficial que en palabras de Verdú no es «ni profundamente religioso, ni agresivamente ateo» (pág. 26).

Resulta curioso que el libro posee ventajas en cuanto a la potenciación de la imaginación, la creación de universos interiores, el desarrollo de la concentración y el mejor medio para transmitir determinadas informaciones. Ahora bien, todas estas propiedades son las que lo sitúan en los márgenes del capitalismo de consumo. Si

algunos libros han triunfado y son leídos vorazmente por nuestros hijos es por una razón más sencilla: «se erigen en centros eucarísticos para la comunión general» (pág. 34). Ahora no se escribe para que avance el conocimiento sino para darse a conocer los autores, el motivo de la compra de un libro no es su lectura sino integrarse en el acontecimiento mediático y formar parte de él. «Sin Harry Potter la literatura no pierde nada, pero sin libro sus no lectores se pierden la participación en la actualidad... lo importante no será tanto la escritura como la bomba mediática escondida en su continente... cada año se publican más y más libros, aunque los lectores son cada vez menos... el bien que se obtiene por cada lector proviene del hecho interpersonal, suprapersonal, planetario, la excitación que se produce de verse reunidos en la superficie de la conexión global.» (págs. 35-37).

REFLEXIÓN FINAL

Para terminar, quisiera indicar que los estilos que aquí presento no están totalmente definidos, los propongo como hipótesis provisional para estudiar nuestras prácticas educativas. Siempre es más fácil atribuir los defectos de nuestras prácticas educativas a las nuevas tecnologías porque cada vez nos resulta más difícil hacernos cargo de la educación de nuestros hijos o alumnos. Siempre es más fácil ponerles un televisor en casa, un ordenador personal a cada uno o poner un vídeo en clase para que luego realicen un trabajo que se bajarán del Rincón del vago. Lo realmente difícil es tomar una posición crítica y reflexiva con estos nuevos aprendizajes.

Los padres y educadores nos enfrentamos a situaciones educativas que no son fáciles, y por ello nuestra tarea tiene mucho de trágica porque no queremos que nuestros hijos se integren radicalmente en una cultura que puede devorarlos. No sabemos hasta dónde tenemos que intervenir y hasta dónde debemos quedarnos fuera, se trata de un entrenamiento para un uso lúcido de las tecnologías que —por lo general— no encontramos los maestros y profesores cautivados por la nano-pedagogía.

Más que una reflexión sobre nuestros hijos y sus maestros, se trata de una reflexión sobre nosotros mismos y el modo de situarnos en la vida cultural. Con la finalidad de continuar el debate aquí iniciado, me atrevo a proponer la lectura de unas líneas que aparecen en el libro de Verdú antes citado:

Nuestra actividad intelectual, nos guste o no, fue tan creativa, libre y vivaz como en ese momento (el Renacimiento), ni el ordenador que nos obliga a volcarnos puede compararse al libro que nos incita a tumbarnos. Han desaparecido los marmóreos maestros pensadores y las referencias han adquirido una consistencia tan dúctil que en nada se parece a la ferramenta anterior. Se ha vuelto incuestionable que la mejor escritura, el pensamiento más agudo, requieren una lectura esforzada y atenta. Pero ¿quién puede pedirle esfuerzo lector al consumidor medio en un ambiente audiovisual veloz y, a menudo, empleando ocho horas en trabajos relacionados con las pantallas? Más que un pasaje, el consumismo es una manera de ser y de tener, una forma de vida. Pero también, para consideración de los más sabios, una colosal operación contra el miedo a morir. (pág. 46). □

JUVENTUD Y RELIGIÓN

□ IGNACIO ORTIZ

LA JUVENTUD HOY

Definir qué es un joven es complicado y cuando buscamos una respuesta nos encontramos con dos propuestas: una que parte desde lo negativo —no ser niño y no ser adulto— y la segunda que parte de un sentido de temporalidad —una etapa pasajera, situada entre dos más estables—. Pero la juventud abarca un nuevo espacio social, amplio, marcado por distintos rasgos: retraso de la emancipación y prolongación de la estancia familiar, disminución de la nupcialidad y extensión del periodo de estudios. Las características, como siempre, la búsqueda de un empleo significativo, pero esta vez sin olvidar la configuración de una identidad personal, afectiva y social satisfactoria.

IDENTIDAD Y VALORES DE LA JUVENTUD HOY

Los jóvenes actuales se han ido haciendo más permisivos, pero vamos a concretizar esta frase: en la vida privada, en las relaciones personales no dependen de normas externas a los individuos; ante los comportamientos violentos y en el ámbito de la ética civil (corrupción, impuestos...) son más exigentes y estrictos; ante las aventuras extramatrimoniales ha aumentado el rechazo. Esto nos da una lectura, en la que los jóvenes demandan una fidelidad en su propia vida de pareja y en sus entornos familiares, como consecuencia de su fragilidad emocional y de su ansia de seguridad.

¿Qué es lo importante entonces para los jóvenes? Siguiendo los estudios sobre juventud, lo que más valoran es aquello que les afecta a su vida cotidiana: salud, familia y amigos. Y la política y la religión quedan en último lugar o no tiene importancia. Con esta realidad nos damos cuenta de que los jóvenes necesitan espacios cálidos y entrañables (familia y grupo de amigos), en los que se sientan aceptados y a salvo de la crispación y competitividad presente en la sociedad. Detrás de esa búsqueda de seguridad emocional se percibe la amenaza de la incertidumbre y de la inestabilidad que empuja a los jóvenes hacia el refugio de lo privado, hacia entornos en los que se vean comprendidos y queridos. Buscan a alguien de quien se puedan fiar y con quien puedan hablar. Para el 88% «una larga conversación», como ayuda para la vida, es «muy importante» y «bastante importante». De alguna manera, se expresa así la importancia del acompañamiento de los adolescentes y jóvenes en la acción educativa y pastoral.

Ante esta realidad nos encontramos que la cuestión religiosa no puede cobrar importancia al estar instalados en la provisionalidad, en la superficialidad, no tienen grandes convicciones: son relativistas, permisivos y tolerantes. Además, les gusta jugar con múltiples opciones al haber crecido sin límites y al no haberles hablado de los límites. Por lo tanto la cuestión religiosa no aparece en su horizonte vital. Ya que su refugio es la diversión y su paraíso la noche.

1. Cf. P. GONZÁLEZ BLASCO (Dir.), *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María, Madrid 2006. Quizás lo primero que llama la atención tras la lectura del capítulo que el Informe dedica a la religiosidad de los jóvenes es el dato, que nos resulta incomprensible, de que «en el año 2005 la categoría «católico no practicante» ha sido eliminada del cuestionario» (p. 250). ¿Eliminada? ¿Por qué? No se da ninguna razón.

JUVENTUD Y RELIGIOSIDAD

En *Jóvenes españoles 2005* los datos¹ sobre la increencia juvenil en España resultan ya abrumadores: un 46% se declaran indiferentes, agnósticos y ateos. Los que se consideran «católicos muy practicantes» llegan a un 10% y los «católicos no muy practicantes» un 39%. La creencia en Dios ha pasado de un 65% en 1999 a un 55% en 2005. Y de nuevo una sorpresa: rezan por lo menos alguna vez el 58% de los jóvenes... Y de los jóvenes no creyentes rezan alguna vez el 40%. ¿Paradojas? ¿Contradicciones? ¿O una realidad juvenil que necesita estudios más precisos en su dimensión religiosa? Algo está claro: la corriente de la increencia juvenil en España sigue aumentando...

¿CUÁLES SON LAS CAUSAS DE LA INCREENCIA EN LOS JÓVENES HOY?

Destacamos cuatro causas:

1º. La crisis de la transmisión del cristianismo: El alejamiento de los jóvenes de la religiosidad de sus padres y maestros ha sido interpretada como «crisis de transmisión de la fe». Pero ésta es una expresión muy ambigua. Ya que la realidad es que el espacio familiar también era el espacio de la socialización y transmisión de los valores de la sociedad en la que se vive.

Pero la realidad es que la crisis del siglo xx ha sido provocada por dos razones: la secularización de la sociedad y la cultura que llevó al individualismo y a vivir al margen de la orientación de los padres y maestros. Por ello no podemos negar que la juventud descubre en la familia un refugio de carácter emocional y afectivo, pero también económico. Y además, la familia ha dejado de ser agente socializador, ya que en muchas familias crecen sin valorar el hecho religioso como referencia existencial, salvo en familias convencionalmente cristianas, en las que los hijos ya adolescentes rechazan sin discusiones ni conflictos de fe la práctica religiosa de sus padres por considerarla poco significativa o poco coherente. De tal forma que esto nos lleva a afirmar que los jóvenes serán cristianos o no por decisión propia, siguiendo formas y criterios más estrictamente personales.

La pregunta que me planteo es: ¿está en crisis el modelo de transmisión de la fe? Pienso que la respuesta no es sí o no, la respuesta la tendremos que dar

mirando y teniendo en cuenta que el espacio de transmisión está en renovación en una sociedad donde la familia pierde espacio como garante social, en el que el individualismo es más fuerte, donde se puede vivir sin Dios o con diosillos pequeños más a medida. Creo que el espacio de transmisión de la fe debe nacer de creyentes consecuentes, de comunidades vivas y fuertes, comprometidas con el evangelio, con la justicia y el hombre de hoy y en una coherencia entre lo que se dice y se vive dentro de la fe. No hay duda de que la familia es esencial, pero la realidad es que los miembros creyentes de hoy, dentro de ella, se les exige una gran coherencia y una vivencia alegre de la fe, con una vida de testigo que no es dar, sino ofrecer y cuestionar al hombre de hoy.

2º. La irrelevancia de lo religioso: La secularización y libertad religiosa, pluralismo y tolerancia, individualismo y solidaridad, filosofía de mercado y política social, ambiente empirista y tendencias espiritualistas, participación democrática y poderes anónimos, ciencia y esoterismo, violencia y movimientos pacifistas, sensibilidad ecológica y contaminación ambiental, política y corrupción... son algunos de los binomios que describen la complejidad inabarcable de nuestras sociedades occidentales.

Vivimos hoy en subsistemas o fragmentos de ideologías que no tienen capacidad de abrir un camino en nuestra sociedad o jungla contemporánea. El joven se encuentra con un pluralismo ideológico ilimitado e inabarcable, donde reina la confusión y una jerarquía de valores bastante dispares. Además los jóvenes viven obsesionados por la inseguridad y vulnerabilidad de las relaciones afectivas y sociales. De ahí, la necesidad de espacios privados y tribales para sentir y experimentar apoyo emocional y un grupo cerrado donde experimentar la aceptación incondicional, a veces muy débil pero muy necesaria para ellos.

Y Dios está presente en este mundo que ama y ofrece la salvación. Pero la experiencia de Dios resulta más difícil y menos plausible, porque lo religioso aparece como insignificante ante al aluvión de mensajes, modas y propuestas de esta sociedad laica y secular. Cómo hablar de Dios si es algo de viejos y de reprimidos. Acallamos nuestra necesidad, la cambiamos por otra del mercado que nos puede durar menos, pero, en ésta, el grupo nos apoya y nos rodea.

3º. La sociedad de la inmediatez y de la eterna diversión. Narcisismo ambiental: Nuestra sociedad

vive con una curiosidad morbosa por lo esotérico y lo paranormal, por lo misterioso. Esto lleva que la nostalgia de lo sagrado sea convertida en una nostalgia consumista, utilitarista, pragmática y narcisista. No se tienen grandes ideales por los que vivir y morir. Todo es bienvenido si personalmente no crea problemas, si invita a relaciones gratificantes y superficiales. La persona se centra en su propio yo y en sus vaivenes psicológicos. El desarrollo psíquico se convierte en una nueva bulimia: libros de autoayuda, zen, yoga, thai chii, expresión corporal, meditación trascendental, peregrinaciones a Santiago, al Rocío, que no son camino de ida y vuelta hacia uno mismo y hacia el Otro y otro, sino un espacio de encuentro consigo mismo... Todo esto está provocando un formidable empuje narcisista, encerrando al joven en una circularidad regida sólo por la autoseducción del deseo. Así la búsqueda de uno mismo de manera obsesiva deja de lado el encuentro con el otro, el reconocer al otro y toda relación de reciprocidad.

¿Y Dios? Los jóvenes no lo rechazan y creen en él, pero lo desean familiar, cercano, domesticado, gratificante emocionalmente. Pero prefieren un Dios fuerza cósmica manipulable, que no un Tú cercano, en diálogo responsable y exigente. Y además, les cuesta entender que la fe tiene que ver con desierto, con sed, con camino y noche oscura. Con algo que desborda y no es controlable: «Mysterium tremendum».

4º. La ausencia de pasión y todo la vida en un mando a distancia: el empirismo: Adolescentes y jóvenes van creciendo en este ambiente empirista, centrados en el tener y en el sentir, intentando al mismo tiempo que los acontecimientos, vivencias y experiencias no dejen huellas, siempre ligeros de equipaje para no perder las múltiples ocasiones que se presentan, provisionales y pasajeras como hojas de otoño. Y ahora vivimos el reflujo de la pasión: salvo los hinchas de los clubes de fútbol o los fans de ciertos cantantes, nadie parece entusiasmarse por algo serio y definitivo, nadie parece apasionarse por alguien.

Lo más acertado es no hacer renunciaciones ni grandes sacrificios, no ponerse límites, no encorsetarse en un credo determinado, mantener la libertad de abandonar cualquier compromiso para entregarse a la inmediatez de los deseos y necesidades: patinar, flotar, volar, no atarse ni dejarse entusiasmar por la pasión. Se vive durante

años con la fantasía de que la existencia se puede programar y dirigir con la libertad que da un imaginario y omnipotente mando a distancia. Nuestros jóvenes, y por ende la sociedad, no acierta a comprender otros valores que no sean los de la satisfacción inmediata fomentando una disolución del Yo y por ello se le hace difícil abrirse a toda experiencia de Trascendencia.

HACIA UN NUEVO MODELO DE CRISTIANISMO PARA EL JOVEN DE HOY

A la crisis actual del cristianismo en Europa no responderemos adecuadamente sólo actualizando el lenguaje de la predicación y la teología; o renovando las celebraciones litúrgicas; o modernizando la configuración de los ministerios y el ejercicio de sus funciones, aunque todo eso es sin duda necesario. Un cambio socio-cultural como el que han introducido la Modernidad y la Posmodernidad requiere por parte de la Iglesia un cambio de modelo en la comprensión de sí misma y en la realización de su presencia en la sociedad, equivalente, pero en sentido inverso, al que se produjo en el paso de la Iglesia de los tres primeros siglos del cristianismo a los de la época de la cristiandad. A eso vienen refiriéndose voces muy autorizadas, pero poco escuchadas, dentro de la Iglesia en los últimos años.

Desde hace bastantes años los mejores maestros de la vida cristiana vienen proponiendo como respuesta a la nueva situación «volver a las fuentes de la fe», como decían los obispos franceses en su carta a los católicos de su país. K. Rahner propuso hace ya muchos años, como eje de toda espiritualidad cristiana para nuestro tiempo la experiencia, es decir, el ejercicio de la fe, con la fórmula tantas veces citada: «El cristiano de mañana será místico o no será cristiano». En términos parecidos se había expresado ya el cardenal Newmann y se expresaría después el P. Congar. J. B. Metz, por su parte, viene proclamando últimamente que a la «crisis de Dios» sólo se responderá con la «pasión por Dios».²

Puestos a resumir lo esencial del cambio que demandan las nuevas circunstancias, lo centraría en el paso del cristianismo heredado, «eclesiastizado»: la pertenencia

2. Conferencia Episcopal Francesa, Proponer la fe en la sociedad actual, *Ecclesia*, 5 y 12 de abril de 1997.

sólo pasiva y jurídica a la Iglesia, reducido a la práctica del culto, la afirmación de unas creencias y el acatamiento de unas normas impuestas por la jerarquía de la Iglesia. A la creación un cristianismo personalizado, adulto, vivido en el seno de comunidades fraternas en comunión recíproca, abiertas a la sociedad en la que viven y movilizadas para la solución de los problemas de la humanidad.

Un cristianismo así tiene su centro en la realización personal, efectiva, por sus miembros, de la actitud teologal, centro y origen de la identidad cristiana. Cristianos capaces de oponer a las nuevas condiciones de vida, muchas veces contrarias a la forma de vida cristiana, la decisión personal de ser creyentes con razones, motivaciones y recursos personales. Necesitamos rehacer en el interior de la persona la decisión radical, la opción fundamental por el Dios revelado en Jesucristo que convierte al hombre en creyente y es capaz de transformar, reorientar e inspirar el conjunto de esa existencia en todos sus niveles y dimensiones. Es indispensable la conversión del corazón, de la mente, del interior de la persona, del que surgen nuevas disposiciones fundamentales, nuevos «hábitos del corazón», nuevos comportamientos y nuevas formas de relación con todas las personas y hasta con el universo.

Debe quedar claro que la escucha de los desafíos de la nueva situación a los cristianos no requiere de ellos la mera adaptación a sus exigencias, a sus gustos o a sus modas. No reclama de ellos la rebaja de los ideales cristianos. Al contrario, lo que esos desafíos exigen coincide con lo que demanda un cristianismo coherente.

La propuesta pastoral para el joven de hoy deberá por eso articularse en torno a los cuatro momentos fundamentales de una auténtica experiencia de la fe:

1. Toma de conciencia de la Presencia, originante e inobjetiva, de Dios en el corazón de todo hombre;
2. respuesta del sujeto a ella en el ejercicio efectivo de la actitud teologal;
3. vivenciación de esa actitud en las diferentes dimensiones de la persona;
4. y encarnación de esa actitud en actos y momentos concretos de la vida.

Crear una pastoral «mistagógica», de iniciación en la experiencia del Misterio:

1. ayuda al sujeto en el descubrimiento de la Presencia que lo habita;
2. habilitación en el sujeto de las disposiciones indispensables para la respuesta;
3. y, sobre todo, ayuda que le facilite la adhesión creyente a ella.

Tal ayuda no puede ser objeto de una enseñanza o de un contagio; sólo puede ser a través del testimonio. A él remite el envío por el Resucitado de los suyos cuando les encomienda la misma misión que el Padre le ha encomendado: «Seréis mis testigos» (Hech 1, 8). De la naturaleza del testimonio se nos ofrece esta descripción precisa: «Lo que existía desde el principio; lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han tocado nuestras manos acerca de la Palabra de la vida [...] os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros» (1Jn 1, 1-3).³

Esta propuesta nace de la iglesia primitiva tras la desaparición de la generación apostólica. Una comunidad que propaga la fe por su propia existencia, por su manera de vivir, por la práctica de la hospitalidad, el amor mutuo, la caridad con los pobres y el gozo de sus miembros.⁴

Y por último elemento que no debería faltar en una pastoral de la fe fiel al cristianismo: la inclusión en la experiencia de la fe de esa dimensión ética, es decir, la práctica del amor a los hermanos, expresión y señal de garantía del amor de Dios, centro de la actitud teologal. Un ejercicio del amor que ha de modularse de acuerdo con las circunstancias históricas y sociales y que en las nuestras debería revestir la forma de la solidaridad efectiva con las personas y los países a los que la actual situación de globalización injusta condena a la situación de excluidos.

En fin, el personalismo cristiano subrayará, contra el individualismo religioso, el carácter comunitario, demasiado despreciado desde hace dos siglos, de la fe y de la vida cristiana; volviendo a encontrar con unas perspectivas nuevas el equilibrio de la subjetividad y de la objetividad, desconfiará del subjetivismo religioso como de toda objetivación reductora del acto libre que está en el núcleo de cada etapa auténticamente religiosa (E. Mounier, *El Personalismo*, III, 496). □

3. Martín Velasco, J. «Por un cristianismo personalizado», en *El malestar religioso de nuestra cultura*, Madrid, San Pablo, 31998, pp. 273-292.

4. AA. W., *Evangelizar, esa es la cuestión*, Madrid, PPC, 2006, pp. 89-121.

10. Detalles y referencias en el texto citado en la nota anterior, pp. 104-109.

LOS JÓVENES QUIEREN COSAS GRANDES

□ HERMANA ELENA, O.S.A.

Monasterio de la Conversión (Becerril de Campos, Palencia)

Desde una mirada parcial a los jóvenes, hay quienes añoran tiempos mejores y se lamentan del estado actual de la juventud. Insisten, dejando a un lado los posibles valores positivos, en que somos muy cómodos, que nos gusta que nos den todo hecho, que no valoramos el sacrificio, que vivimos al día, sin pensar en los demás y sin proyectos de futuro. Hay parte de razón en esto. Tenemos que admitir que en conjunto somos una generación más cómoda, más pasota y menos sacrificada que la de nuestros padres. Mas desde mi condición de joven, de joven consagrada, me niego a quedarme en una visión pesimista de la juventud. Aunque conozco bien sus debilidades, confío tremendamente en esta juventud de la que formo parte. Dios también confía en ella. La Iglesia también confía en ella. El Papa Benedicto XVI, hablando a los peregrinos alemanes en abril del año 2005 les decía: «No es verdad que la juventud piense sobre todo en el consumismo y en el placer. No es verdad que sea materialista y egoísta. Es verdad todo lo contrario: los jóvenes quieren cosas grandes. Quieren que se detenga la injusticia. Quieren que se superen las desigualdades y que todos participen en los bienes de la tierra. Quieren que los oprimidos obtengan la libertad. Quieren cosas grandes. Quieren cosas buenas». Queremos cosas grandes y buenas; ése es el deseo que late en nuestro corazón y que nos enzarza en búsquedas a veces atinadas y a veces desatinadas. No hay nada tan grande y tan bueno como Dios, por lo que puedo decir que los jóvenes, los de hoy y los de ayer, aunque a veces no seamos conscientes de ello, buscamos al buen Dios.

Partiendo de esta búsqueda real de Dios por parte del joven, hay que señalar que ésta se realiza en un contexto socio-cultural nada fácil. Estamos en una



época de cambios sin precedentes históricos. Cambios a nivel de pensamiento: se habla de debilidad de la razón y se piensa y se actúa desde otro sistema de valores. Cambios en la organización social y política, en la que ahora prima lo privado y en la que Dios y la Iglesia no tienen apenas cabida. Cambios económicos: cada vez se acentúa más la diferencia entre el bienestar de los países capitalistas y la pobreza extrema de otros. Es también una época de grandes movimientos migratorios que dan lugar a un mundo multiétnico y a una gran pluralidad religiosa. Y qué decir del mundo de las comunicaciones: Internet y el mundo virtual ofrecen posibilidades al joven de hoy que nunca ha tenido.

Por otro lado, en esta sociedad de cambios profundos y rápidos, la familia sigue siendo lo más valorado por los jóvenes, mientras que la Iglesia, junto con el ejército y la política, ocupan los últimos puestos. Es una realidad el hecho de que en nuestras iglesias cada vez hay menos jóvenes. Jesucristo sigue atrayendo, eso es indudable; pero hay que reconocer que en la Iglesia nos encontramos un poco perdidos a la hora de conectar con el joven de hoy.

Ante esta realidad, la de nuestros jóvenes, la de nuestro contexto socio-cultural y la de nuestra Iglesia, ésta última no permanece indiferente y se esfuerza en discernir y buscar nuevas vías de transmisión de la fe:

- Frente a la excesiva preocupación por el decreciente número de jóvenes en nuestras iglesias, hoy están obteniendo más resultados los itinerarios personalizados, en los cuales se cuida más la relación personal y posibilitan un acompañamiento en la vida diaria.
- Los jóvenes valoramos lo cercano, lo afectivo, lo íntimo y a veces identificamos la Iglesia con lo frío y distante. Es necesario crear ambientes cálidos en nuestra Iglesia, comunidades abiertas con capacidad de acoger y acompañar.

- Los jóvenes reconocemos lo auténtico y necesitamos la referencia de comunidades cristianas vivas y auténticas. Por este motivo, también debemos revisar y cuidar nuestras celebraciones litúrgicas, que tantas veces no transmiten la constante novedad del encuentro con Jesucristo.
- Ya hemos apuntado que la familia sigue siendo aquello que más valoramos los jóvenes, pues aunque estamos inmersos en un mundo de relaciones fugaces y sin compromisos, necesitamos la experiencia de amor incondicional que nos ofrecen nuestros padres. Cada vez son más los proyectos de contar con la familia en el proceso de transmisión de la fe. En muchos lugares se está llevando a cabo una evangelización intergeneracional con muy buenos resultados.
- Por otro lado, los jóvenes siempre hemos querido vivir con intensidad la vida y, en este sentido, son positivas las iniciativas de la Iglesia de posibilitar experiencias intensas de referencia: jornadas de la juventud, un tiempo en un país de misión, un compromiso concreto con los más necesitados, peregrinaciones, ejercicios espirituales; experiencias a las que luego hay que añadir un seguimiento en lo cotidiano.

Vuelvo a repetir las palabras de nuestro Papa, los jóvenes «quieren cosas grandes. Quieren cosas buenas». Sumo a estas palabras las del gran Agustín: «Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti». Desde esta convicción, la de que el joven es un ser en búsqueda y busca lo más grande y bueno, a Dios mismo, aunque la labor de la Iglesia no es fácil, es, sin embargo, alentadora. Ésta es la experiencia de mi Comunidad. En el trabajo con los



jóvenes experimentamos las dificultades que todos vemos, pero a su vez percibimos destellos de luz que nos animan a seguir confiando en los jóvenes.

Aunque quizá lo tenía que haber dicho al inicio, os digo ahora que mi nombre es Elena y pertenezco a la Comunidad de hermanas agustinas del Monasterio de la Conversión, en Becerril de Campos, Palencia. Mi Comunidad quiere salir al encuentro del hombre de hoy para compartir con él lo que a nosotras se nos ha dado gratuitamente y ofrecerle un espacio de encuentro consigo mismo, con el hermano y, por supuesto, con Dios. Me gustaría compartir con vosotros nuestra experiencia con los jóvenes, resaltando dos medios por los que nosotras hemos optado, medios que vemos que ayudan al joven a salir de su reducido mundo y a abrirse a la trascendencia, en definitiva, al encuentro con Dios: la música y la peregrinación.

La música es una realidad sensible que nos remite a lo trascendente, nos entreabre aquello que está oculto en el misterio. Desde una manifestación finita, pero con un contenido infinito, la música nos abre al encuentro con Dios. Como Comunidad hemos optado por cuidar esta dimensión a través de intensos ensayos, una selección adecuada de cantos, diferentes instrumentos que acompañan nuestra liturgia como la cítara, las flautas, los crócalos, el palo de lluvia, guitarras, etc. La liturgia se convierte así en un espacio de encuentro entre Dios y el hombre. El joven está cansado de escuchar palabras y más palabras. Todos sabemos lo difícil que es hablarle de Dios. Para el joven que viene a nuestra casa, la música en el marco litúrgico y celebrativo aporta un lenguaje nuevo por el que el joven capta que no está solo, que hay Alguien por encima de sus límites e imposibles, que Dios acompaña sus pasos y siente así la nostalgia de un encuentro con este Dios que responde a sus anhelos más profundos.



Por otro lado, somos conscientes de que muchos jóvenes nunca vendrán a nuestra casa. Pasar unos días en un monasterio no es una oferta atrayente para la gran mayoría de nuestros jóvenes. Por este motivo, la Comunidad es urgida por la necesidad de salir ella misma a los caminos, a aquellos lugares de frontera que recorren los jóvenes y en los cuales la Iglesia debe estar presente por pleno derecho, lugares que por sus peculiaridades hacen posible un encuentro positivo con la Iglesia y una experiencia intensa de Dios. Estoy hablando del Camino de Santiago. La Comunidad de la Conversión lleva tres veranos trabajando en diversos albergues del Camino, en el de Bercianos del Real Camino (León) y este año además en el albergue de Santa María de Carrión de los Condes (Palencia), en el cual tendremos una presencia permanente durante el curso. Allí, en pequeños grupos formados por hermanas y por laicos, religiosos, seminaristas o sacerdotes que quieren hacer esta experiencia con nosotras, nos encargamos de todo lo que es la acogida del peregrino. Tenerlo todo limpio cuando lleguen, recibirles con una sonrisa y un vaso de agua de limón fresquita, acompañarles al lugar donde van a descansar... Por la tarde, les ofrecemos un encuentro musical en el que todos nos presentamos, cantamos en diferentes idiomas y pasamos un momento agradable. En Bercianos les invitamos también a hacer un tiempo de oración dirigido por la Comunidad en la capilla del albergue. Nuestra experiencia es que casi todos los peregrinos asisten y participan en la oración con una petición, un dolor compartido, una acción de gracias... Por la noche,



momentos antes de caer rendidos en la cama, les ofrecemos la bendición del peregrino. Se trata de unas sencillas palabras que la Comunidad les dice para su camino, el de Santiago y el de la vida, y de un signo de bendición en sus frentes.

Nuestra labor allí es muy sencilla, pero percibimos que con ese poquito que nosotras ponemos, por gracia de Dios, hacemos mucho bien. Los peregrinos llegan con una disposición especial. Los kilómetros andados no han pasado en balde; les van haciendo por dentro. Además, muchos empezaron el camino en momentos clave de sus vidas: tras la muerte de un ser querido, en una etapa fuerte de crisis, buscando respuestas, porque tienen que tomar una decisión importante. Es, en definitiva, un momento propicio para acoger unas palabras que infundan esperanza, para profundizar en la trama y sentido de sus existencias y para descubrir que el único Camino es Jesucristo. Muchos jóvenes llegan al albergue —muchos que no entrarían en nuestros templos— con sus deseos e ilusiones, con sus fracasos y dolores, con sus búsquedas e inquietudes. Es necesario que la Iglesia salga al camino y sea la buena samaritana que los acoja, cuide y guíe.

Más de la mitad de los jóvenes afirman ser ateos, agnósticos o indiferentes. Pero esta dura realidad no cambia otra: los jóvenes siguen queriendo cosas grandes. A veces se aventuran por caminos equivocados, es cierto, pero su corazón, de oquedades infinitas, sólo puede ser llenado por Aquél que no tiene límites. De nosotros depende el encontrar los medios adecuados para llegar al joven, el aceptar el riesgo de salir a los caminos y presentar a un Dios que siempre es joven y atractivo. Que Dios nos ayude en esta empresa. □

RIESGO, PASIÓN, REVOLUCIÓN

❑ LUIS CAPILLA

Miembro del Instituto E. Mounier

A los jóvenes exhortalos a que sean prudentes en todo
(Tito 2, 6)

Esta cita de S. Pablo se presta con facilidad a una mala interpretación. Santo Tomás define la virtud de la prudencia como *recta ratio agibilium* (recta razón de lo que hay que hacer), sin embargo, muchas veces en la práctica se entiende como *recta ratio inagibilium* (recta razón de lo que no hay que hacer).

La prudencia es un modo de hacer de las otras tres virtudes cardinales: justicia, fortaleza y templanza y sin estas tres virtudes la prudencia no tiene pesebre donde reposar; es decir, el escultor no tiene mármol donde esculpir su estatua, el pintor no tiene tela donde pintar su cuadro, ni el músico pentagrama donde colgar sus notas. Justicia, fortaleza y templanza, deben ser tres faros que iluminen la vida de los jóvenes.

Sorpresivamente, en los treinta años que llevamos de joven democracia, las «juventudes socialistas» y «las jóvenes generaciones» no han creado fuertes tensiones con los mayores de sus respectivas agrupaciones políticas. Y sí nos ha creado una fenomenal sorpresa el hecho de que, en el último Congreso de las Juventudes Socialistas han tratado, entre diversos temas, nada menos que de la eutanasia. Los jóvenes, si lo son, no pueden pensar en morir, sino en vivir.

RIESGO

Desde cualquier enfoque que se mire, la existencia humana está abocada al riesgo. Y la fuente del mismo no está en el determinismo, sino en la libertad.

Observando la vida de los jóvenes, a pesar del botellón, de los ocupas, de los reducidísimos grupos radicales, se observa que no son un revulsivo en la vida social y que se integran en la sociedad de un modo natural, aguantan lo que les echen: trabajo precario, política pasiva... Con solo el problema que tienen por la vivienda... han hecho conservadores a varias generaciones de jóvenes aprisionados por el correa de la hipoteca.

Solamente arriesgando al niño sale el joven, solamente arriesgando a éste, sale el adulto.

La vida de Jesús se caracteriza por un riesgo permanente. Al no dominar el futuro, Jesús vivía referido constantemente a Otro que le señalaba el camino y cuyo rostro buscaba incansable durante las noches y las madrugadas de oración.

Lo que Él enseñaba, conducía al peligro, a un lugar que dejaba atrás comportamientos seguros y familiares y avanzaba hacia caminos desconocidos:

- Venderlo todo para comprar una perla.
- Seguir esperando con las lámparas encendidas más allá de la hora razonable con el riesgo de gastar inútilmente el aceite.
- Despreocuparse tanto de la comida como del vestido.
- Correr el riesgo de vivir colgados de la provisionalidad del cada día, sin la seguridad del granero repleto.
- Dedicarse a causas perdidas: enfermos, mujeres, niños, publicanos, marginados de la sociedad...
- Utilizar sólo medios pobres... obstinarse en no apoyar su predicación más que en la sola fuerza de la palabra... y por eso eligió pescadores y recaudadores de impuestos —de tan mala fama— y prescindió del prestigio de los fariseos, del poder de los saduceos y del ascetismo de los esenios.

PASIÓN

Porque el que se perdió en la pasión, perdió menos que el que perdió la pasión.

Sören Kierkegaard

Confieso que no me gusta que los jóvenes sean «prudentes» ni mucho menos que sean razonables. Es más razonable guardarse el dinero para uno mismo que darlo a los pobres, ¿fue razonable S. Francisco? Es razonable hacerse un seguro... pero, ¿os podéis imaginar a S. Francisco entrando en una oficina de Mapfre para enterarse de las condiciones de la póliza?

La inteligencia solo actúa de forma verdaderamente humana y creadora cuando el hombre es capaz de pensar apasionadamente. Los pensadores y escritores que más influyeron en la historia de la humanidad eran personas llenas de pasión como S. Agustín, Pascal, Dostoyewski, Kierkegaard. Filósofos «objetivos y fríos» son leídos hoy sólo por especialistas, mientras que las *Confesiones* y los *Pensamientos* siguen siendo actuales después de dieciséis y cinco siglos.

El pensamiento apasionado no deja indiferente a quien con él tropieza; y para crear escuela es menester que el maestro dé la sensación de estar convencido de lo que dice o escribe. Y así, Cristo enseñaba muchas veces las mismas cosas que los fariseos y maestros de Israel, comentaba los mismos textos de la Biblia... pero, en Él había un tono de autenticidad que faltaba en los demás... por eso sus oyentes decían: ningún hombre habló como éste nos ha hablado. Y dejaban casa y profesión para seguirle.

Analizando vuestras costumbres observamos que sois más hijos de la oscuridad que de la luz. Noche del viernes, del sábado... son vuestras. Cuánto tiempo perdéis y cuánto dinero gastáis... ¡qué malos maestros tenéis!, ¡qué mal hemos ejercido los mayores la función de magisterio que nos correspondía!; no tenemos otra salida que pedirnos perdón.

Pero, ¿cuál es la salida que entre todos hemos de buscar? Pero dejándonos de jeremiacas lamentaciones

lo que hay que hacer, lo que este mundo pide a gritos, es la tan olvidada...

REVOLUCIÓN

La revolución permanente es el único modo de revolución posible.

Trotsky

Esta palabra ha sido borrada de nuestro lenguaje. Pero al juzgar por lo que nos dicen los politólogos y los analistas socioeconómicos el mundo se encuentra en una situación prerrevolucionaria. Que hace falta una gran transformación de nuestro mundo, eso nadie, en sus cabales lo puede negar.

Estando como está la historia plagada de violencia, es natural que ésta también haya existido en los momentos revolucionarios, lo cual ha dado ocasión a que se identifiquen muchas veces la revolución con la violencia. Sin embargo, son cosas diferentes que no hay que confundir.

Para entender lo que hoy significa la palabra revolución hay que partir de la Revolución Francesa cuyo caldo de cultivo fue propiciado por los abusos y violaciones cometidos por la monarquía absoluta: «El Estado soy yo». Fue Condorcet el que captó la nueva situación, al afirmar que la palabra «revolucionario» sólo puede aplicarse a las revoluciones cuyo objetivo es la libertad.

REBELIÓN Y REVOLUCIÓN

Albert Camus en su ensayo *El hombre rebelde* considera a éste un hombre que dice «no», si bien esto no implica una renuncia. La rebeldía suele surgir de la contemplación de la injusticia o del caos social, y el rebelde tiene conciencia de que su enfrentamiento al orden actual está avalado por la razón.

La rebeldía suele surgir de la contemplación de la injusticia o del caos social y el rebelde tiene conciencia de que su enfrentamiento al orden actual está avalado por la razón.

(...) «llamamos revolución personal a la actuación que nace a cada instante de una toma de mala conciencia revolucionaria, de una rebelión dirigida en primer lugar contra uno mismo, contra su propia participación o su propia comparecencia en el desorden establecido...».

El hombre rebelde es algo muy diferente de una persona resentida. La rebelión es un acto propio del hombre informado, porque como decía Lenin: «sin teoría de la revolución no hay revolución posible». Por eso hay que leer mucho más de lo que el común de los jóvenes suele leer en la actualidad, porque el saber no ocupa lugar, pero ocupa tiempo.

MOUNIER Y LA REVOLUCIÓN

La primera tarea revolucionaria, dice Mounier, consiste en «una toma de conciencia personal, del mal en sí, del mal público proyectado ante ellos y separado de ellos, recitado con una voz que creen pura, pero que es la de su propia participación en el mal, de su incidencia en su comportamiento cotidiano, de las mentiras virtuosas de sus palabras y de sus actos. Ésta es la primera revolu-

ción, sin ella la otra será solamente una comedia» (*Esprit*, 27-12-1934).

Y en ese mismo número la define así: «llamamos revolución personal a la actuación que nace a cada instante de una toma de mala conciencia revolucionaria, de una rebelión dirigida en primer lugar contra uno mismo, contra su propia participación o su propia complacencia en el desorden establecido...».

Son muchos los que rechazan la revolución personal, algunos se resisten por interés: banqueros, especuladores, capitalistas, pequeños comerciantes, intermediarios inútiles, rentistas... todos los que viven de los desórdenes del sistema social. Otros lo hacen por temperamento: son buena gente, optimistas por naturaleza, guiados por una falsa noción de caridad. Ha sido confundida algunas veces con el optimismo, «con esa indulgencia acomodaticia, se es indulgente con el prójimo porque se es indulgente, en primer lugar, consigo mismo. Sin caer en la cuenta de que demasiada indulgencia engendra desprecio».

El primer editorial de *Esprit* debido a la pluma de Mounier se titulaba: «rehacer el renacimiento». Porque la Revolución Francesa fue, a pesar de sus aportaciones positivas, una revolución burguesa e individualista. El nuevo Renacimiento (la nueva revolución) deberá ser: personalista y comunitaria, o no será nada.

El primer Renacimiento careció del renacer personalista y olvidó el renacer comunitario. Contra el individualismo tenemos que recobrar el primero. Pero sólo lo conseguiremos con la ayuda del segundo.

Mounier denunciaba la buena conciencia de los mismos revolucionarios. Se creen infalibles en la acción por el solo hecho de ser revolucionarios. Es malo considerarse puros, justos. Por eso Mounier proclamaba la necesidad de la autocrítica revolucionaria.

Riesgo, Pasión, Revolución tres palabras que pueden iluminar la vida de los jóvenes de hoy. □